

La Flor de Chamberí

CLAUDIA GÓMEZ

**LA FLOR
DE CHAMBERÍ**

Claudia Gómez

© Claudia Gómez

© LA FLOR DE CHAMBERÍ

1ª Edición agosto 2019

Depósito legal: Safe Creative nº 1903020125632

*A mi Madre que nos entretenía con tebeos sin saber que estaba fomentando
la lectura.*

Capítulo 1

A sus doce años ya se veía despuntar en ella la feminidad. Su largo pelo castaño y sus ojos del color de miel hacían de ella una mujer bellísima y las curvas de su figura se iban perfilando con los trazos que la miseria desdibujaba con su pincel deshilachado.

Una pequeña habitación desliñada, donde el frío del invierno se colaba por las ventanas como si estuvieran abiertas, era el lugar en el que Margarita y su hermano pequeño Juan, vivían con su madre viuda. Una habitación prestada por unas pocas pesetas. Tres pesetas al mes que era casi el doble de lo que podían ingresar en aquel momento. Tres pesetas eran en la época de los veinte en Madrid, en ocasiones, más de la mitad del sueldo promedio de un trabajador cualquiera. Prestada sí, porque lo que unía a esas dos mujeres había sido la amistad que sus maridos se profesaban. Compañeros de trabajo

en una cantera, que en una explosión y se los llevó a los dos por delante de una sola vez. Esto mantuvo que Rosario decidiera no echar a Dolores con sus dos hijos pequeños a la calle sin ningún sitio a donde ir.

La situación en la capital en el final de los años veinte era poco más que de una absoluta miseria, llegando a ser llamada en la época la ciudad de la muerte, debido a las inexistentes condiciones higiénicas que la ciudad acumulaba. La pobreza era tan evidente que la gente vivía y dormía en las calles.

La vivienda era inexistente, y si algo había, no se podía asumir por la falta de trabajo y las enfermedades que hacían de Madrid, una ciudad poco habitable. Pero que cada vez se llenaba más y más de gente que llegaba de los pueblos, con el fin de encontrar cualquier trabajo en una ciudad que avanzaba y crecía a pasos agigantados.

Todo contribuía para que Dolores, la madre de Margarita, no pudiera hacerse cargo de los pagos a Rosario, una andaluza muy dispuesta que vivía del alquiler de sus habitaciones. Era una mujer viuda sin hijos, que vivía en la pequeña casa de Corrala en la calle Ercilla que su marido le dejó al morir. Dolores tardaba en pagar, acumulando meses de impago. Una tarde la encontré en la escalera cuando regresaba de sus quehaceres y con ese peculiar acento andaluz le dijo:

—Mire señá Dolores, tiene usted que pagarme ya o me veo obligá a pedirle que se vaya. Esto tiene mucho gasto y yo tengo que comé también.

—Sí, si Rosario... voy a intentar pagarle algo lo más pronto posible... descuide.

Dolores y su marido, habían dejado su pueblo a principios de 1929 junto con sus dos hijos, Margarita de doce años y Juan de diez, para trabajar en la que sería la ciudad más próspera del país, Madrid. Dolores trabajaba cuando

podía donde había algo por hacer, cosía, peinaba, lavaba y planchaba para aquellas personas a las que iba ofreciéndose casa por casa en las zonas más ricas de la ciudad. Tenía muy buena mano para la costura y hacía arreglos de ropa para la gente menos pudiente o cosía a medida para aquella que podía pagarlo. Poco a poco fue creándose una pequeña clientela y haciéndose necesaria para algunas porteras, que le avisaban donde podía tener algo para hacer.

Margarita ayudaba a su madre en todos esos trabajos que traía a casa y fue aprendiendo varios oficios que le ayudarían en el futuro y que le permitían pagar la habitación. Se fueron poniendo al día en los pagos y cada vez podían comer algo más y mejor.

Aunque esa era, la pequeña entrada de dinero que le llegaban de las propinas que le daban los abasteros. Dejó de recoger cajas de madera del Mercado de Abastos con su hermano Juan cuando doña Matilde, vecina del cuarto derecha, le dijo que doña Edelmira Maroto Sra. de Cifuentes, buscaba una criada.

La Sra. de Cifuentes, esposa de Don Manuel, campaba por sus respetos de nueva rica por el puesto del mercado que su marido regentaba. El viejo zorro de Don Manuel, que empezó como matarife y más tarde pudo hacerse con un puesto de charcutero, aprovechó las vacas flacas, nunca mejor dicho, que produjo el cambio de siglo. Toda esa gente que llegaba a Madrid procedente de las zonas rurales, expulsadas por la hambruna y encantadas de llegar a una ciudad que necesitada de mano de obra barata, por el auge de la construcción que la capital demandaba. El viejo zorro se unió a los “gordos” que trajo el hambre y pasó a hacerse rico con las hambrunas que sufría el pueblo.

La vieja charcutería de barrio que regentaba, se había trasladado a una

mejor zona y tenía mejor clientela. Algo que consiguió con la acaparación de productos para así subir su precio, y las constantes adulteraciones de los embutidos que vendía a los más desfavorecidos, le llevaron a mantener y a hacer crecer su negocio.

Entraba Margarita en el portal de la calle Villanueva, cuando la señora Patro, la portera la paró y dijo:

— ¿A onde vas tú, niña?

—A casa de Doña Edelmira —contestó.

—Y que le quieres tú a Doña Edelmira ¡mira que no da limosnas a nadie!

— ¡No, no señora!, no voy a pedir limosna. Don Francisco Alcántara el panadero le ha dicho a mi madre que necesita una chica pa las labores domésticas.

— ¡Ah sí! Pues sube, sube. Es en el tercero izquierda.

Contenta de saber que iba a comer cada día, subía cada escalón como un paso más a la abundancia. Tocó el timbre de la puerta varias veces hasta que la vieja tía de doña Edelmira abrió. Era una mujer gruesa, entrada en años que apenas la gordura dejaba moverse.

— ¡Ya va! ¡Ya va! ¿Quién eres tú? —dijo.

—Soy Margarita señora. Vengo por lo de Don Francisco Alcántara, el panadero que... —No hizo falta que añadiera nada más.

— ¡Ah sí! Pasa.

—Edelmira... Edelmira... aquí hay una muchacha que viene por lo de la chica. Me estás oyendo Edelmira...

— ¡Qué sí tía, calle ya! —replicó Edelmira desde la sala, acercándose a

la puerta.

— ¿Así es que tú eres la muchacha que me manda don Francisco?

Margarita asintió con la cabeza ¡Atónita!, de la impresión que le produjo Doña Edelmira. ¡Grotesca!. Tanto quería aparentar su nuevo estado de riqueza, que su vestuario lleno de brillos y chorreras, como su maquillaje estridente, hacían conjunto con la cantidad de pulseras y colgantes que llevaba puesto.

— ¿Cómo te llamas muchacha?

—Margarita señora.

—Muy bien Margarita, si te ha mandao don Francisco es que eres de fiar. Necesito una chica que lleve la casa, con todo lo que hay que hacer, ya sabes... —Margarita asintió— ¿Sabes cocinar?

—Sí, si señora, mi madre me enseñó.

—Mejor, así podrás ayudar a mi tía que es la que se encarga de la cocina. Todo lo demás es tu trabajo. Te pagaré una peseta a la semana. Eso sí... tendrás una tarde libre por si quieres ir a ver a tu familia.

—Sí, si señora, ¿Cuándo empiezo?

—Si quieres puedes quedarte y empezar con tus tareas, lavar, planchar y fregar es lo más urgente ahora. Hay mucho trabajo atrasado desde que la insensata de la Torcuata decidió volverse al pueblo.

—Sí señora.

— ¡Tiaaaa, TiaaaaAntonaaaa! —gritó Edelmira, y dirigiéndose a Margarita le dijo— ¡Está un poco sorda, sabes. TiaaaaAntonaaaa!

— ¡Que pasa Edelmira... que pasa!

—A ver tía, ponga a la muchacha a la orden y dígale cuáles son sus

tareas y por donde tie que empezar, que la chica se queda. ¡Ah! y que adecente el cuartito de la cocina para que pueda dormir y asearse.

—Muy bien mujer, muy bien. Así que te quedas muchacha, te quedas.
—replicó la tía Antonia dirigiéndose a Margarita.

—Sí, si señora... me llamo Margarita señá Antonia, Margarita.

Capítulo 2

Paseaba por la Gran Vía una noche de otoño cuando conocí a Margarita. Toda la calle era un ir y venir de gente. La noche era espléndida y las terrazas estaban llenas. Era la salida de muchos cines y la hora propicia para que ella estuviera allí, apostada en aquella esquina como todas las noches del año. No importaba si llovía, nevaba, hiciera frío o calor, ella siempre estaba allí, vendiendo sus flores. Ofreciendo a cada transeúnte aquel pequeño regalo que le permitía comer cada día.

La había visto allí muchas veces, pero nunca le había prestado la más mínima atención, simplemente pasaba a su lado y ya. Ocurría siempre, cuando Jorge y yo íbamos o regresábamos de algunos de los estrenos de la cartelera. Pero esa noche... ¡esa noche no sé por qué... la curiosidad hizo que al acercarme a ella! Una temblorosa voz susurró...

—Señorita... una flor para otra flor.

Hubiera pasado desapercibida para mí como otras tantas veces, si mi compañero no le hubiera contestado.

—Usted lo ha dicho señora, una flor no necesita otra.

Cuando yo la miré, me sorprendió la belleza de su vejez y la dulzura de su mirada. Si te fijabas con atención, no parecía muy mayor, era una mujer que ahora pasaba desapercibida pero que en otro tiempo su belleza debió causar estragos. Como los que ahora se reflejaban en su rostro.

Paré a mi acompañante y me acerqué a ella sin dejar de mirarla. Mi rostro entre sorprendido e impresionado, devolvía la mirada de dulzura con una sonrisa.

—Tiene razón buena mujer, varias flores forman un jardín y un jardín es más bello que una sola flor.

—Gracias señorita —contestó—. Usted ilumina todo un jardín con su belleza, no le hace falta otra flor para adornarla.

— ¡Es usted muy amable... pero no es para tanto!

Cuando me volví para mirar a mi compañero, él ya tenía el dinero en las manos.

— ¿Le pagas tú la flor? —le dije.

Él asintió, pero cuando iba a darle el dinero, algo inexplicable recorrió mi cuerpo como un latigazo de emoción que sin pensarlo más, paré con mi mano la de Jorge y le dije a la mujer:

— ¿Qué cuesta todo el manojito?

— ¡Oh no! señorita, se lo agradezco pero...

—Si le compro todo el manojito, ¿dejará usted de trabajar ésta noche?

— ¡Si claro, pero...!

No sé qué se me pasó por la cabeza, algo me recorrió el cuerpo como una llamarada de atención y sorpresa. La intención de no irme de allí así como así, como si quisiera quedarme con esa mujer, en ese momento. Le dije lo primero que se me pasó por la mente convencida totalmente de lo que decía y de lo que iba a hacer a continuación.

— ¿Me permite proponerle algo? —continué—, nosotros vamos a cenar. ¿Por qué no nos acompaña y después se va a descansar?

Mi compañero no salía de su asombro, su cara de sorpresa era todo un poema, pero me conocía muy bien. Le miré con aprobación y asentimiento y él asintió también.

—Tú sabes lo que haces —me dijo.

Nos miramos los dos y sonreímos a Margarita. Ella sonreía, pero disentía con la cabeza.

—No señorita... no puede ser. Yo no puedo ir con ustedes, ¿no se da cuenta?, ¡mi aspecto!, seguro que no podría entrar con ustedes en ningún lugar...

Parecía un tanto desaliñada y descuidada, vestía tan solo una bata azul sobre su ropa que podía adivinarse debajo. Limpia sí... pero muy desgastada por el uso. La palidez de su cara acentuaba su aspecto enfermizo.

—Tú que crees Jorge, ¿Nos dejaran entrar en algún lugar para comer algo? —pregunté.

— ¡Pues claro que sí, mujer! ¡Claro que sí!

La tomé del brazo y nos encaminamos a uno de esos restaurantes antiguos de esas pequeñas calles por detrás de la Gran Vía. Por el camino fui

observando a esa extraña mujer que tanto me impresionó y la expresión tranquila y resignada de Jorge. Estaba temblorosa, ¡es de suponer, por la inusual proposición que acababa de recibir!, pero se veía tranquila. Todavía no sé cómo aceptó venir con dos extraños. Creo que necesitaba un poco de esa confianza que en otro tiempo la gente demostraba a sus semejantes. Cada vez que yo la miraba, ella me sonreía de una forma que hasta yo misma me sentía extraña, parecía confiada, alegre, agradecida... feliz. Parecía inmensamente feliz.

La gente seguía bajando y subiendo por la Gran Vía, unos con relativa prisa, otros de paseo. Mirando escaparates cada uno a lo suyo, como siempre. Inmersos en sus vidas, en sus cosas. Ausentes a veces del resto del mundo y de todo lo que acontece a su alrededor.

Si tan solo nos paráramos un poco a mirar a los demás, si nos paráramos un instante a mirarnos a nosotros mismos, a nuestro alrededor. La vida que transcurre paralela a la nuestra... todo nos parecería diferente. ¡Todo... sería diferente!

Entramos en aquel restaurante de la calle de la Estrella ante la sorpresa de los que allí se encontraban. Francamente, no creo que fuese por el aspecto de Margarita, su indumentaria se hallaba más acorde con los presentes que la que llevábamos nosotros. Acabábamos de asistir al estreno de la última película de Harrison Ford, Blade Runner. Asistió la flor y nata del cine y la televisión actual. Más tarde habíamos quedado para cenar y comentar la película en casa de unos amigos, con algunos compañeros de la cadena donde yo trabajaba. En ese momento Jorge, le preguntó que le apetecía comer.

— ¡Oh cualquier cosa! me gusta todo, desgraciadamente hoy no se puede hacer ascos a nada. No está la vida para eso —respondió Margarita.

—Está bien —dijo Jorge—. Entonces... ¿Me dejáis elegir a mí?

—Cómo no cariño, estamos en tus manos.

Miré a Margarita y ella asintió. Jorge me sonrió con dulzura y me besó tiernamente en los labios, acarició mi cara y dijo:

—Te quiero, te quiero.

Yo levanté los ojos y bese la palma de su mano que resbalaba por mi cara y le dije.

—Yo también te quiero amor, yo también te quiero.

Se levantó de la mesa y se dirigió al Maître para pedir la comida. Margarita no dejaba de mirarme con una mezcla de ternura y admiración.

—Se ve que se quieren ustedes. ¡Es tan hermoso ver que la gente se quiere!

Yo le sonreí con aprobación apretándole su arrugada y temblorosa mano.

—Ya llevamos aquí un buen rato y todavía no le he preguntado cómo se llama. Vamos, que aún no nos hemos presentado. Mi nombre es Julia y él...

—Sí, ya sé... él es Jorge, ya la oí. Mi nombre es Margarita.

—Soy Julia Prado, periodista, trabajo en...

—Sí, la he visto alguna vez en televisión y también la he escuchado en la radio. Me gustan mucho sus reportajes. Yo no sé cómo y de dónde sacan los periodistas todas esas historias... —me decía en el momento en que llegó Jorge.

—Ahora nos traen la comida —comentó.

—Mira Jorge, ella es Margarita.

Jorge estrecho la mano de Margarita como un saludo formal con una inmensa sonrisa.

—Encantado Margarita, es un placer conocerla, ¿Cómo está usted?
—dijo Jorge estrechándole la mano.

Margarita y yo nos echamos a reír por formalidad de Jorge.

—No le haga mucho caso Margarita... es un guasón cuando quiere.

—Solo intentaba ser amable —sonrió él.

—Ya... ya sé que eres amable amor, pero con el tiempo que llevamos aquí, anda ya.

—La encantada soy yo Jorge, los dos habéis sido muy amables conmigo. Sin conocerme de nada me habéis invitado a cenar, ¡hacia tanto tiempo que no salía a cenar!

—Bueno, pues ahora disfrute de ésta velada, y... de la cena.

—Y de vosotros. Gracias a los dos ¡Dios os pagará esto que estáis haciendo! —dijo Margarita visiblemente emocionada.

—Por nada Margarita. Por favor, vamos a disfrutar de esta cena ¿le parece?

Margarita asintió secándose las lágrimas que querían asomar con un pañuelo viejo y arrugado mientras nos servían la cena que Jorge había pedido.

— ¡Qué apetitoso todo, Jorge! ¡Hacía tiempo que no comía nada así! ¡Ya sabe Margarita, la dichosa dieta!

— ¡Pues a disfrutar! —dijo Jorge haciendo un ademán de subirse las mangas para entrar a comer.

—Qué le parece Margarita si cenamos y después charlamos un rato, me encantaría conocerla mejor —le dije pidiendo permiso a Margarita por hacerle esta afirmación—. ¡Si no le molesta que le pregunte esto... digo!

—Claro Julia, en este rato que estoy pasando con vosotros, se me ha olvidado por un momento quien soy y de dónde vengo. Ahora, tengo todo el tiempo del mundo. Claro que podemos hablar y te contaré todo lo que quieras saber. Ya no tengo vida para ocultar nada.

—Pues... ¡al ataq—ueeee! ¡Tengo un hambre que me muerdo! —dijo Jorge.

—Vamos Margarita o cuando nos descuidemos nos dejará sin nada, si lo sabré yo. Es un tripas. ¡Y tiene un saque! —dije sonriendo y mirando a Jorge con complicidad.

Margarita sacó la mejor de sus sonrisas y asintió sirviéndose un poco de la comida en su plato, a lo que Jorge le sirvió un poco más. Sonreímos y cenamos tranquilos haciendo honor al sabor y a la presentación de los manjares de la cena.

Me sorprendió el ambiente distendido en cuanto que éramos personas que acabábamos de conocernos. La verdad es que tenía una extraña sensación al lado de aquella mujer. Sentía que la conocía de toda la vida. Sé que eso ocurre en ocasiones cuando conoces a alguien y sientes algo especial. Y eso me ocurría a mí con Margarita, parecía que todo en ella me resultaba familiar.

— ¿Qué tal Margarita, ha disfrutado de la cena? —le pregunté cuando llegamos a los postres.

—Mucho Julia, mucho... hacía ya tiempo que no disfrutaba de esta manera. Os estoy muy agradecida, de verdad. Cada vez es más difícil que ocurra esto que acabáis de hacer vosotros. ¡Sin conocerme de nada! El caso Julia es que... no sé por qué... pero tú me resultas tan familiar. ¡Tus ojos, tu mirada me resultan tan familiares!

—Bueno, yo podría decirle lo mismo. Tengo la sensación de conocerla

de antes, de habernos visto en alguna parte, y no solo aquí... en Gran Vía.

— ¡Ah! querida Julia, me acordaría, ¡sí... sí que me acordaría!

— ¡Bueno Chicas! ¿Queréis café... postre? —preguntó Jorge.

—Sí... sí —contestamos las dos a la vez con una sonrisa.

Jorge se levantó y fue a por los cafés. Mientras tanto le pregunté a Margarita

— ¿Puedo hacerle una pregunta?

— ¡Claro!

— ¿Que hace una mujer de su edad, vendiendo flores por la noche en la Gran Vía?

— ¡De mi edad! —dijo soltando una carcajada —parece que me ves mayor. Y... ¡claro que lo soy!

Hice un ademán de querer rectificar. ¡No quería decir que fuera vieja!

— ¡No, no te preocupes Julia, lo entiendo! No hace falta que te justifiques. Mi aspecto no es muy bueno. Mi salud no es muy buena y estos últimos años me he deteriorado mucho. La vida me ha hecho muchas caricias... sí. Y me ha puesto muchos tropiezos y trampas también ¿sabes? Pues... ¡Gran Vía dices... La conozco bien! He estado siempre por esta zona, por Chamberí casi toda mi vida. Aquí me siento como en casa. ¡Gran Vía! ¡Mi Gran Vía!... forma parte de mí, de mi pasado, de mi historia. Me siento segura aquí, y ¡es el mejor sitio para vender!, pasa mucha gente. Están las salidas de los cines, y... también tengo algunos clientes fijos ¡sabes! —me dijo casi entre dientes con una sonrisa entre picara y confidente. Hizo una pequeña pausa como para respirar profundamente y poder continuar—. Hace unos años estaba trabajando en ésta Sala de Fiestas que hay en la esquina con San

Bernardo, donde me encontrasteis. Pero los tiempos están cambiando mucho y ya no se necesitan "señoras para los lavabos". ¿Qué es eso en la actualidad? Sí. Me encargaba de los lavabos, de que todo estuviera limpio y recogido y de que a las clientas no les faltase de nada. Tenía buenas propinas y bueno... me iba apañando. No necesito mucho para vivir... cada vez necesito menos.

—Entonces... ¿ésta es la única entrada de dinero que tiene para vivir?

—Sí, así es.

—Caramba Margarita, ¿de verdad no tiene nada más?

—Nada

— ¿Tiene un lugar donde vivir?

—Tengo alquilada una habitación aquí cerca, en el barrio.

—Y ¿puede pagarla?

—Cada vez cuesta más. Ya no me quedan muchos ahorros, pero como te dije, cada vez necesito menos para vivir.

— ¡Dios mío Margarita! ¡Me gustaría conocer su historia! ¿Me la confiaría? Ya sabe... soy periodista, ¡puedo ser muy insistente! —dije esto para sacarle una sonrisa, se estaba entristeciendo por momentos.

—Claro Julia, ya le dije que tengo poco para ocultar, y además... no sé qué me pasa a medida que va pasando el tiempo conversando con usted me resulta más agradable y siento como si hubiera llegado a un remanso de paz de donde no quisiera salir jamás. ¡Es muy extraño... muy extraño!

—Me alegro que confíe en mí. Yo también me siento algo extraña a su lado. Pero bueno, creo que esto nos lo hará mucho más fácil, ¿no cree?

—Claro Julia, claro.

—Bien, pues empecemos. ¿Qué tal si usted me cuenta y yo le voy haciendo preguntas?

Saqué un pequeño cuaderno de notas y un bolígrafo que guardaba en el bolso, lo abrí y me dispuse a tomar nota.

—Empezaré por el principio, de donde vengo, quien soy y que hago aquí. ¿Le parece? ¡Sabe, éstas preguntas me las he hecho tantas veces Julia... tantas veces! Todavía hoy no soy capaz de contestármelas. Todavía no soy capaz. ¡Con la edad que tengo ya!

Asentí y no sé qué, me recorrió el alma. Una sensación de pena, alegría, satisfacción... Una mezcla de infinitas sensaciones recorría mi cuerpo, que se ponía en alerta para no perderse ni el más mínimo detalle de lo que iba a suponer la historia de aquella mujer. No sé por qué, pero sabía que escuchar esa historia, iba a suponer un antes y un después en mi vida. Estaba expectante con lo que me iba a contar Margarita, pero a la vez sentía una especie de desazón que me recorría todo el cuerpo y que me decía que algo iba a ocurrir después de aquello. Aun así, mi curiosidad no me dejaba pensar en nada más. Ni siquiera vi a Jorge sentarse de nuevo a nuestro lado.

Sólo veía y escuchaba a Margarita.

Capítulo 3

Mientras Margarita hablaba, yo iba tomando algunas notas. Cuando saqué mi cuaderno del bolso, Margarita me dijo con una sonrisa:

—Si no supiera que es usted periodista, lo habría imaginado nada más verla sacar su cuaderno. ¿Tan interesante cree que será mi historia como para tomar notas?

— ¡Nunca se sabe Margarita, nunca se sabe! Prefiero anotar todo aquello que pueda ser de interés. Ya sabe... para una periodista todo es interesante. Ya le digo, nunca se sabe por dónde irá la historia y descubrir un buen reportaje.

—Mi querida Julia —dijo soltando una carcajada—. Soy una mujer corriente, una mujer más... no creo que mi vida de para ningún reportaje.

Y Margarita comenzó el relato de lo que sería la historia de su vida.

—Tenía doce años cuando llegué a Madrid con mis padres y mi hermano Juan. Nos vinimos del pueblo porque mi padre encontró trabajo en una cantera, pensaba que Madrid sería un buen lugar para nosotros y para tener una vida mejor que en el campo. Eran los años previos a la República y nadie

preveía todavía lo que iba a ocurrir.

[] *Anotaciones en el cuaderno de Julia* []

[A sus doce años, ya se veía en Margarita despuntar en ella la feminidad, una figura esplendida y unas facciones perfectas. Su largo pelo castaño y sus ojos claros como la miel hacían de ella una mujer bellísima que la miseria desdibujaba con su pincel deshilachado. Parecía una niña frágil pero su cuerpo era fuerte...]

—Sin embargo —continuó Margarita—, la crisis de 1929 que estaba contagiando Europa llegó justo en esos finales donde la República tenía que asentarse. Por muy bien que se quiso hacer, se cometieron muchos errores, económicos principalmente. Había poco ánimo de construir debido a que tanto en la sociedad como en los políticos, se veía todo con mucha negatividad y el pueblo lo percibía. Los partidos eran débiles y obligados a gobiernos de coalición diversificaban mucho la política que se debía llevar a cabo, y eso era un riesgo muy alto que se debía pagar, y se pagó... ¡claro que se pagó! Supuso una amenaza gravísima para lo que sería el asentamiento y el afianzamiento de la Democracia.

Una de las prioridades fue la política educativa, prácticamente el cincuenta por ciento de la población éramos analfabetos. Se construyeron escuelas y bibliotecas para mejorar el acceso a más niños a la educación. La España de esa época era eminentemente rural, mi familia lo era. Prácticamente la mitad de los españoles de entonces se dedicaba enteramente a la agricultura, como lo hacían mis padres antes de llegar a Madrid. El resto,

estaba dividido entre la industria y los servicios de lo que fue llamada Revolución Industrial. ¡Ni nos habíamos enterado de su llegada! Los abusos en la contratación y los bajos salarios, fueron unos de los problemas más urgentes que se aprobaron en la República. Mi padre vio en ello la posibilidad de una nueva vida en una ciudad que empezada a reconstruirse y a expandirse y por eso dejamos el campo. Los patronos no lo veían de la misma manera. Para ellos fue demasiado rápida la nueva legislación. Les supuso, según ellos, lo que le llamaron "ruina económica" por el alto coste que supuso el aumento de los salarios. Bueno... no sé por qué te cuento todo esto a ti que sabrás mejor que yo todo lo que pasó en aquella época... Así fue como mi padre consiguió un empleo en una cantera al norte de la capital.

—No, no, continúe Margarita, nadie como la persona que lo ha vivido para describir lo que pasó. Continúe por favor —estimé al oír sus palabras.

—La situación en la capital en aquellos años, antes de la Guerra del 36, era poco menos que de una miseria absoluta —prosiguió—. Y aunque como te dije, la República ofrecía el cambio que estábamos esperando la clase más desfavorecida, aun así... mis padres creyeron que era mejor que el campo. La cantera de Guadalix de la Sierra en la que trabajaba mi padre, nos hizo venir desde el norte buscando una mejor vida creyendo que la capital podría ofrecernos lo que el campo nos quitaba. Llegamos a Madrid con lo puesto y poco más en un pequeño hatillo, a la casa de un amigo de la infancia de mi padre, que ya vivía en Madrid, que le proporcionó el trabajo y una pequeña habitación donde vivir, hasta que la vida nos asentara en la gran capital. Cuando mi madre vio aquella habitación desaliñada y fría donde dormiríamos los cuatro, con una pequeña cocina de leña y un par de camastros... no pudo por menos que respirar profundo y expirar un "Aquí empezaremos a construir nuestra nueva vida".

La casa era una corrala, donde Rosario, la esposa de Pedro el amigo de mi padre, habían comprado con los unos pocos ahorros, la herencia de Rosario y el jornal de Pedro en la cantera. Alquilar las habitaciones contiguas les daba la posibilidad de vivir un poco mejor aunque no pudieran cobrar mucho por ellas. Rosario decidió cobrarnos un poco menos por la amistad que unía a sus maridos. Así pasaron los meses hasta que ocurrió la desgracia —concluía Margarita visiblemente emocionada.

— ¿Desgracia? ¿Que ocurrió Margarita? —pregunté ávida de querer saber más de toda la historia.

—Sí Julia, una desgracia que cambió nuestras vidas unos meses después de llegar aquí —continuó su relato con lágrimas en los ojos—. Hubo una gran explosión en la cantera. Antonio mi padre, su amigo Pedro y seis personas más fueron sepultados en la explosión. Y así... nos quedamos solos y desamparados sin saber qué hacer en una ciudad que desconocíamos, sin un sustento. ¡Mi pobre madre! Una mujer joven, viuda con dos hijos pequeños ¡Mi pobre madre... no sabía qué hacer en aquel momento! Enseguida los vecinos nos arroparon y pusieron todo de su parte para que pudiéramos salir adelante en aquella situación. Doña Rosario, nos dio su apoyo y no nos echó de la vivienda para que no estuviéramos en la calle, sin nada. Otras vecinas llevaron a mi madre al Mercado de Abastos donde podía procurarse algún sustento haciendo un montón de faenas del todo variopintas, para conseguir unos céntimos que nos permitieran vivir. Pero no llegaba para todo... o se pagaba a Doña Rosario o se comía... siempre había que elegir. Esas tres pesetas que pagábamos por la habitación al mes, aun haciendo y haciendo, mi madre no las juntaba en meses. En el Mercado de Abastos comenzamos a recoger cajas mi hermano Juan y yo. Por una propinilla íbamos haciéndonos con algunos céntimos. Por medio de Doña Matilde, la vecina del cuarto derecha, que también tenía un puesto en el Mercado; a mi madre, le fueron

saliendo arreglos de ropa y alguna que otra confección. Había aprendido en el pueblo a coser y se daba buena mano con las prendas.

A medida que Margarita iba hablando, yo iba anotando en mi cuaderno todo aquello que le parecía interesante de su historia.

[Una pequeña habitación desaliñada, donde el frío del invierno se colaba por las ventanas como si estuvieran abiertas...

Llegando a ser llamada en la época la ciudad de la muerte debido a las inexistentes condiciones higiénicas que la ciudad acumulaba...

Dolores trabajaba cuando podía, donde había algo por hacer, cosía, peinaba o lavaba y planchaba para algunas personas a las que iba ofreciéndose...

Así pasaron los cinco años siguientes, Margarita ayudaba a su madre...

Dejó de recoger cajas de madera del Mercado de Abastos con su hermano Juan...]

—Cansada de esperar los pagos que se iban acumulando —proseguía Margarita—, un día Doña Rosario paró a mi madre en el rellano de la escalera y le dijo con su característico acento andaluz:

—Mire señá Doloré, ¿tiene usted que pagarme ya! o me veo obligá a pedirle que se vaya. Esto tiene mucho gasto y yo tengo que comer también.

— Sí... si doña Rosario, lo entiendo... voy a intentar pagarle algo. De verdad... lo más pronto posible, descuide.

—A pesar de todas esas dificultades —continuó Margarita—, me había convertido en una preciosa mujercita que acababa de cumplir trece años. A los

pocos meses del fallecimiento de mi padre, entré en el portal de la calle Villanueva más contenta que un niño con un helado de chocolate. Cuando la señá Patro, la portera me paró y me dijo:

— ¿A onde vas tú niña?

—A casa de Doña Edelmira —contesté.

—Y que le quieres a Doña Edelmira, ¡mira que no le da limosnas a nadie!

—No, no señora, no voy a pedir limosna. Don Francisco Alcántara el panadero le ha dicho Doña Matilde y ella a mi madre, que necesita una chica pá las labores domésticas.

— ¡Ah sí!, pues, sube, sube, es el tercero izquierda —respondió rápido la señora Patro, a la que aturdían mis palabras—. Contenta de saber que iba a comer cada día, subía cada escalón como un paso más a la abundancia. Toqué el timbre de la puerta varias veces hasta que la vieja tía de doña Edelmira abrió. Era una mujer gruesa que se movía con dificultad y ya entrada en años.

— ¡Ya va...! ¡Ya va!

— ¿Quién eres tú? —dijo al abrir la puerta.

—Soy Margarita señora, vengo por lo de Don Francisco Alcántara, el panadero, que... —No hizo falta que añadiera nada más. La panadería de don Francisco Alcántara, estaba dos calles más allá y les servía el pan y la bollería a diario en la casa de doña Edelmira Maroto.

— ¡Ah sí! Pasa.

—Edelmira... Edelmira... —gritaba desde la puerta—. Aquí hay una muchacha que viene por lo de la chica. Me estás oyendo Edelmira...

— ¡Qué si tía, que sí, calle ya!

—Así es que tú eres la muchacha que me manda don Francisco —me dijo.

Asentí con la cabeza. ¡Atónita! de la impresión que me produjo Doña Edelmira. ¡Grotesca! Tanto quería aparentar su nuevo estado de riqueza que, tanto el vestuario lleno de brillos y chorreras, como su maquillaje estridente, hacían conjunto con la cantidad de pulseras y colgantes que llevaba puesto.

— ¿Cómo te llamas muchacha?

—Margarita señora.

—Muy bien Margarita, si te ha mandao don Francisco es que eres de fiar. Necesito una chica que lleve la casa, con todo lo que hay que hacer, ya sabes... ¿Sabes cocinar?

—Si señora, mi madre me enseñó.

—Mejor, así podrás ayudar a mi tía que es la que se encarga de la cocina. Todo lo demás es tu trabajo. Te pagaré una peseta a la semana, eso sí... tendrás una tarde libre por si quieres ir a ver a tu familia.

—Sí señora, ¿Cuándo empiezo?

—Si quieres puedes quedarte y empezar con tus tareas, lavar, planchar y fregar es lo más urgente ahora, hay mucho trabajo atrasado desde que la insensata de la Torcuata decidió volverse al pueblo.

—Si señora.

— ¡Tiaaaa, TiaaaAntoniaaaa! ¡Está un poco sorda, sabes! —dijo dirigiéndose a mí—. TiaaaaAntoniaaaa!!

— ¡Que pasa Edelmira, que pasa!

—A ver tía, ponga a la muchacha a la orden y dígale cuáles son sus tareas y por donde tie que empezar, que la chica se queda. ¡Ah! y que adecente

el cuartito de la cocina para que pueda dormir y asearse.

—Muy bien mujer, muy bien... ¡Así que... te quedas muchacha! —dijo la tía Antonia dirigiéndose a mí— ¡te quedas!

—Sí, si señora. Me llamo Margarita seña Antonia. Margarita.

A decenté el cuartito de la cocina y me puse con las tareas que me fue encomendando la señora Antonia. Estaba acostumbrada al trabajo duro y diario. Sabía que mi madre trabajaba el día entero cosiendo y planchando para las señoras del barrio. Podía hacerlo y así intentar que mi madre trabajase menos. Se veía que estaba exhausta cada noche y caía en la cama como un saco, sin fuerzas. La mala alimentación y el excesivo trabajo estaban haciendo mella en un cuerpo descuidado por la vida que llevaba. No solo era el trabajo en sí, sino que caminar hasta recoger y entregar la labor, eran además, un trabajo añadido. Los tranvías o el metro no estaban a su alcance, era demasiado gasto todos los días tomar el tranvía para ir y venir. O el tranvía o algo para comer ese día... las dos cosas por el momento, eran inviables en una ciudad no muy amable.

Este ir y venir por toda la ciudad tenía algo positivo, cada vez conocía a más personas por los sitios por los que pasaba con frecuencia y llegaba a hacer sólidas amistades que después le decían dónde podía conseguir algo más para hacer. Parecía que todo iba saliendo mejor, siendo más fácil pagar a doña Rosario la renta que se acumulaba durante meses.

En la calle Columela 23 conoció a Don Francisco Alcántara, el dueño de la panadería La Esperanza. Una persona amable y cordial que viendo pasar a mi madre por delante de la panadería durante meses, y los esfuerzos que la mujer hacía, muchos días le daba el pan sobrante del día anterior que sus clientas del barrio rechazaban y que ella aceptaba con gratitud y una alegría inmensa. Unos céntimos ahorrados para un poco queso, y ya teníamos para

comer ese día.

Conocer a don Francisco, fue el milagro que mi madre estaba esperando en estos años de escasez extrema después de la muerte de mi padre. La bondad de ese hombre fue la bocanada de aire que da alguien que se está ahogando, sin más. A medida que iban conociéndose, él iba siendo más amable con ella y le daba todo aquello que no podía vender a sus clientas de postín.

—Gracias don Francisco, muchas gracias.

—No tiene por qué darlas Dolores, ya sabe que son cosas que ya no puedo vender. Desgraciadamente no puedo dárselo del día. —contestó él.

— ¡Oh no, por Dios!, ¡no sabe usted lo que está haciendo... es muy amable y lo recibo con mucho agradecimiento. ¡Comer pan a diario!, no sabe usted la cantidad de días que no lo hemos comido, muchos, a veces solo uno en un mes. Gracias don Francisco. ¡Dios le bendiga por ello, no tendré vida para agradecerle tanta amabilidad!

—No diga eso Dolores, ¡no diga eso por Dios! Usted no se preocupe, no deje de pasar por aquí, que siempre habrá algo para usted.

— Muchas gracias don Francisco, muchas gracias, y... ¡Dios se lo pague!

Mi madre pasaba a diario por la panadería cuando se dirigía a las calles del barrio de Salamanca, donde tenía algunas clientas que le encargaban costura a medida. No era mucho, pero comíamos algo y eso si era bastante en los tiempos que corría.

Hubiera pasado desapercibida. Era una más de todas aquellas personas que simplemente pasan por delante de su establecimiento. Pero una tarde, sufrió un desvanecimiento y cayó inerte delante de la puerta de la panadería de la Esperanza. Don Francisco salió corriendo a ver qué pasaba, y entre varias

personas que se arremolinaban alrededor de ella, vio que había perdido el sentido y decidió llevarla dentro y sentarla en una silla. Sacó un vaso de leche con azúcar, le hizo que se lo bebiera despacio. Unos minutos más tarde, se recuperaba poco a poco. Cuando ya había abierto los ojos y recuperó el resuello, don Francisco insistió mucho en que tomara un pequeño bollo junto con la leche, lo que hizo su recuperación total. La inanición y el esfuerzo diario provocaron el desvanecimiento.

— ¿Cómo se encuentra señora? —le preguntó don Francisco a mi madre—. ¿Está mejor, se siente bien?

— ¡Oh sí... muchas gracias por su ayuda señor, muchas gracias. Pero... no voy a poder pagarle lo que me he tomado... no puedo!

—No se preocupe mujer, no tiene que pagarme nada, solo necesita sentirse bien. Creo que está usted muy débil, ¿verdad? ¿Cuánto tiempo hace que no come?

— ¡Oh bueno! no hay mucho que comer en estos días... —respondió— Muchas gracias por su ayuda Señor...

—Francisco. Mi nombre es Francisco Alcántara, soy el dueño de la panadería.

—Le estoy muy agradecida, don Francisco, pero tengo que irme. Me están esperando —dijo ella mientras se dirigía a la puerta de salida.

— ¿Disculpe? —preguntó él— ¿Cuál es su nombre?

—Dolores don Francisco, Dolores Marín es mi nombre.

—Me permite preguntarle Dolores... ¿pasa usted por aquí a menudo?

—Sí —respondió ella—. Todos los días.

—Si usted quiere, puedo darle algo de pan... si se pasa usted por aquí.

Es el que sobra de la tahona del día anterior, el que ya no quieren mis clientas, y si a usted no le...

Mi madre ya no le dejó terminar.

— ¡Claro don Francisco, claro!, claro que quiero. No me importa, al contrario... tengo dos hijos a los que alimentar y lo que gano no es demasiado para los tres.

— ¿Y su marido?, si me permite preguntar.

— Soy viuda.

— Disculpe mi atrevimiento, pero... es usted muy joven para ser viuda ya.

— Sí, bueno... un accidente en la cantera se lo llevó hace un año.

— ¡Oh! ¡Lo siento Dolores, lo siento mucho! y disculpe mi indiscreción. Bien... entonces quedamos en lo que le dije. Pásese usted por aquí mañana y... llévese esto para hoy.

— Muchas gracias don Francisco, así lo haré. Así lo haré. Gracias, gracias —decía saliendo por la puerta—. Buenos días y hasta mañana.

— Buenos días para usted también, hasta mañana pues.

Ese paso diario por la panadería, hizo que cada vez tuvieran más confianza. Don Francisco veía a mi madre con otros ojos, con los ojos de un hombre enamorado de aquella frágil mujer que cada día asomaba por la puerta de la panadería de la calle Columela.

Día a día ella llevaba algo de pan a casa, era una alegría para todos tener pan en esa época, donde la escasez brillaba en cada una de las casas del bajo Madrid. Lo que no sabía don Francisco, es que mi madre pagaba parte del alquiler con alguno de esos mendrugos de pan que le proveía su panadería.

Además, era un pan más rico que el que se vendía en los barrios bajos y cuando las vecinas supieron que ella lo vendía, se lo pedían de un día para otro. Algo que era muy difícil, pues no todos los días podía tener la misma cantidad de provisión. A veces no solo era pan, también traía algunos bollos que vendía a las vecinas por otros pocos céntimos. Eso le reportaba tener para pagar algún kilo de lentejas o arroz.

Ahora podía comprar algo más cómo huevos o alguna fruta. La carne todavía tenía que esperar. Alimentarse mejor hacia que el cansancio y el lustre de la cara de mi madre se activara y se volviera más sonrosado y luciese con más salud que la que tenía meses atrás. Algo en lo que fijaba don Francisco Alcántara.

—Buenos días Dolores, que bien se ve usted hoy. Disculpe mi atrevimiento, está usted... bueno, tiene mucho mejor aspecto que estos días atrás, si me permite decírselo, claro —comentó cuando la vio entrar en la panadería.

—Gracias don Francisco. ¡Claro que puede!, usted tiene parte de la culpa de que yo me encuentre así. —replicó Dolores.

— ¡Cómo! no me diga que soy el culpable de su belleza señora Dolores. ¡Vaya, nunca hubiera esperado que algo así pudiera pasar! ¡Caramba, sin embargo... no sabe lo mucho que me alegra oír eso!

— ¡Oh don Francisco, ya sabe usted por lo que se lo digo! su ayuda a sido inestimable para alimentarnos mis hijos y yo. Me ha supuesto un gran ahorro y eso nos ha permitido acceder a otros alimentos que no nos podíamos permitir. Ya sabe usted por lo que se lo digo... sin usted no hubiera sido posible.

— ¡Pues me alegra comprobar que mi pan sea fuente de belleza para usted! La verdad es que no lo he notado en ninguna de mis otras clientas!

—respondió con un poco de broma.

—Gracias don Francisco, es usted muy amable —respondió sonrojada mi madre.

Don Francisco Alcántara no sabía cómo declararse a mi madre —continuó Margarita—. Llevaban unos meses viéndose a diario, pero no veía el momento de decirle que estaba interesado en ella. Él temía el rechazo, pero también sabía que si ella estuviera con él, su vida cambiaría totalmente. Era viuda y eso todavía le pesaba. Una viuda joven que se estaba recuperando de la mala racha a la que la vida le había sometido estos últimos años.

—Buenos días Dolores, ¿cómo se encuentra usted hoy? —preguntó él.

— ¡Oh! ¡Bastante mejor don Francisco, bastante mejor! gracias a usted desde luego, gracias a usted.

—Bueno Dolores, algo habrá puesto usted de su parte también... algo habrá puesto usted.

—Claro, claro, pero sin su ayuda no estaría aquí hablando con usted que fue un ángel, el día que me recogió de la calle.

—Bueno, bueno. Y... como le va, ¿sigue encontrando algo para coser en el barrio?

—Pues sí, algo sigue apareciendo. Me gustaría encontrarle algo que hacer a mi hija que ya tiene trece años y es una mujercita. Ahora recoge cajas en el mercado de Abastos con su hermano y alguna propinilla trae a casa pero... me gustaría que fuese a alguna casa de sirvienta. ¿Conoce usted a alguien que quisiera una chica para servir?

—La verdad es que no, pero aquí se juntan muchas chicas de las casas de la zona y les preguntaré a ellas. No se preocupe, algo aparecerá.

— ¡Caray don Francisco!, realmente es usted mi ángel de la guarda, ¡bendito sea el día que me desmaye en su puerta! No sé cómo le voy a pagar toda su amabilidad y generosidad, ¡no sé cómo!

—No se preocupe por nada Dolores... no se preocupe, por favor. Aquí tiene un amigo, ya se lo he dicho varias veces. No se preocupe, encontraremos algo para su hija y verá como las cosas van a mejorar cada vez más, no se preocupe —respondió don Francisco acercándose a ella con complicidad y cogiéndole la mano para besársela.

Mi madre se sintió un poco incomoda y él se dio cuenta enseguida.

— ¡Perdone Dolores, no quería incomodarla... disculpe! —agregó apartándose de Dolores visiblemente incómodo por acercarse a ella de esa manera.

— ¡Dios mío don Francisco, discúlpeme usted a mí!, pero no esperaba que usted... Le agradezco su gesto de amabilidad y de cariño que usted me demuestra cada día. Le aseguro que por mi parte no lo entiendo para mal, todo lo contrario. ¡disculpe usted! —contestó Dolores sonrojada por la escena que acababa de vivir.

—Mire Dolores yo... yo... siento algo por usted aquí —dijo señalándose el pecho y visiblemente sonrojado también—. Discúlpeme pero tenía que decírselo, llevo mucho tiempo queriendo decirle esto pero... nunca me he atrevido, éstas cosas nunca se me han dado bien, yo...

—Por favor don Francisco, disculpe.

Salió corriendo por la puerta de la panadería como si huyera de su propia sombra, no podía creer lo que le estaba pasando.

Pasaron varios días —continuó Margarita— y mi madre no volvió a

pasar por la panadería de don Francisco Alcántara.

Cambió su ruta para no encontrarse con él. No sabía que decirle. No sabía que contestarle a esa declaración. ¡Estaba muy confundida! En el fondo de su corazón ella sabía que aquello podía ocurrir, pero como alguien cómo don Francisco querría a una mujer como ella, sin nada. No sabía leer ni escribir. Apenas tenía para mantenerse ella y sus hijos... Cómo un hombre de la categoría de don Francisco iba a fijarse en ella, una viuda con dos hijos mayores. ¡Es imposible! —pensaba una y otra vez— ¡Es imposible! —se decía sin parar.

Todos esos meses que llevaban conociéndose, y con todas las dificultades que les estaban ocurriendo, a pesar de todo... había fraguado una amistad muy especial entre ellos. Ella también sentía algo por él, pero no quería reconocerlo. Era viuda y se debía a su luto todavía. Aunque ya había pasado más de un año, se debía a su luto. Se preguntaba cómo una mujer podía volver a tener otra oportunidad en el amor, con esa educación a la que se nos somete a las mujeres desde la niñez. En el fondo, estaba arrepentida de no volver a pasar por delante de la panadería. Sabía, que no solo era porque ya no podía seguir sacándole algo de partido a los panes que don Francisco le proveía.

Entendía que no podía continuar así y decidió por fin volver y enfrentarse a su propio miedo a decirle la verdad a don Francisco, y lo que iba a ocurrir después de aquello. Una semana después, volvió a entrar en la panadería para sorpresa de aquel hombre, que no daba crédito al verla entrar en el establecimiento.

— ¡Dolores! ¿Cómo está usted?, que bueno volver a verla por aquí. ¿Cómo está... como le ha ido estos días?

—Don Francisco, yo... tengo que pedirle... —él le cortó enseguida.

—Nada Dolores, nada... no tiene usted que decirme nada de nada —replicó él—. Y por favor, ya se lo he dicho. Llámeme Francisco. Deje de Don de una vez por todas.

—Sí... sí que tengo que decirle y explicarle mi ausencia. Usted se merece que le dé una explicación...

— ¡Lo sé Dolores, lo sé!, sé que se abrumó usted por lo que le dije y soy yo quien debe pedirle disculpas, porque quizá mi manera fue muy brusca y usted no lo esperaba.

—No don Francisco no. Usted no fue brusco, todo lo contrario. Es que yo... una mujer como yo con tantos problemas y usted que es un hombre con...

—No Dolores no, creo que ninguno de los dos tenemos nada de que lamentarnos. La vida nos pone a personas y a situaciones con el fin de que seamos mejores y entendamos lo que nos pasa. Créame Dolores, los tiempos no están para melindrices. Hoy la vida no está siendo fácil para ninguno de los dos, son tiempos difíciles. Estamos pasando por tiempos muy difíciles y ya es hora de que estemos unidos en algo tan doloroso como la situación actual. Así es que no se hable más y sigamos haciendo la vida como nos llega, hasta que todo esto se asiente definitivamente y podamos volver a ser personas de nuevo. ¿Qué le parece? ¿Volvemos donde lo dejamos? Podemos esperar, ¿verdad? Podremos esperar.

Las palabras de don Francisco sentaron de maravilla a mi madre que aliviada respiró profundamente y se sentó en la silla que él tenía en la entrada de la panadería. Como si se hubiera quitado un peso de encima, dejó caer su cuerpo sobre aquella silla. No quería faltar y mucho menos despreciar a don Francisco. Sentía algo por él, pero todavía no estaba muy segura. Respiró aliviada ¡por fin!

Volvió a recoger los panes y los bollos que don Francisco le daba a

diario y se fue regalándole una de sus mejores sonrisas, algo que él devolvió con cariño y admiración.

—Hasta mañana Francisco, y... Gracias por todo, muchas gracias —dijo despidiéndose de él.

—Hasta mañana Dolores —respondió él con una amplia sonrisa y un gesto de aprobación y complicidad.

Todo volvía a estar de nuevo donde estaba. Así se iba reflejando en su rostro cuando se alejaba de la panadería. Aunque habían cambiado muchas cosas y ella sabía que era el principio de algo nuevo en su vida. Caminaba feliz de vuelta a casa, con más panes y bollos. Podía volver a comprar más víveres, después de todos esos días pasados de absoluta austeridad.

La casa estaba en silencio cuando regresó y le pareció extraño. Entró en aquella pequeña estancia. Sobre la cama, el cuerpo de mi pequeño hermano Juan, parecía dormido. Ella le llamaba insistentemente pero él no respondía. Se acercó a él y cuando le zarandeó para que se despertara...

— ¡Dios mío Juan... despierta hijo... despierta!

Juan no respondía a la llamada de mi madre aunque insistía en zarandearlo, Juan no respondía. Le tocó la frente se dio cuenta que algo no estaba bien. Salió corriendo al corredor llamando desesperadamente a Rosario.

— Rosario... Rosario ¡Rosario por Dios, ayúdeme aquí! ¡Por Dios ayúdenme! — gritaba desesperada a la puerta de su cuarto.

— ¡Ayúdenme por favor!, no sé qué le pasa a mi hijo.

Rosario acudió en su ayuda y al entrar y comprobar que Juan ardía en fiebre, le dijo a otra vecina que también acudió, que avisara a D. Martín Luengo el médico que vivía dos números más arriba. Cuando don Martín llegó

y reconoció al niño, no tuvo buenas noticias.

—Su hijo está muy enfermo Dolores —le dijo el doctor—. Hay que llevarlo al Hospital, yo no puedo hacer nada por él aquí, está mal... no voy a engañarla Dolores, el niño está muy mal.

Juan no fue nunca al Hospital, murió poco después. La desesperación de mi madre, que no tenía consuelo, se acrecentó cuando veía llevarse a su hijo muerto unas horas más tarde en una carreta. Envuelto en una sábana blanca hacia una fosa común. Las personas sin recursos como nosotros, no teníamos donde enterrar a nuestros muertos y las fosas comunes eran la única opción.

Cuando yo llegué a casa, estaban sacando a mi hermano. No daba crédito de lo que estaba viendo —continuó Margarita—. Encontré a mi madre, en un mar de lágrimas abrazada a él. Pidiéndole perdón por no haberlo cuidado mejor y no haberle podido dar una mejor vida. La desesperación hizo que se desmayara del dolor. Fue la única manera de sacarle así el cuerpo de su hijo de los brazos. Mi hermano Juan nunca fue un niño fuerte, siempre andaba pachucho, era muy delgado como mi padre. Desde que yo le recuerdo, era lo que se llamaba entonces un niño enclenque y de aspecto malnutrido, algo que se dejaba ver a la legua. Mi madre lo había cuidado ¡claro que lo había cuidado!, todo lo que pudo y desde donde pudo. Pero Juan, aunque también hacía lo que podía, no lo resistió. Cuando recogíamos cajas de madera en el Mercado de Abastos, él tenía que pararse varias veces por que le faltaba la respiración. Yo le decía que se sentara y descansara un poco y cuando se reponía, volvía de nuevo a su labor. Y así, todos los días.

La señora Rosario se encargó de ella, mientras se llevaban su cuerpo con mi única compañía hacia el cementerio civil. Yo no dejaba de tocar el cuerpo de mi hermano a cada paso que daba detrás de aquella carreta. Cuando regresé al día siguiente, tarde, más tarde de mi hora habitual, doña Edelmira

me recriminó la tardanza.

— ¡Que pasa muchacha... se te han pegado las sábanas, no sabes la hora que es!, ¡ahora toda la mañana de retraso! ¡Dichosa muchacha! —replicaba Edelmira sin mirarme siquiera.

—Lo siento señora, pero es que...

—Nada, nada. No me cuentes excusas y ponte a trabajar inmediatamente.

—Si señora.

Cuando entré en la cocina, la señora Antonia, me preguntó que me había pasado. Pero... apenas podía hablar. Entre sollozos y silencios le conté todo lo que había ocurrido en mi casa la tarde anterior. La señora Antonia entendió perfectamente por lo que estaba pasando en aquellos momentos y me alivió y tranquilizó como pudo. Me dijo que fuera haciendo las cosas de casa como buenamente pudiera.

—Esta tarde Edelmira va a salir a visitar a unas amigas —me decía en voz muy baja—, no te preocupes... cuando ella se vaya, ve tu a hacerle compañía a tu madre. En estos momentos ella es la que más te necesita. Ya me encargo yo de Edelmira. ¡Vamos muchacha! tienes que reponerte, tu madre necesita que estés bien. En este momento no puedes perder este empleo, así es que vamos a ver como lo hacemos para que puedas estar con tu madre el mayor tiempo posible. Tranquilízate muchacha y piensa que la vida sigue... no hay más remedio.

—Gracias señora Antonia, gracias.

Cada día, con la complicidad de la señora Antonia, me escapaba a ver a mi madre que no parecía recuperarse. Al menos, yo no apreciaba ninguna mejoría en ella. La muerte de mi padre, ahora la de mi hermano y todo el trabajo que acumulaba en sus espaldas, fueron una carga muy pesada para una

mujer tan frágil como ella.

Uno de esos días que me escapaba a casa, como había venido haciendo en los días posteriores desde que falleció mi hermano, descubrí a mi madre en la cama con muy mal aspecto. Había pasado más de un mes y no parecía querer vivir más. No comía nada en todo el día y solo obligada, conseguía comer un poco de sopa o caldo que a veces le llevaba de las sobras de la comida del día de la casa de doña Edelmira. Sin que ella lo supiera, claro. No era doña Edelmira dada a regalar así como así.

—Madre, madre... despierte madre... tiene que comer algo.

—Déjame Margarita. Déjame irme hija, tu vida será más fácil si yo no estoy. Mira como estamos, apenas podemos vivir y yo no soy capaz de poder darte una vida mejor. Mira dónde está tu hermano. Sin él y sin tu padre dónde vamos a ir nosotras solas, dónde vamos a ir hija, dónde... —no dejaba de lamentarse entre sollozos.

— ¡No madre, no, no puedo consentir que diga usted esto! ¿Y yo... yo no significo nada para usted... acaso no soy su hija también?

Compungida por mis palabras, se disculpó conmigo, pero seguía negándose a comer...

— ¡Discúlpame hija, no quería hacerte sentir así! Entiende que esto por lo que estoy pasando no está siendo fácil, después de la muerte repentina de tu padre... ahora tu hermano. ¡Por favor Margarita, perdona a tu madre, no se sentir de otra manera en estos momentos!

—Si madre, lo entiendo... pero entiéndame usted a mí. Yo sigo aquí, nosotras seguimos aquí, y por muy mal que nos vaya en la vida, tenemos que seguir viviéndola a pesar de todo. Tenemos que seguir madre, tenemos que seguir. Y si no lo hace por usted misma, hágalo por mí. ¡No me dejes sola

mamá... no me dejes sola! —le decía sollozando entre la pena y la rabia.

Mi madre asintió sujetándose fuertemente a mi mano... Asintió de nuevo y se volvió a quedar dormida. Al día siguiente cuando me levanté para ir a trabajar a casa de doña Edelmira, ella no se encontraba mejor. Le pedí a doña Rosario que se hiciera cargo de ella mientras estuviera fuera y le diese la sopa que había dejado preparada en la cocina.

— ¡Por favor mamá, come algo por poco que sea... tienes que levantarte de esa cama... tienes que volver a vivir! —le dije al despedirme de ella cuando aún no había amanecido.

Ella asintió con la cabeza y esbozó una pequeña sonrisa que yo le devolví con un beso en la frente.

Por el camino a casa de doña Edelmira, sólo pensaba en hablar con don Francisco Alcántara. ¡Mi madre me había hablado tanto de él...! sabía que gracias a sus donativos estábamos saliendo adelante. Decidí hablar con él ese mismo día.

Había dudado todo el camino si tomar o no esa decisión, pero me decidí por fin. Él podía ser la persona que la sacaría de aquel pozo en el que se encontraba. Ya había ido alguna vez por la panadería. Me conocía como la criada de doña Edelmira Maroto, pero lo que no sabía es que era la hija de Dolores.

Entré con un poco de miedo, muy diferente a como entraba otras veces en la panadería.

—Buenos días, ¿es usted don Francisco Alcántara? —pregunté al entrar en la panadería.

—Sí, yo soy ¿Y usted señorita, su cara me resulta conocida? —respondió él.

—Sí, don Francisco, soy Margarita, la criada de doña Edelmira Maroto, trabajo en su casa porque usted le comentó a doña Matilde, que doña Edelmira necesitaba una criada y me lo dijo a mí.

—Ah sí... ya lo recuerdo. Y... que tal ¿estás bien allí?

—Oh sí señor, ha sido estupendo encontrar un trabajo y poder ayudar en casa.

—Y qué desea entonces doña Edelmira, tiene algún encargo especial y por eso te manda a ti, normalmente de estos mandados se encarga la señora Antonia.

—En este caso no don Francisco... no es doña Edelmira la que me manda. Realmente estoy aquí por mi madre —contesté un tanto inquieta bajando la vista—. Mi madre, es Dolores Marín a la que usted le da el pan sobrante de cada día.

— ¡Qué me dices muchacha! Eres la hija de Dolores... ¿cómo está tu madre, hace varios días que no la veo por aquí... le ha pasado algo? —contestó un poco extrañado y preocupado de verme allí.

—Sí don Francisco, mi madre no se encuentra muy bien, lleva varios días sin poder levantarse de la cama y yo no puedo cuidarla como se merece. Tengo que estar cada día en casa de doña Edelmira, que por otro lado no sabe nada de esto, es la señora Antonia la que me cubre para poder salir antes. Creo que está muy enferma y tampoco quiere ponerse bien. Hace unas semanas falleció mi hermano Juan y desde que ocurrió, ella se echó a morir —le seguía contando sin dejar de llorar—. Me ha hablado mucho de usted y de lo que ha supuesto su ayuda para nosotras. Discúlpeme... pero no sabía a quién pedir ayuda. Solo pensé que usted y mi madre... bueno... tendrían la suficiente confianza y... por eso estoy aquí. Creo que sólo usted puede sacarla de allí. ¡No quiere vivir más y yo ya no sé qué hacer por ella! ¿Por favor don

Francisco podría ayudarme, podría ayudarnos una vez más?

Me fue imposible contener el llanto ante la situación de mi madre, don Francisco me sentó en una silla y me dijo:

—Claro Margarita, haré todo lo que pueda. Cuando acabes tu jornada iremos juntos a tu casa a visitar a tu madre, vamos a ver qué podemos hacer. ¡Tranquila niña, tranquila, verás que algo podremos hacer! —me decía mientras me sujetaba por los hombros infundiéndole ánimo y sosiego.

Don Francisco me tranquilizó con un abrazo que realmente necesitaba en ese momento y me fui sintiendo mejor. Intuía la amistad que tenían y sabía que era el mejor sitio donde podía solicitar la ayuda que necesitaba. Salí de la panadería con una sonrisa, con la misma que me brindaba aquel hombre bueno. Pero antes... me había abrazado a su cintura, como si no quisiera despegarme ya de él nunca más.

—Gracias, muchas gracias don Francisco ¡Aquí estaré...! Gracias, gracias —iba diciendo mientras salía por la puerta de la panadería.

Me sentía feliz. Mucho más tranquila al saber que aquel hombre que tanto nos había ayudado en los últimos meses, iba a ser de nuevo el salvador de mi familia. Aunque ya no era posible hacer nada para salvar la vida de mi hermano, no podía dejar que mi madre se dejase morir por ello.

Aquella tarde al regresar a casa, pasé por la panadería para recoger a don Francisco y acompañarlo a visitar a mi madre. No me extrañaba nada el nombre de aquella panadería. "Panadería la Esperanza". Ahora lo entendía todo.

Capítulo 4

Aquel año el invierno había comenzado muy frío. Caminaba aterida en compañía de la tía Antonia. No tenía mucho para ponerme y mi viejo abrigo de paño verde, desgastado y descolorido por los años, me quedaba ya pequeño y apenas me protegía del intenso frío aquella tarde. La tía Antonia me apuraba constantemente porque creía que no llegábamos a tiempo. El chófer nos había dejado a la entrada de la estación.

— ¡Apúrate muchacha que no llegamos! —me iba diciendo la señora Antonia.

Caminábamos deprisa por que el tren llegaba y no íbamos a estar allí para cuando él llegara a la estación. Afortunadamente para nosotras, los trenes de la época siempre llegaban con retraso. Hubo tiempo suficiente para recibir al señorito Luis.

Asomó por la puerta de aquel vagón un muchacho joven, apuesto y de aspecto distinguido. Viéndolo así... de primeras, no parecía que fuese hijo de Edelmira. No se asemejaban nada, ni en su porte ni en las formas. Su sonrisa se iluminó cuando vio a la tía Antonia. Dejó su maleta en el suelo y la abrazó y la besó con todas sus fuerzas. Luis era el amado hijo de doña Edelmira y de don Manuel Cifuentes.

Yo no le recordaba apenas, era un chico de quince años cuando yo entré a servir en su casa, muy solitario, que se pasaba el año entero en un colegio interno y tan solo coincidí con él aquel verano cuando acabaron las clases. Regresó para marcharse a un colegio de Suiza donde pasó los siguientes cinco años. No, no le recordaba, pero el joven que apareció frente a mí, no tenía nada que ver con aquel chico del verano. No, no tenía nada que ver. Habían pasado cinco años, era el año 1934.

—Pero muchacho, ¡qué vas a aplastarme! —emitía como en un resuello la tía Antonia—. ¡Mi pequeño Luis, mírate... mírate ahora! Que bien tenerte de vuelta en casa. Mi pequeño... mi pequeño...

—Que ganas de volver a verla tía. ¡cuánto la he echado de menos!
—replicó Luis abrazándola de nuevo y queriendo levantarla del suelo.

— ¡Anda ya pillastre, anda ya!, ¡déjame ya que me vas a aplastar! ¡Mi niño... mi niño, te he echado tanto en falta mi niño!

Yo estaba allí, parada, viendo toda la escena con la boca abierta como un pasmarote, atontada mirando a aquel apuesto joven. No, ¡definitivamente, no tenía nada que ver!

— ¿Y tú, quién eres? —pregunto Luis mirándome con aquellos ojos azules que me habían embobado.

—Yo... yo... yo soy...so... —no pude articular palabra.

—Es Margarita —repuso la tía Antonia cerrándome la boca y pegándome un capón—. Es Margarita la chica que trabajaba en casa, ¿no recuerdas a Margarita? Si hijo ¡ésta embobada es Margarita!

—Así es que... tu eres la pequeña Margarita, ¡caray como has cambiado, estás preciosa! Bueno... ¡eres una chica preciosa! —respondió dirigiéndose a mí con una sonrisa pícaro y guiñándole el ojo.

— ¡Vamos! Vamos chicos volvamos a casa que tu madre está deseando verte hijo. ¡No sabes la alegría que tiene de poder tenerte de nuevo en casa!

La vuelta a casa de Luis después de esos cinco años que había pasado estudiando y formándose fuera de España, había hecho de aquel niño de quince años, un hombre apuesto, elegante y educado. Con el porte y el saber estar del que carecían sus padres.

Educado en uno de los mejores colegios de Suiza, su padre quería para él la mejor educación con el fin de que algún día fuese el Dueño y Señor de Jamones y Embutidos Cifuentes. El que sería su mano derecha en un negocio que sin dudar heredaría. Su madre esperaba con ello poder introducirlo en la más alta sociedad de la época para poder seguir medrando. Casarlo con alguna muchacha con algún título nobiliario... a ser posible, y a las que ya le había echado el ojo y que probablemente, no tenían más que eso, un título. El dinero, ya lo pondría ella. Lo que quería doña Edelmira Maroto no era más que ganarse un puesto en la Alta Sociedad a la que no pertenecía, y donde pensaba que debería estar por su estatus económico. Medrar... más y mejor que lo había hecho hasta la fecha. Edelmira había puesto en él todas sus esperanzas.

La persona que llegaba a casa no es la misma que se fue. Aquel niño ya no existía más y el hombre que había regresado tenía nuevas ideas y proyectos con los que comenzar su nueva vida. Algo que iba a sorprender a su familia.

El recibimiento en la casa, fue como se esperaba. Edelmira no cabía en sí de gozo mirando y abrazando una y otra vez a su hijo, en el que se había producido un gran cambio. Estaba mucho más alto. Las facciones redondeadas de su cara de niño se habían convertido en angulosas, lo que le daba ese aspecto de hombre que se había transformado en aquel apuesto joven. Apenas pudieron hablar esa noche, el cansancio del viaje decidió el temprano descanso en ese día tan especial.

Al día siguiente durante el desayuno Edelmira volvía a tener a su hijo de nuevo en casa. Y quería saber, que le contara todo lo que había sucedido en aquellos cinco años sin su presencia. Habiéndole echado tanto de menos, con apenas unas cuantas cartas y una esperanza inmensa en su regreso.

—Mi querido Luis, que ganas tenía de que volvieras a casa. No veía el momento de que regresaras. ¡Dios mío la cantidad de cosas que tienes que contarnos! Qué bien te veo. ¡Se fue mi niño y ha regresado mi hombre!

— ¡Madre, usted también está mejor que cuando la dejé, parece incluso más joven! Y todo está tan cambiado. Esta nueva casa... tan grande. Todo está tan nuevo. Y... hasta Margarita. Ya no es la niña escuálida y famélica que dejé cuando me fui, ahora es toda una mujer.

Edelmira frunció el ceño, parecía que no le gustaban mucho las palabras de su hijo hacia mí.

—Bueno, sí claro... todos estos años... estando aquí. Sí... en eso sí, ¡sí que es toda una mujer! y puede más con el trabajo de ésta casa tan grande. Pero bueno hijo, cuéntanos como estás y que planes tienes, en tus cartas no eras muy explícito, eran pocas y cortas.

—Pero madre, usted sabe que no teníamos demasiado tiempo, y bueno, no había mucho que contar que las propias clases en sí mismas. El internado no dejaba mucho tiempo libre.

—Pero Luis, ahora tendrás en mente que es lo que vas a hacer. Tu padre te está esperando como agua de mayo para que cojas las riendas de la empresa —Luis cortó a su madre diciendo:

—En una de mis cartas se lo dije madre. Le dije que no tenía intención de dedicarme a la Fábrica. Bueno, y al final... no me decidí por la parte económica. Quise optar por aquello que me hacía sentir bien y hacer algo que me llenara de vida. A pesar de saber que esto podía costar un disgusto, me dejé llevar por lo que me decía mi corazón y dedicarme a lo que realmente me gustaba de verdad. Lo siento madre pero...

— ¡Quééééé! —interrumpió su madre— qué me estás queriendo decir, ¿qué al final no has estudiado economía?

—No madre, no lo he hecho. No he estudiado economía, me dieron la opción de hacer algo que me llenaba mucho más, algo que sentía... es más, ¡no me estaba cómodo con los estudios de economía!

—Entonces... ¿Qué has hecho en estos cinco años?

—He estudiado Periodismo madre. Periodismo es lo que más se acercaba a la inquietud que he sentido durante todo ese tiempo.

— ¡Dios mío Luis! tu padre pondrá el grito en el cielo cuando sepa que no has hecho lo que queríamos para ti y que sin duda iba a ser tu futuro, el de ésta empresa y de ésta familia. Pero... ¿qué has hecho Luis, qué has hecho? No quiero saber nada más —dijo levantándose del asiento—. Esta noche en la cena, veremos que dice tu padre, ¡no quiero saber nada más, nada más!

Edelmira Maroto, salió de la sala como si se la llevara el diablo. No daba crédito a las palabras de su hijo, y sobre todo, veía truncarse todo el entramado que había confeccionado para su futuro y el de la familia. ¡Qué iba a hacer ella con un periodista en casa! ¿Para qué servía un periodista en una

casa con una empresa de embutidos que estaba subiendo como la espuma? ¿Qué podía hacer un periodista allí? El regreso de Luis no iba a ser como Edelmira había planeado. Por lo que se percibía, no iba a ser fácil a partir de ese momento. El muchacho tenía clara su propia vida y a que dedicarse, pero su madre no estaba dando crédito a todo lo que él traía de nuevo para la familia.

Su enfado era monumental. Agarró su abrigo, su sombrero y sus guantes y salió de casa como si huyera de su propio destino.

— ¡Tía Antonia, necesito dar un paseo! ¡Estaré de vuelta para la comida! —dijo dirigiéndose a su tía en la puerta de la cocina.

Caminaba por la calle como un tren expreso, echando humo por todas partes, exhalando improperios uno detrás de otro. El enfado que llevaba encima era de campeonato.

Vagaba sin rumbo aparente, hasta que llegó a la esquina de la calle donde vivía una de sus "mejores amigas". Esas que había conocido gracias a la intensa mejora que había adquirido en esos últimos cinco años, en los que la fábrica de embutidos subió como la espuma y que sin la buena disposición de su amiga Carmen nunca hubiera llegado donde estaba. Doña Edelmira llamó al timbre de la puerta.

La casa de doña Carmen estaba bastante cerca de donde ella vivía, de hecho, fue su influencia la que hizo que los Cifuentes compraran esa casa un poco antes de iniciarse la guerra. Los que no estaban a favor del nuevo régimen que se avecinaba o que habían tenido una representación en la República, estaban liquidado sus bienes a bajo precio, vendiendo obligados para poder dejar el país lo más pronto posible. Algo que aprovechó Edelmira.

Doña Carmen era hija de un militar y esposa de otro, y amiga de Edelmira Maroto, señora de Cifuentes. Se habían conocido por medio de sus

maridos. Jamones y Embutidos Cifuentes pudo abastecer al ejército, especialmente a los altos mandos, de carne fresca y fiambres antes y durante y después de la contienda, eso hizo que no sólo se ganase el favor de ciertos generales y empresarios que la guerra hizo medrar a costa de la hambruna de los pobres y de la adulteración de los productos que salían de sus tiendas. Cada vez más, Jamones y Embutidos Cifuentes, iba abriendo tiendas por toda la ciudad y que sin duda, se hacía cada vez más y más grande. Esto afectó a Manuel Cifuentes que gracias a sus contactos en la esfera social, “amigos” con los que había compartido juego y mujeres en algunas de las salas de fiesta que frecuentaba, pudo hacer su agosto en la enredada política española de la época. Él no entendía y no quería las nuevas normas de la República y se arrimó a aquellos que le darían cobijo en el futuro.

Doña Carmen, era poseedora de una de las casas más señoriales del barrio de Salamanca construida en el siglo XIX, plagada de balcones y con un frondoso arbolado en el exterior. Había heredado ésta casa de su abuelo materno, amigo personal del banquero José de Salamanca, creador y promotor de la creación del barrio. La forma en que el abuelo de doña Carmen consiguió la casa se desconoce; pero siempre se rumoreó que la había conseguido en una rifa por medio de la Lotería Nacional que fue muy popular en los finales del siglo XIX, debido al declive económico del Marqués.

Era un palacete con extensos jardines y una entrada para carruajes en la parte delantera del edificio. Un patio interior con una gran puerta de entrada y dos plantas totalmente exteriores que daba a otras dos calles. En la parte inferior de la casa estaban las cocheras y los garajes, las cocinas y las habitaciones del servicio, que se componía de un chófer, una ama de llaves, una cocinera y dos muchachas para servir que se ocupaban directamente de los señores y los invitados de la familia. Desde la entrada se podía ver el gran salón decorado al estilo Luis XV. Antigüedades y grandes sillones y sillas de

época, eran testigos mudos de las reuniones y tertulias de los amigos del General y de Doña Carmen, donde se sospecha que se coció gran parte de la caída de Madrid en el 39. Una puerta a la derecha de la estancia principal conducía al despacho del general. En el lado opuesto una gran escalera de mármol nos lleva a la segunda planta donde se ubicaban las cinco habitaciones de la casa, más una de invitados. Tres grandes cuartos de baño, completaban la amplia planta que, con sus grandes balcones, hacían del edificio un palacete impactante desde el exterior.

En las mañanas de verano cuando el servicio abría los ventanales de par en par, se podían ver sus magníficos techos artesonados, los marcos de pan de oro de los grandes espejos, cuadros y fotos de familia que junto con los relojes antiguos completaban la decoración de los interiores de la impresionante mansión.

Edelmira se había labrado la confianza de doña Carmen, y no sólo les unía la condición que había provocado los negocios de sus maridos, sino también la ausencia de hijos. En el caso de Edelmira, porque su precioso hijo llevaba cinco años en un colegio de Suiza al que le envió antes de iniciarse la República. No sólo por darle una buena educación, si no que no quería que el niño sufriese los avatares que se veían venir en ésta convulsa España.

En el caso de doña Carmen, la vida no le había concedido el honor de ser madre. Varios abortos le habían dejado un útero dañado, donde ya no podía crecer nada. Aunque seguía siendo una mujer joven, esa "sequía", le producía una desazón que la mantenía en ocasiones, profundamente deprimida. Juntas habían afrontado en esos años duros, la falta de presencia del hijo, en el caso de Edelmira y la ausencia de la maternidad en el caso de doña Carmen, que fue el nexo de unión que encontraron al inicio de su amistad.

Afortunadamente la condición de doña Carmen y Edelmira no le dejó

mucho pesar los acontecimientos que iban ocurriendo a su alrededor, y posteriormente el paso de la guerra. Tanto ella como su casa y el barrio donde vivía, no conocieron demasiado el paso de la contienda. Cuando Madrid fue bombardeado había una orden de no bombardear el barrio de Salamanca donde se concentraba toda la alta sociedad de la época y los altos mandos del ejército.

— ¿Está Doña Carmen? —preguntó a la chica que le abrió la puerta.

—Sí Doña Edelmira, pase, ahora le aviso.

Carmen salió de prisa del cuarto de estar y al llegar a la entrada vio a Edelmira desencajada.

— ¿Qué ha pasado Edelmira, cómo es que estás aquí, así... sin avisar?

—Discúlpeme Doña Carmen pero es que no sabía dónde ir. Estoy tan enfadada, que tenía que contarle algo antes de que me diera un síncope.

—Pero, ¿qué ha pasado, no venía tu hijo después de cinco años? esperaba encontrarte más contenta con su regreso, pero veo que...

—Mi hijo regresó ayer sí... pero, no regresó como yo esperaba —interrumpió Edelmira—. Yo... yo no entiendo nada... nada. No ha estudiado lo que le dijimos y propusimos para su futuro. Ha hecho lo que él ha querido, lo que él ha querido. Y su padre... ¡cuando se entere su padre! ¡Lo va a matar! Yo lo mato doña Carmen... lo mato.

— ¡Cálmate Edelmira, vamos a hablar de ello! cuéntamelo todo, a ver qué podemos hacer. Estoy segura de que algo se podrá hacer mujer ¡Cálmate! Cuéntame que ha pasado, verás como no es tan grave — doña Carmen cogió a Edelmira por el hombro que se deshacía en sollozos mientras le daba una orden a la chica de servicio.

—María del Pilar, prepara una tila para la señora Cifuentes.

—Enseguida Señora, enseguida.

Capítulo 5

La vida en el Madrid en 1934 no era muy esperanzadora. La República no estaba cuajando y se temía lo peor, pero la vida de sus gentes continuaba y las calles estaban rebosantes de transeúntes y automóviles que iban de aquí para allá haciendo sus quehaceres diarios.

No había mucha disciplina callejera y cada uno deambulaba como dios le hacía entender. Vacilantes, distraídos, atravesando la calzada por donde se les antojaba, iban sorteando e increpando a conductores y peatones. Aunque había guardias de circulación, eran insuficientes ante la crecida espectacular de la capital. La ciudad seguía con su vida a pesar de las dificultades.

En casa de Edelmira todo estaba revuelto, la noticia de los estudios de Luis habían sido la noticia más lamentable del año para la familia y las tiranteces entre madre e hijo cada vez se hacían más patentes. Contrariamente a lo que se esperaba, su padre D. Manuel Cifuentes, fue mucho más comprensivo que Edelmira en lo referente a la educación de Luis. Su padre pensaba que un intelectual en la familia no sería tan malo para el floreciente futuro que se le otorgaba a Jamones y Embutidos Cifuentes. Don Manuel, ya

había abierto cuatro tiendas en la capital y los proyectos que iban llegando eran cada vez más que esperanzadores. Estaba en marcha una gran fábrica de abastecimiento, no solo a sus tiendas, sino también a demanda.

Ese día, que recuerdo tan vivamente, fue un sueño para una chica como yo —continuó Margarita con su relato—. Me disponía a salir a comprar con la señora Antonia cuando Luis nos paró en la puerta de la calle.

— ¿Dónde vais, tía?

—Vamos a hacer unos recados que nos ha encargado tu madre, y como todo es mucho para Margarita, me voy a encargar personalmente de algunos ¿por qué?

— ¿Puedo acompañaros?

—Pero Luis hijo, ¿qué vas a hacer tu con dos mujeres que van a ir de prisa a todas partes?

—Bueno tía, puedo ayudar y cargar con los bultos.

— ¡Demonio de muchacho, no sé qué pintas en esto, pero yo estaría muy feliz de pasear contigo!

—Pues no se hable más... ¡quememos Madrid!

— ¡Definitivamente estás loco hijo, definitivamente estás loco! ¡Vamos entonces!

Luis cogió su sombrero y su abrigo y se dispuso a salir detrás de nosotras. Yo sonreía todo el tiempo, ¡era tan amable y cortés que encandilaba con su sonrisa! Cuando salíamos de casa y al cerrar la puerta, puso su mano en mi espalda y yo sentí un crujido que me estremeció el cuerpo entero. No sé qué me pasaba desde que él llegó a casa, pero yo no era la misma desde entonces.

Ya en la calle, después de hacer casi la mitad de los mandados de Edelmira, Luis nos propuso tomar un café con un pastel en la Mallorquina, en la Plaza del Sol. Aceptamos encantadas sin disimular nuestro contento. Era un precioso día de principios de diciembre, la Navidad ya se percibía en el ambiente y en las calles se iban notando los adornos navideños. Hacia frío, pero el sol calentaba y aportaba esa sensación de calidez en un día tan gélido.

No había estado más feliz en toda mi vida, salía de la monotonía de casa de Edelmira y estaba pasando el día con el hombre más guapo y amable que conocía. ¡Salvando las distancias con don Francisco Alcántara que era un ser especial!

La mañana fue inolvidable. Deseaba que no acabara nunca. Al entrar en el tranvía de vuelta a casa, Luis volvió a hacer lo mismo, puso de nuevo su mano en mi espalda al subir y el mismo escalofrío volvió a correr por mi cuerpo como un rayo. Me di la vuelta para mirarle y añadió un guiño de ojos a su preciosa sonrisa. No se podía ser más feliz, o así pensaba yo en esos momentos.

Esa noche cuando me metí en mi cama sentía que era una chica distinta, como si de repente hubiera crecido un montón de años. Apenas podía dormir, no hacía más que dar vueltas en la cama, y al no poder más... decidí salir a la cocina a por un vaso de leche. Estaba cogiéndola de la fresquera cuando sentí algo detrás de mí. El susto que me pegué al darme la vuelta fue morrocotudo. Vi a Luis en medio de la penumbra, apostado en el quicio de la puerta de la cocina, buscando también un vaso de agua. Se me escapó el vaso de las manos y se escachó contra el suelo. ¡No sabía dónde meterme! Entre el susto de Luis y el del vaso, no sabía qué hacer y no podía gritar para no despertar al resto de la casa. ¡Temblaba como una vara verde, entre una mezcla de susto, y frío! Luis se acercó lentamente hacia mí, poniendo su dedo índice sobre sus labios

a modo de silencio. Después, muy despacio, lo puso en los míos. Me cogió por la cintura, y suavemente me besó.

—Tiemblas —me dijo—, no sé si es por el frío o por el beso.

Yo no sabía qué hacer, me quedé allí petrificada, mirándole sin más. ¡Sin más! Solo quería quedarme así todo el tiempo posible. Me cogió la cara con sus manos y volvió a juntar sus labios con los míos con un beso interminable, cálido y sensual. Jamás había sentido algo así.

—Eres preciosa Margarita —me susurró al oído—. ¡Eres preciosa! Poco a poco fue soltándome, y abandonó la cocina. La leche derramada, el suelo lleno de cristales rotos y la humedad entre mis muslos, fue lo que quedó.

Absorta en toda esa situación, no oí llegar a la señora Antonia que se había despertado con tanto ruido.

— ¿Qué te ha pasado muchacha? ¿Qué haces a estas horas despierta?

Al ver lo que había ocurrido, me hizo un ademán de "recógelo todo y vete a dormir" que entendí a la primera. Ya conocía a la señora Antonia muy bien, y no hacía falta que me dijera mucho, para entender lo que quería. Así lo hice. Volví a la cama, pero mis ojos se quedaron clavados en el techo toda la noche, me fue imposible cerrarlos.

A la mañana siguiente al servir el desayuno, no quería mirar a Luis. Le esquivaba la mirada, y él, disimuladamente me la buscaba. No sabía qué hacer, pensaba que todo el mundo sabía lo que había pasado. Si me miraba... yo salía corriendo del comedor. Él me sonreía cómplice y me guiñaba el ojo cuando los demás estaban en plena conversación.

— ¡Presta atención Luis, creo que esto te interesa! ¡Dónde estás hijo, te veo distraído hoy!

—Sí madre... ¿qué decías?

—En serio Luis, ¡estás en babia hijo!

Desde la puerta del comedor, escondida, miraba a Luis embobada, viendo como desayunaba. Él, que sabía que le miraba, dirigía su vista hacia donde yo estaba y sonreía. Estaba feliz a pesar de que mi vida iba a empezar a derrumbarse de un momento a otro.

Unos días más tarde, como te conté anteriormente, mi madre no se había recuperado del todo y aunque seguían dándole trabajo, cada vez hacia menos. Su salud no mejoraba lo suficiente a pesar de los cuidados de don Francisco. El médico que pudo atenderla, la fue sacando del estado en el que se encontraba, pero no había conseguido su completa recuperación. Cada día era una odisea, la debilidad se apoderó definitivamente de ella. Ni los cuidados, ni la inyecciones que don Francisco pagaba casi a diario, no tuvieron más efectividad y mi madre falleció unos pocos días antes de Navidad.

Toda aquella alegría previa se fundió en el más espantoso de los presagios y perdí a mi madre en diciembre de 1934, tan solo unos meses más tarde de mi hermano Juan. Fueron días muy difíciles para mí. Me había quedado totalmente sola, en aquella ciudad tan grande, sin otra posibilidad que seguir adelante como fuera. Apenas podía pensar en todo lo que había ocurrido en esos pocos años que llevábamos en Madrid, y alguna vez pensé: —Dios mío, porque nos vinimos del pueblo, porque no nos quedamos allí— El único consuelo fue don Francisco Alcántara que no me dejó sola ni un momento. Fue mi ángel de la guarda desde aquel instante, creo que nunca podré agradecerle todo lo que hizo por mí mientras vivió. Siempre pude recurrir a él cuando lo necesité.

—No tengas ningún problema Margarita, en el momento que necesites cualquier cosa, ya sabes dónde encontrarme —me dijo el día que enterramos a mi madre—. Te repito, no tengas ningún problema, si no estás bien en la casa

que estás, ya buscaremos otra. ¡Sé feliz Margarita!, sé feliz, que la vida en soledad es difícil de llevar. ¡Sé feliz hija, sé feliz!

Don Francisco adoraba a mi madre y su pérdida también fue muy grande para él. Desgraciadamente la vida no les pudo unir como ellos hubieran querido, pero estoy segura que hubiéramos sido muy felices los tres juntos. Por primera vez me sentí sola y desamparada, en este mundo que se avecinaba con todo este cambio continuo. El país se convulsionaba y se tambaleaba de un lado para el otro, incierto y desconcertante. Mi vida se hundió después de perder a mi madre. Ya poco tenía ya sentido para mí.

Regresé a casa acompañada de don Francisco y de la señora Antonia. Ese día tomé la decisión de adoptarla como tía desde ese mismo momento, al fin y al cabo ella, era la única que sentía mi dolor en esa casa. Me trataba bien aunque nunca me llamara por mi nombre. Ella era ahora mi referencia y mi guía.

Edelmira no tenía la más mínima compasión, y nada más regresar, empezó a dar órdenes de la composición de la mesa y de la cena de Nochebuena y Nochevieja. Se acercaba la fecha y estaba entusiasmada con que fuera un éxito. Ese año asistirían sus amigos y los de su esposo y tenía que estar todo preparado para que nos les faltara de nada. Era la primera vez que pasaban la Nochevieja acompañados. Además, era un día muy especial para ellos, por contar con Luis después de cinco años de ausencia. ¡Por fin estaban los tres juntos! El día de Nochevieja contaban con invitados a Doña Carmen y su marido que aceptaron encantados su invitación a la cena.

Todo transcurrió con normalidad, la cena se celebró con éxito y Edelmira felicitó especialmente a su tía que se encargó de los manjares que disfrutaron. Para mí también hubo.

— ¡Apenas has comido nada muchacha! —comento la tía Antonia

cuando me vio con el plato intacto en la cocina.

—No tengo hambre tía Antonia.

—Ya sé niña... lo entiendo. Pero tienes que comer hija, llevas varios días sin hacerlo y ya estás delgada de por sí, cuanto más ahora. ¡Te vas a quedar en los huesos! ¡Claro que no es fácil superar la pérdida de una madre, pero te tienes que reponer o caerás enferma tú también!

—Mañana, se lo prometo tía Antonia. Mañana. Solo quiero... —no me dejó terminar.

—Sí, quieres ir a descansar, ya lo sé, estás agotada. Ha sido un día agotador para mí también, en cuanto se vaya doña Carmen, yo también me voy a la cama. ¡Vete! ¡vete a la cama! yo me encargo de Edelmira. Sí muchacha, vete a la cama.

Sin mediar ni media palabra más que las buenas noches, dejé la cocina y me fui directa al cuarto contiguo que era mi habitación. Ni siquiera recuerdo si me quite la ropa, aunque por la mañana la encontré alrededor de la silla que tenía en mi cuarto. Tan sólo caí en la cama. Hacía varios días que no podía pegar ojo; tanto trabajo y no poder dormir acabaron conmigo ese día y no pude más que caer como un fardo. No puedo recordar nada más, hasta que la tía Antonia vino a despertarme a la mañana siguiente.

— ¡Vamos muchacha, despierta, que ya es tarde!

La verdad es que se nos habían pegado las sábanas a todos, eran más de las ocho y nadie se había levantado todavía, aunque no era de extrañar después de la cena y el alboroto de después. Todos dormían menos la tía y yo que nos pusimos a preparar el desayuno. El primero que se levantó fue Luis, pasadas ya las nueve de la mañana vino a solicitar su café. En una de las salidas que la tía Antonia hizo al comedor, Luis me preguntó entre susurros...

— ¿Cómo estás Margarita?

—Bien, señorito Luis.

— ¿Señorito? hasta cuando Margarita, ¿señorito? Pero...

—Pero nada, señorito Luis.

— ¡Sé que es difícil hablar en esta casa Margarita, pero no puedes llamarme... señorito Luis!

—Es mi deber, y es lo que voy a hacer.

—Pero...

—Esta es su casa señorito, y si su madre me pilla me pone de patitas en la calle y si eso pasa ¿dónde voy? ¡Eh! ¿Dónde voy?

— Entiendo Margarita, lo siento. Es que me resulta muy difícil vivir aquí contigo y no poder decirte nada, ni poder hablar siquiera... Le he oído decir a mi madre que esta tarde la tienes libre, ¿es así?

—Sí.

—Qué te parece si nos vemos cuando salgas, podemos quedar en la plaza de Oriente y pasear por los jardines del Palacio. Es Año Nuevo y habrá mucha gente celebrando y feliz. ¿Te apetece?

La verdad es que se me iluminaron los ojos y la cara se me debió enrojecer demasiado cuando Luis me miró.

— ¡Sí, si te apetece! yo lo estoy deseando Margarita. Tenemos que salir de aquí, quiero que hablemos tranquilos fuera de esta casa —No le dejé terminar.

— En este momento no. No puedo. Acabo de enterrar a mi madre señorito Luis. No voy a ningún sitio.

— ¡Pero Margarita, precisamente por eso, no puedes echarte a morir tú también! Te vendrá bien salir en un día como hoy, Año Nuevo donde todo el mundo lo estará celebrando, yo...

— ¡...yo... yo no tengo nada que celebrar señorito, nada!

—Lo sé Margarita, lo sé, disculpa. Solo quería que estuviéramos tranquilos fuera de aquí y sentir un poco de Paz en un día como hoy, pero lo entiendo —me dijo mientras se alejaba hacia la puerta de la sala.

—Señori... Luis ¡espere! Está bien, tiene razón. Quizá sea lo mejor, salir de aquí... sí... sí. ¡Salir de aquí! —musité, esbozando una leve sonrisa.

En ese momento entro la tía Antonia y no pudimos seguir hablando. Cuando salía por la puerta me hizo un ademán con la cabeza como confirmando nuestra cita, a la vez que me hacía un gesto con la mano abierta y pude apreciar como decía "a las cinco" sin emitir ningún sonido. Sonreí, y asentí con la mirada.

A las cinco en punto estaba llegando a la plaza de Oriente. Buscando y buscando por todas partes, no parecía ver a Luis por ninguna de ellas. Mi viejo abrigo de paño verde oscuro tan usado, ocultaba mi mejor vestido. Un vestido de color azul turquesa que mi madre me hizo con los restos de telas que le sobraban de las confecciones de sus clientas. Tenía un pequeño volante de otro tono de turquesa en el escote y las mangas, de otra tela muy parecida. Pero no era un vestido de invierno. Adoraba ese precioso vestido que además era mi color favorito. Sin embargo... aunque tiritaba de frío y se hacía patente en mi rostro, seguía buscando a Luis, mirando hacia todos los lados en una plaza abarrotada de gente. Niños jugando, panderetas y zambombas que no dejaban de sonar. Era el día de Año Nuevo, había comenzado 1935 y todo el mundo estaba contento y cantando villancicos, era difícil verse entre tanto gentío. De repente, apareció por detrás y...

— ¡Canastos señori... Luis, me has asustado!

— ¡Ay! Ya pensé que volverías a decirlo aun fuera de casa.

—Bueno... no es fácil para mí todo esto. Además, si tu madre se entera, a ti te mata y yo a la calle, directa a la calle.

— ¡Mi Margarita! me encanta verte así, fuera de casa. ¡Vamos! salgamos de aquí. Vamos a dar un paseo por los jardines de palacio, que están en obras y seguro que habrá menos gente por allí.

Así lo hicimos. Me cogió de la mano, cruzamos la plaza de Oriente en dirección a los Jardines de Sabatini bajando las escaleras corriendo para entrar en calor. El día estaba especialmente despejado y el sol, no se había ido todavía. Era un día brillante y aún... aún podía ser mejor. Luis y yo paseamos toda la tarde contándonos nuestras cosas; de cómo lo pasamos y lo habíamos pasado, de cómo la vida nos había tratado, de nuestros sentimientos, de nuestras ilusiones, del futuro, del amor... De este amor que estaba comenzando a nacer de no se sabe de dónde ¡conociéndonos al fin y al cabo!

—Margarita, tengo que decirte que yo... me gustas mucho Margarita, me gustas mucho. Creo que estoy enamorado de ti. ¡Ven!, vamos por éste lado que...

Me abrazó con fuerza detrás de unos de setos que todavía estaban en pie, en todo ese trajín de obras en el que estaba el Campo de Moro. Me cogió la cara con sus manos y me besó profundamente. Sentí que después de todo ese tiempo en su casa, podía confiar en alguien más, que tendría un apoyo en el amor de Luis, porque sentía que yo también le amaba.

—Te amo Margarita, te amo, y no sé lo que voy a hacer a partir de ahora con todo lo que siento por ti, ni cómo afrontarlo.

—No nos dejarán Luis, no nos dejarán. Tu madre...

—Sí, ya lo sé. Además también sé por la tía Antonia que no te trata muy bien. Todo eso lo sé Margarita, lo sé. Pero... si tú me amas, todo será más fácil, ya lo verás, ya lo verás.

—Claro que te amo Luis. Estar aquí contigo, es lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo. Eres lo único que tengo en estos momentos. Sin embargo, esto nos va a costar tanto a ti como a mí. Nos va a costar Luis, ya es difícil lidiar con tu madre en condiciones normales, ahora, si se entera de esto, no sé qué puede pasar conmigo, no lo sé.

—Déjame a mí Margarita, déjame a mí, yo sé cómo manejar a mi madre y cuando podré decirlo en casa. ¡Déjame a mí, sí!

Después de aquella tarde, donde la soledad que me trajo la pérdida de mi madre se disipaba al encontrar la compañía y el amor de Luis, me sentí de nuevo protegida y eso me daba tranquilidad para poder hacer más llevadera la pérdida de mi familia. Y como no, la estancia en aquella casa. Ya no me sentía tan sola.

Regresamos sobre las ocho de la tarde, cada uno por su lado naturalmente. Nadie puede sospechar de lo que ocurrió esa tarde en los Jardines del Campo del Moro. Hacía mucho tiempo que yo no me sentía así de feliz. Esa noche dormí al instante, no antes de pedirle a mi madre que me protegiera de todo lo que pudiera acontecer en un futuro.

No recuerdo la hora que sería, pero de repente noté que me abrazaban y me desperté sobresaltada. Luis me tapaba la boca suavemente con su mano dejando paso a sus labios sobre los míos. Sentía el calor de su cuerpo junto al mío, sus besos jadeantes y nuestros cuerpos cada vez más y más cerca. Nos dejamos llevar por aquel Año Nuevo de 1935. No había nada más que los brazos y los besos de Luis para mí en aquel momento. Fue una noche inolvidable. Hicimos el amor y nos juramos que sería eterno, para el resto de

nuestras vidas, como dos chiquillos. Luchando contra quien fuera para sostener aquel amor a todas luces imposible; en lo que después se convertiría en una guerra, la que se libraría en el país y la que estaba por venir... en aquella casa.

Capítulo 6

Se estaba haciendo muy tarde y los camareros con una gran amabilidad nos habían dicho que tenían que recoger. En los años ochenta había una máxima en los locales de esparcimiento de la ciudad. Todavía no había una normativa aceptable después de la muerte del dictador, con lo cual los horarios de los establecimientos no estaban demasiado regulados y los dueños optaban por no cerrar si había algún cliente en la sala que seguía consumiendo. Alguien se quedaba de guardia para atenderles hasta que tuvieran a bien marcharse.

Realmente había muchos locales que cerraban sus puertas por dentro con las salas llenas a rebosar o dejaban entrar a clientes que se unían a altas horas de la madrugada. Era muy común cerrar a las "claritas" del día. Empezaba lo que luego se llamó "La Movida". Madrid se estaba abriendo al mundo, dejando atrás los horrores y la falta de libertad que los cuarenta años de dictadura nos habían consternado.

Después de aquello le propuse a Margarita, si no estaba muy cansada que siguiéramos en nuestra casa y continuar allí con su relato que me tenía

fascinada. Estaba convencida de no dejar ir a esa mujer hasta que no pudiera terminar de contarme lo que sería su increíble historia.

— ¿Qué le parece Margarita? Me interesa mucho su historia y francamente, no sé por qué pero me encantaría continuar.

— ¡Cómo son ustedes los periodistas! No, no estoy cansada Julia. Es más, tengo la sensación de tener una energía desbordante en este momento, yo tampoco sé por qué... yo también deseo continuar.

—Entonces no se hable más —me dirigí a Jorge—. Nos vamos a casa cariño, continuamos allí.

Jorge se levantó y sin mediar palabra, nos ayudó a ponernos los abrigos y salimos en busca de un taxi que nos llevara a casa. Por el camino hablamos de cómo continuar y cómo seguiría tomando notas sobre la historia de Margarita. Cuando estábamos llegando Margarita comentó:

—Caramba Julia, este barrio y estas calles me son muy familiares. Cerca de aquí estaba la casa donde trabajaba, la casa de Edelmira Maroto.

—Y le trae malos recuerdos.

—No Julia, malos no, solo recuerdos muy lejanos. Sin embargo, marcaron el resto de mi vida.

Entramos en casa y nos pusimos cómodos. Margarita alabó mi buen gusto en la decoración de la casa y también su tamaño. Era una casa antigua muy bien reformada hacia unos años, reconvertida en una vivienda más moderna y más útil que las siete habitaciones que no tenían sentido para una pareja sin hijos como Jorge y yo. Era amplia y cómoda. Nos sentíamos a gusto allí, en pleno centro. Podríamos llegar a cualquier parte de la ciudad desde allí. Un día decidimos descartar la posibilidad de vivir en las afueras como estaban haciendo muchos de nuestros amigos y compañeros de la redacción.

—Esta casa la heredé directamente de mi padre, él no tenía más familia que yo al morir. La había comprado durante la guerra y nunca se usó hasta que entré yo en ella para vivir con Jorge. Ya llevamos aquí unos añitos ¿verdad amor? —le lancé a Jorge que estaba en la cocina preparando un café.

—Sí, así es querida... ¡Con leche! —dijo con su potente voz desde la cocina.

—Y azúcar —reímos a la vez Margarita y yo por cómo se estaba sucediendo la escena.

— ¿Está a gusto Margarita, necesita algo, un cojín, una manta, algo para que se sienta más cómoda?

—No Julia, muchas gracias, estoy bien así. Es usted muy amable y le estoy muy agradecida por tanta confianza.

—Bueno... yo podría decir lo mismo Margarita, usted me está ofreciendo su confianza a mí también, así es que, estamos en familia ¿no cree?

—Sí, claro que sí, realmente así me siento. Todavía no lo entiendo, pero realmente así me siento. Gracias a ti Julia. Es hermoso ¿no crees?, pensar que dos personas que apenas se conocen contacten de esta forma tan inesperada... Parece un sueño.

La miré con dulzura y asentí con la cabeza mientras buscaba el cuaderno que llevaba siempre entre mis cosas, en el bolso.

—Ya sabe Margarita, continúo tomando notas. Como ve, la seguiré sometiendo al tercer grado.

Reímos a carcajadas. Jorge asomó de medio cuerpo desde la cocina con una cara de asombro y curiosidad. Su cara lo decía todo —"estas, se están volviendo locas"—. Salió de la cocina con los cafés y una sonrisa entre picara y extraña, diciendo:

— ¿Qué es lo que me he perdido?

Comencé de nuevo a tomar notas cuando Margarita tuvo a bien seguir con su relato.

—1936 no sería un buen año ¡como ya sabes! No fue bueno para nadie. Yo creo que ni siquiera para aquellos que iniciaron aquella horrible contienda separando familias y amigos, destruyendo todo lo que se había forjado a lo largo de esos años de conciencia universal, que se quería mantener a toda costa. No pudo ser. No supimos cómo hacerlo. Para mí tampoco lo fue... Vivía en la nube que Luis y yo habíamos creado, al margen de todo y de todos. Convivíamos en esa casa disimulando todo lo que podíamos, pero no todo el mundo estaba tan ensimismado en sus cosas para no darse cuenta de todo lo que estaba pasando entre Luis y yo. No todos. La tía Antonia sí... ella si estaba pendiente y consciente que aquello era algo más que una convivencia con una criada. Así es que, una noche entró en mi habitación y me dijo:

— ¿Qué estás haciendo muchacha? ¡No... no me mires con esa cara que sabes de que estoy hablando! —espetó la tía Antonia sin más.

Mi cara de extrañeza no parecía que fuese muy convincente, por lo menos no a la tía Antonia que era perro viejo y se había manejado en muchas. Había visto, oído y callado todo aquello que se cocía en aquella casa. Las entradas y salidas de gente influyente e importante en el sector empresarial y político que habían hecho medrar a don Manuel y Edelmira. Lo que estaba sucediendo entre Luis y yo, era una minucia comparado con aquello. ¡Y a ella no se le pasaba ni una!

— ¿Qué... no vas a decirme nada?

—Y... ¿qué quiere que le diga tía Antonia?

—La verdad. Y quiero oírla de tu boca. Sé lo que está pasando entre

Luis y tú. Solo un ciego no lo vería. A veces os cuesta disimular y no pensáis dónde y con quién estáis viviendo. ¿Qué te está pasando muchacha, te has vuelto loca? ¿Sabes lo que pasará si esto lo descubre Edelmira? ¿Sabes que estás en la calle si eso ocurre? ¡Definitivamente os habéis vuelto locos!

—Lo siento tía Antonia, pero no lo he podido evitar, le quiero.

— ¡Paparruchas muchacha, paparruchas! Sé que no tienes donde ir y que sales poco, que estás muy sola, sin familia, pero esto... esto no va a poder ser, ya te lo digo yo. En el momento que Edelmira se entere, estás en la calle con lo puesto. Ándate con cuidado o esto, no tendrá un buen final. ¿Crees que ella consentirá que su hijo esté contigo? ¿Lo crees? Porque si lo crees, es que no estás bien de la cabeza ¡ni muerta... ni muerta! ¡Si la conociera yo! ¡Jamás lo consentirá! Cuidado muchacha. Ya lo sabes, mantén las distancias y ten mucho cuidado con Edelmira.

No pude decir nada más, era la realidad. Edelmira nunca consentiría lo nuestro. Pero ¿qué podía hacer yo?, ¿qué podía hacer si estaba enamorada de él? En los días siguientes estuvimos más discretos y pensando en que aquello no podía salir de allí, que si la tía Antonia se había dado cuenta de lo nuestro, Edelmira podía hacerlo de igual modo. De cualquier forma Luis seguía viniendo a mi habitación casi todas las noches. Procurábamos que volviera a su cuarto antes del amanecer y eso por ahora nos estaba salvando.

Duró poco tiempo, apenas unos pocos meses en los que un día, yo empecé a sentirme mal. Cada día me levantaba de la cama sintiéndome enferma, con un malestar constante y unas nauseas que no desaparecían en todo el día. Empecé a no querer comer y me sentía muy débil. Pasaban los días y cada vez me iba sintiendo peor y no pude disimularlo más. Una de esas noches, la tía Antonia entró en mi cuarto como si se la llevara el diablo. Por un momento pensé que quería darme una paliza. Creo que en el fondo esa era

su intención por la cara que traía, supongo que con el fin de que reaccionara de una vez.

— ¡Condenada muchacha! Tú quieres matarme de un disgusto el día que Edelmira te ponga de patitas en la calle. ¿Qué estás haciendo? ¿Qué te he dicho hace unos días? Que teníais que dejar de veros y ahora... ahora estás enferma. ¿Crees que estás enferma? ¡Eh! ¿De verdad crees que estás enferma, ilusa muchacha? ¿Sabes lo que te pasa? ¡Eh...! ¿Sabes lo que te pasa? ¡ESTÁS PREÑADA! —me dijo con una voz rotunda muy cerca de mi oído y lo suficiente bajo para que no lo oyera nadie—. ¡Estás preñada muchacha... estás preñada! ¡y ahora...! —prosiguió algo más calmada—. ¡Que vamos a hacer ahora! dentro de muy poco eso se va a notar y no vas a poder ocultarlo más. Que harás entonces ¡eh!, ¿qué harás entonces? Yo no voy a poder cubrirte más... no voy a poder hacerlo. ¡No voy a poder! ¡Condenada muchacha... condenada muchacha!

No salía de mi asombro cuando la tía Antonia me decía que estaba preñada. ¡Dios mío! tenía razón. Que podría hacer yo cuando empezara a notarse.

Oculte mi embarazo hasta que fueron tan evidentes mis idas y venidas a vomitar que hasta ella lo consideró. Edelmira Maroto hizo hablar a su tía y ella no pudo más que decirle que sí. Estaba embarazada de Luis, que nos amábamos.

Creo que el grito de Edelmira llamando a su hijo, retumbo en todo el barrio de Salamanca. Estaba tan furiosa, que había cogido una de las fustas que su marido utilizaba cuando iba de montería y todo su afán era pegarme una paliza. Casi lo consigue, si la tía Antonia no se pone delante de ella para impedirlo.

— ¡Déjeme tía!, ¡déjeme que la mato! yo mato a esa desgraciada, la

mato. ¡Maldita muchacha! Te quiero fuera de mi casa ahora mismo... y no quiero volver a verte nunca más. ¡Fuera de aquí ahora mismo! ¡FUERA! ¡FUERA! Tengo que salir, cuando vuelva no quiero encontrarte aquí.

Edelmira estaba llena de ira en ese momento y solo quería deshacerse de mí. Estaba recogiendo mis cosas cuando regresó. Todo había cambiado. Aunque el enfado seguía, eso no había cambiado. Pero su cambio de actitud nos sorprendió tanto a la tía Antonia como a mí. Cuando estaba recogiendo lo poco que tenía en mi cuarto, entró ella y me dijo:

—Te quedarás aquí mientras dure tu embarazo, pero el día que nazca, no quiero volver a verte en toda mi vida. ¿Has oído bien muchacha? ¿Has oído bien?

—Sí señora Edelmira, yo... —no me dejó continuar.

—No quiero oír ni una sola palabra que salga por tu boca de aquí en adelante ¿me oyes?, ni una sola. Si creías que con esto podrías embaucar a mi hijo, estas muy equivocada. Y si piensas que vas a ser tratada con más miramiento a partir de ahora, también te equivocas. No quiero volver a verte. No te cruces en mi camino mientras estés viviendo en esta casa. Durante todo el tiempo que permanezcas aquí, no se te ocurra dirigirme la palabra, ya hablaré con la tía Antonia para que no vuelva a verte nunca más. ¿Lo has oído? ¿LO HAS OÍDO miserable muchacha? —me dijo acercándose al oído en voz más fuerte—. No quiero sentir ni siquiera tu presencia, así es que... a partir de ahora no existes. Eres un mero fantasma en esta casa. Maldita muchacha... ¡Maldita seas! ¡Fuera de mi vista!

Edelmira Maroto me sentenció aquella tarde de primavera en la que supo que llevaba en mi vientre el fruto del amor con Luis. Habló con la tía Antonia y se hizo de forma que yo no saliera de mi cuarto cuando ellos estaban en casa, ni volviera a servir las mesas, ni hacer ninguno de mis

quehaceres... más que aquellos que distaban del encuentro con los miembros de la familia o cualquiera de los invitados que llegaban a esa casa. Mis días en la casa de Edelmira eran cada vez más tristes, sólo tenía contacto con la tía Antonia. Ella cuidaba de mí con cariño y mucho esmero. Yo le estaba muy agradecida por qué era lo único que me acercaba al mundo en aquellos momentos. Estaba enclaustrada en aquella habitación que me recordaba mucho a la que vivía con mi madre en la corrala. La diferencia era que ésta estaba limpia, ordenada y en una zona de Madrid en la que no había necesidades. Una casa de la que no podía salir ni un solo momento de ella. Una jaula de oro.

No volví a ver a Luis nunca más. En verdad me convertí en un fantasma, un ser inexistente durante todo el tiempo que duró mi embarazo. Encerrada en un cuarto, encarcelada, sin volver a ver la luz del sol que no fuera por la ventana. No volví a salir de paseo. Nadie volvió a saber de mí. Realmente me volví un ser sin vida que deambulaba por la casa. Alguna vez, hasta yo misma dudé en algún momento si realmente estaba viva. A no ser por aquel pequeño ser que estaba creciendo dentro de mí y que me lo recordaba cada día para que él también lo estuviera. Esto era lo único que me decía para seguir adelante. A pesar de todo lo que estaba viviendo, de todo aquello que me estaba pasando... lo mirara por donde lo mirara, no podía llegar a entenderlo.

Mi vientre seguía creciendo y la tristeza de los meses atrás se iba quedando de lado cada vez que sentía esa vida que crecía dentro de mí. Él que me pedía con sus constantes movimientos que siguiera adelante, para que cuando llegase, se convirtiese en lo más preciado de mi vida. Cada día que pasaba, mi amor se iba acrecentando, deseando ver su carita y decirle —"Soy mamá. Estamos solas pero saldremos adelante"—. Ese era mi único consuelo cada vez que pensaba en todo lo que acontecía. ¡Mi pobre pequeño que no tenía la culpa de todo aquello! Los días seguían pasando y todo mi contacto

con el mundo era la tía Antonia.

La tía Antonia no me contaba mucho, yo tampoco quería preguntarle. Ni me atrevía a hacerlo aunque tenía la necesidad de saber qué es lo que estaba pasando fuera de aquel cuarto donde estaba encerrada. Uno de esos días en los que venía a visitarme a mi cuarto y se quedaba unos minutos para charlar un poco conmigo, me comentó algunas cosas. Pocas... pues tenía órdenes estrictas de Edelmira y ella no quería que aquello fuese a más.

—Mira muchacha, debes saber que Luis hace ya unos meses que no vive en casa. Su madre lo ha enviado fuera del país. Es muy probable que no vuelvas a verlo nunca más —yo no daba crédito a las palabras de la tía Antonia y comencé a llorar desesperadamente—. ¡Es mejor así mi niña... créeme, es mejor así! No hubiera podido ser de otra manera, ella nunca hubiera consentido que siguierais juntos.

—Entonces tía Antonia, por qué me retiene aquí, por qué no deja que me vaya. Ya encontraré algo para hacer cuando nazca mi niño. No sé qué hago en esta casa si él no está. No entiendo por qué sigo aquí.

—No sé nada Margarita, ¡no sé nada mi niña... no sé! —musitó intentando sujetar las lágrimas.

Por un momento pensé que la tía Antonia se había confundido, era la primera vez que me llamaba por mi nombre.

— ¡Lo siento muchacha, lo siento mucho! —me dijo realmente apenada y asomándole las lágrimas en sus ojos.

Aquella conversación no volvió a continuar en ningún otro momento en el que yo estuve en esa casa. Me hubiera gustado, sí... Me hubiera gustado saber que estaba ocurriendo conmigo y que iba a ser de mí. No tuve que esperar mucho tiempo para saberlo.

Capítulo 7

Me puse de parto una noche cuando se iniciaba el mes de febrero de 1936. Era una noche de tormenta. Rayos y truenos caían sin cesar en Madrid. La lluvia era intensa y parecía que no iba a dejar de llover en toda la noche... Los truenos parecían acompañar mis lamentos y quejidos de dolor mientras mi pequeño llegaba al mundo. Parecía que acompasaban los acontecimientos y confirmaban mi ausencia, al no dejar constancia de mis gritos. Mi pequeño vería la luz y eso era en lo único en lo que yo pensaba en esos momentos. Tener a mi niño en brazos y volver a vivir la nueva vida que nos estaba esperando a los dos. Pero... Edelmira tenía planes para nosotros que desconocíamos.

En aquella habitación solo estábamos la tía Antonia y yo. Ella estaba haciendo de comadrona, ayudando a que mi hijo naciera.

—No te preocupes muchacha, no te preocupes, solo haz lo que yo te diga. No es el primer niño que traigo al mundo. Solo respira como te he dicho y empuja cuando yo te lo diga. ¡Vamos allá! Vamos muchacha... ¡empuja ahora!

Y así lo hicimos. Respirando... empujando... parecía que algo no iba bien. Otra vez. Empujando... respirando...

—Sigue Margarita, sigue empujando... —pero estaba ya tan cansada que no podía seguir.

—Mira muchacha... creo que el niño está mal colocado. Voy a intentar

colocarlo para que salga o me temo lo peor. Puede ser que sientas más dolor ¡pero aguanta Margarita, aguanta un poco más mi niña... un poco más!

En esos momentos Edelmira apareció de repente en la puerta del cuarto para ver cómo estaba yendo todo.

— ¿Cómo va todo tía? —dijo con cara de pocos amigos y sentenciando la tardanza del nacimiento.

—Hay problemas Edelmira, el niño está mal colocado y hay que colocarlo para que pueda salir en condiciones o no podremos hacer nada por él.

La tía Antonia no tuvo el menor reparo de meter la mano para colocar al bebé. Al hacer esto... sentí un crujido inmenso dentro de mí... como si alguien diera un enorme chillido que se hubiera oído en los confines de la tierra.

Mi niño o niña nació, pero yo no puede oírle llorar. No lloraba. No se oía ningún sonido en aquel cuarto, todo estaba en silencio en aquel momento. Todo parecía haberse parado, hasta los truenos habían cesado de repente. Mi bebé no daba señales de vida. La tía Antonia lo cogió y lo envolvió en una toalla. En ese momento Edelmira se acercó al bebé y con un frío...

— ¡Esto está muerto, sácalo de aquí ahora mismo!

Y así fue. La tía Antonia salió de cuarto apresurada con el bebé inerte en los brazos y yo no pude ver a mi niño ni saber cómo era... ni siquiera si fue niño o niña. Entre mi debilidad y mi aturdimiento solo puede oír a Edelmira Maroto decir:

— ¡Fuera de mi casa ahora mismo! ¡No quiero volver a verte nunca más! Antes de salir... limpia toda esta inmundicia que has creado. ¡FUERA PERRA!

Sin apenas poder creer lo que estaba ocurriendo ni las palabras que

estaba oyendo, entre el dolor y los sollozos, me levanté de aquella cama como pude sin apenas fuerzas para tenerme en pie. Retiré las sábanas llenas de sangre y los restos de mi propia placenta y me fui de aquella casa con mi abrigo de paño verde descolorido como única vestimenta. En medio del frío de una noche de invierno en la que no dejó de llover ni un solo instante. Lo único que me acompañaba eran las palabras de Edelmira que retumbaban sin cesar en mi cabeza:

—"Esto está muerto, sácalo de aquí".

Salí de esa casa, sin más. Sin pensar en nada que no fuera lo que había pasado con mi bebé. Dejando atrás cinco años de mi vida y todo lo que había conocido hasta ese momento. Todo había desaparecido, mis padres, mi hermano, Luis, y ahora también... mi hijo. Todo... ¡todo había desaparecido!

— ¡Dios mío Margarita! —expresé extremadamente afectada, llevándome las manos a la boca ante la incredulidad y la dureza del relato—. ¡Dios mío Margarita!

—Vagué por las calles sin rumbo, sin destino. Apenas sabía donde me encontraba, solo sabía que era por la noche —continuó Margarita—. Caminaba y caminaba bajo aquella lluvia torrencial, calada hasta los huesos que mi viejo y desgastado abrigo no podía soportar. El intenso frío y la mojadura hacían que no parara de temblar. Solo notaba el calor de mi propia sangre que caía sin parar por entre mis piernas a medida que caminaba. Estaba aturdida, mareada, apenas podía tenerme en pie por el dolor y la debilidad. No sabía por dónde iba ni dónde podía estar. Me sentía desorientada totalmente... Al salir de una de las calles, al intentar cruzarla... me desplomé en el suelo delante mismo de un coche que pasaba. Ni vi sus luces, ni oí su claxon. Caí como un saco delante mismo de sus ruedas. Sus ocupantes, se bajaron del coche y me recogieron.

— ¡Dios mío Ramón, que la hemos atropellao!

— ¡Que no Charo, vamos a ver!

Al bajar se encontraron a una joven empapada hasta los huesos, que chorreaba sangre entre las piernas y que no respondía a ninguno de los estímulos que ellos me estaban proporcionando. Inerte, desmayada y sin fuerzas intentaron que volviera en mí, pero yo estaba muy lejos de allí... con mi bebé.

— ¡Vamos Charo, échame una mano, tenemos que sacar a esta muchacha de aquí o morirá! ¡Está en un charco de sangre!

Eran Charo Ponce y su pareja Ramón de la Cruz. Me llevaron a su casa y me cuidaron sin conocerme de nada.

— Sácale la ropa Charo y sécala, mientras tanto voy a buscar la doctor Cuevas. Vuelvo enseguida.

Charo me quito la ropa me aseó como pudo y me metió en la cama.

— ¡Dios mío muchacha, de dónde has salido tú! ¡qué te ha pasado criatura!

Los días que pasé en casa de Charo y Ramón, fueron los más agradables que había pasado en los últimos años. Una casa agradable, una cama cómoda y suave, y el cuidado de dos personas totalmente desconocidas que se habían hecho cargo de mí sin saber quién era. Ellos me cuidaron, no dejaron que hiciera otra cosa que recuperarme. Cuando recobré la consciencia había pasado más de una semana. Una cascada de sentimientos y emociones pasaban sin cesar por mi cabeza. Mi corazón estaba destrozado, mi cuerpo era un esbozo de lo que fue y mi alma a punto de claudicar.

El doctor Cuevas, les dijo que acababa de dar a luz y que había perdido mucha sangre, que estaría muy débil en los próximos días y no podría

moverme de la cama. Muchos cuidados o la recuperación no sería la esperada.

Cuando pude hablar y contar lo que me ocurrió, Charo no daba crédito a lo que estaba oyendo.

— ¡Pero criatura... y ahora! ¿qué vas a hacer?

— ¡No lo sé doña Charo, no lo sé! Solo quiero olvidar todo lo que pasó en esa casa, olvidarme de todo, en cuanto pueda. Olvidar todo. No puedo entender que ha pasado... Asimilar esto no es fácil y tampoco sé que voy a hacer. Solo quiero desaparecer, salir de aquí a algún lugar donde nadie me conozca, donde poder empezar de nuevo, olvidando todo lo que ha ocurrido. Olvidar y comenzar de nuevo —dije sin dejar de llorar desde que recuperé la consciencia.

—Eso, querida niña, te va a costar... y mucho, pero no es imposible. Tú, recupera tu cuerpo debilitado ahora, y ya veremos cómo lo hacemos después.

A mí me costaba entender de donde había salido aquel ángel que me recogió de la calle sin saber quién era y me llevó a su casa. Cuidó de mí sin preguntar de donde venía. Sólo puso de su parte para que yo recuperara mi cuerpo y mi espíritu que se habían distanciado tanto, que era imposible saber dónde estaba el uno y donde el otro. Recomponer los pedacitos rotos de mi alma destruida y desperdigada por no se sabe dónde, iba a ser un trabajo arduo y poco fácil de encaminar por mi parte, en esos momentos.

Charo se encargó de todo, restauró mi cuerpo con cuidados de todo tipo, la mejor comida y medicinas. Algunas incluso difíciles de obtener en aquellos días previos a la guerra, donde las dificultades eran las mismas para todos y el poder adquisitivo, diferenciaba su obtención. Teniendo que acudir en muchas ocasiones al mercado negro. Los mejores cuidados y el doctor Cuevas que venía a diario a ver como seguía, fueron decisivos para que yo saliese

adelante y me recuperase con relativa facilidad, porque mi cuerpo y mi alma, no se recuperaban a la par.

Pasó más de un mes hasta que pude salir a la calle. Los paseos con Charo por la Plaza de Chamberí donde tenía su casa, fueron decisivos en mi recuperación. Ese barrio fue la inspiración del marqués de Santiago, que lo ideó y lo construyó en aquella zona norte, cuando todavía no figuraba ni en el mapa de la Villa de Madrid. Sería para mí, la fuente de mi inspiración, recuperación y recogimiento el resto de mi vida. Durante ese tiempo recorrimos todas sus calles y callejuelas. Conocimos cafés, tiendas y bulevares que poco a poco fueron llenando de nuevo mi vida de luz y paz, acompañada por aquella mujer que la divinidad puso en mi camino, para que yo sintiera de nuevo que uno puede salir de todo en lo que la vida te enfangue. Sólo tienes que querer hacerlo. Siempre es más fácil si te acompaña alguien tan especial como lo fue Charo Ponce y su inseparable Ramón de la Cruz. Sin su inestimable ayuda y buen hacer, no sé qué hubiera sido de mí aquella tortuosa noche de febrero.

Las "charletas" como nosotras las llamábamos, horas intensas e inmensas que pasábamos contándonos lo habido y lo que había de haber próximamente, fueron de lo más satisfactorias. Cada día nos acercábamos más, nos conocíamos más y mejor, y la confianza se asentaba sin temor, tanto en Charo como en mí. Además de conocernos cada vez más, paseábamos por las calles de Chamberí a diario. Íbamos a tomar café a Santa Bárbara, de compras por Princesa, Fuencarral o Bilbao. Pude ver... ¡mi primera película en el nuevo cine Proyecciones en la calle Fuencarral! Charo, en definitiva, me iba enseñando e instruyendo en todo aquello a lo que no había tenido acceso en todos esos años en los que estuve al servicio de Edelmira Maroto. Sin apenas salir de aquella casa, sin la posibilidad de ser nada más que una sirvienta.

Las visitas a museos como el del Romanticismo en la calle San Mateo, incluso al Museo del Prado en alguna ocasión, iban formando parte de mi saber con la instrucción constante de mi dulce Charo, siempre a mi lado. Algunas tardes llegábamos en el metro hasta mi adorada y recién estrenada Gran Vía. Paseábamos y admirábamos los escaparates que se iban instalando en aquella calle que despertaba al interés financiero de la capital. Muchas tardes las pasábamos entre libros y cuentas. Aunque yo sabía leer y escribir, no fui demasiado tiempo a la escuela, ni todo lo que me hubiese gustado, ni todo lo que mis padres hubieran deseado para mí. Ella me enseñó todo lo que podía necesitar para continuar con mi vida, para que tuviera la libertad que otorgaba el saber y la educación que cualquier persona necesitaba para moverse por el mundo.

Charo Ponce era actriz de revista, una Vedette que tenía espectáculo propio y que llevaba por donde la quisieran contratar. Para eso tenía a Ramón, que además de ser su representante, también era su pareja. Números de revista combinados con números cómicos constituían su espectáculo. En estos momentos, estaban preparando algunos más atrevidos que llevarían por el nuevo mundo, donde Ramón había conseguido una gira para Charo por todo México.

Charo, era una preciosa mujer con un cuerpo espectacular. Alta, delgada, atractiva. Aunque no tenía el pelo rubio platino al estilo Carol Lombard o Mae West, era sensual y tremendamente provocativa. Estas, eran las actrices de comedia más famosas de los años treinta a las que Charo tenía muy presente en sus espectáculos. A todas ellas las veíamos cada vez que ponían alguna de sus películas en el nuevo cine Proyecciones... ¡cómo te conté anteriormente! Lo tenía todo... todo lo que se le puede pedir a una actriz de revista.

Algunos días, la acompañaba a los ensayos y aprendía con ella los pasos y los números que hacía con otros compañeros de reparto. Poco a poco y a medida que mis fuerzas me lo permitían, subía al escenario con ella y me iba enseñando todo lo que sabía sobre la Revista y el mundo del espectáculo. Sin darme cuenta, me fui integrando en el coro y aprendí a ser una chica más.

Un par de meses más tarde ya totalmente recuperada, llegó lo que más temía, algo que Charo me iba contando y haciéndome participe de todo aquello que tenía que ver con ella y con ese mundo que dominaba, en que se sentía como pez en el agua. El mundo al que pertenecía, cómo ella decía "Ahora y siempre".

Charo era como una madre para mí, me había cuidado con cariño, como si lo hiciese mi propia madre. Ya no era una mujer joven y la vida no le había regalado la virtud de ser madre, algo que ella, había llevado como podía. En ocasiones bien, en ocasiones mal. Pero lo que si tenía claro, es lo que quería y como lo quería. Además contaba con el beneplácito de Ramón, su inseparable Ramón en los últimos doce años que llevaban juntos. Así es que nuestra amistad se había forjado a base de confianza mutua desde el primer momento, y no tuvo el menor reparo de hablarme como lo hizo, sin tapujos. Una tarde en su camerino y después de la última función de la temporada en el teatro Pavón, donde representaba la obra "La sota de Oros". Una obra costumbrista en la que había dieciocho números de revista y un gran trabajo por parte de las tiples, de las que yo formaba parte. Me pidió que la acompañara a su camerino para hablar a solas...

—Mira Margarita, lo que había... se ha acabado. No sé si me entiendes. Se acabó el trabajo en Madrid, por lo menos por ahora. Tú lo estás haciendo muy bien y aunque no te has dedicado a esto antes, parece como si estuviese hecho para ti. Voy a proponerte algo mi niña. Ramón ha conseguido un buen

contrato en América el próximo año. En México por el momento. Lo que parece que está a punto de suceder, nos hace alejarnos. Te propongo que nos acompañes. Conoces de sobra el espectáculo y puedes ser de gran ayuda cuando tengamos que montarlo y elegir a las chicas en su momento. ¡Este país se está volviendo loco Margarita... y se va a volver más loco todavía! O te quedas y te adaptas a esta locura o te vas y comienzas una nueva vida. Vámonos Margarita, vayámonos de aquí... ¡Ya! No tienes a nadie, no dejas atrás nada que no sean tus recuerdos, y los últimos, demasiado amargos para quedarte solo con ellos. Pero... piénsalo, piénsalo bien. En pocos días sale nuestro barco, tú decides quedarte o acompañarnos.

No daba crédito a lo que estaba oyendo y mi cuerpo y mi alma dijeron al unísono: "Sí, Charo sí. Claro que sí"

Claro que pensaba que aquello se había acabado, pero para mí. Sabía que Charo y Ramón se irían en breve, ya había oído comentarios entre ellos y a las tiples, pero nunca llegué a pensar que contarían conmigo. Sabía que tenía que salir de sus vidas en algún momento... pero yo no tenía otra vida que no fuese aquí, en Madrid.

El cielo se abrió para mí al escuchar a Charo. Me abracé a ella como si no quisiera que se despegase de mí nunca... dándole las gracias por contar conmigo. No sé cuántas veces lo hice. ¡Claro que le dije que sí! No quería formar parte de la locura que se estaba forjando en las esferas del gobierno y donde se aventuraban las más oscuras nubes negras pocas semanas más tarde.

Salimos del puerto de Lisboa en el Betania. En el final de la primavera de 1936. Era el mes de junio, una luz radiante no acompañó ese día. El

horizonte se veía limpio y amplio.

El 17 de Julio de ese mismo año, comenzaba lo que sería como bien dijo Charo, la locura más grande que ha cometido este país en toda su historia. Algo que conseguiría que amigos, hermanos y familiares se mataran entre sí. Lo que nos llevó al mayor desastre de nuestra historia más cercana.

El Betania era un barco moderno, un transatlántico de última generación que nos llevaría primero a Río de Janeiro y de allí a México. Ramón quiso hacerlo así, tenía que concluir algunos asuntos en Río con la posibilidad de actuar allí.

Desde luego iba a ser una experiencia única para una chica como yo que acababa de salir al mundo. Gracias a la infinita generosidad de aquella mujer que un día la vida me puso en el camino para que la mía cambiase radicalmente a partir de esos momentos.

Cuando vi por primera vez aquella inmensa criatura varada en el puerto, sentí que no había visto nada más bello en mi vida. Lo más curioso es que no podía imaginar lo que me esperaba dentro de esa "Bellísima Criatura". La belleza y el estilismo Art Déco de sus salones de primera clase, compuestos por decenas de espejos por todos los lados. Paredes forradas de maderas nobles y telas de damasco de todos los lugares del mundo. Inmensas lámparas de araña decoraban los techos con marcos de panes de oro. Todo su interior era fastuoso. La escalera central con su balaustrada de metal dorado en forma de espiral nos conducía a los mejores salones. Donde se servía Champán y Caviar por las noches, y Té con pastas a las cinco de la tarde. Asistíamos a cenas de gala en las que Charo me prestaba alguno de sus increíbles vestidos, y que yo lucía con orgullo. Cenas amenizadas por una orquesta con baile que no dejaba de tocar mientras hubiera pasajeros rezagados o insomnes. El salón de cine y danza, con sus brillantes columnas. Completamente alfombrado, se

componía de cómodos sofás y sillones y mesitas centrales donde acostumbrábamos a tomar la copa nocturna después de la cena. Todo aquel salón, estaba coronado con una impresionante chimenea y un precioso mural de caballos repujados que brillaban como el oro. Plantas exóticas ornamentales completaban la decoración.

Paseábamos por cubierta en los días de sol y calma marítima donde disfrutábamos de alguna bebida, del aire limpio y puro que nos ofrecía el Atlántico. Todo contribuía a hacer de la travesía, un paseo por el mar.

Cada uno de nuestros camarotes, aunque no eran en primera clase, disponían de una grande y cómoda cama, en las que las tapicerías, cortinajes y cobertores combinaban las mismas telas de vivos colores. Los ascensores nos llevaban de una a otra de las plantas de uno de los barcos más modernos del mundo en aquel entonces. También disponía de una piscina interior, tiendas, salón de belleza, salas de juego y biblioteca. El cóctel-bar con su barra en forma de media luna, donde podías relajarte escuchando aquella suave música de piano. Aquel salón decorado a modo de una pequeña sala hipóstila egipcia, donde se podían apreciar las grandes pinturas de los murales que le acompañaban. Y la sala de fumadores que visitábamos asiduamente... y en la que yo comencé mi afición por el tabaco... todavía no sé cómo. Tanto Charo como Ramón eran fumadores consumados. ¡Cómo ya me ves, sigo siendo una fumadora empedernida!

Aquella Bella Criatura cobijaba en su interior a más de dos mil pasajeros y entre ellos, Charo, Ramón y yo y los treinta días de travesía a través del Atlántico, me separaban de mi nueva vida y me alejaba del sufrimiento al que estuve sometida ese último año. Diciéndole adiós a todo lo que más quería, a todos los que había amado hasta ese momento.

Escapaba de la locura hacia una vida completamente distinta, llena de

trabajo y distinción a la que no había estado acostumbrada hasta entonces. Aunque Charo no era precisamente una experta en el más estricto protocolo, me iba asesorando en modos de comportamiento y saber estar en salones y comedores, en los que fui refinando mi estilo. Cuando ella fallaba estaba Ramón, siempre al quite de todas esas cosas en las que Charo se despistaba.

Aunque nuestra parada en Río fue breve, tan solo un día; y mientras Ramón concretaba sus asuntos. Charo y yo pudimos pasear por las playas de Copacabana y admirar el Cristo del Corcovado que acababa de ser inaugurado unos años antes y que sin duda, más tarde sería el símbolo de la ciudad. El clima y la luz con la que nos acogió Río de Janeiro a nuestra llegada, nos inundaron de una alegría inmensa, que pareció haber olvidado la España negra que habíamos dejado atrás.

Nuestra vuelta a la mar, se hizo más llevadera al atracar en varios puertos antes de llegar al puerto de Veracruz. Aunque todavía nos quedaban cuatrocientos kilómetros hasta la ciudad de Méjico, el cansancio de aquel viaje tan largo, lo suavizaban las maravillas que iba descubriendo por el camino.

El Méjico de 1936 lo encontramos en pleno conflicto de los trabajadores con las compañías petroleras extranjeras. En plena construcción y sin duda preparándose para acoger unos años más tarde a nuestros compatriotas repatriados, represaliados y emigrantes españoles que salieron de allí en busca de la paz y la estabilidad que su propio país les negaba.

Lázaro Cárdenas dirigía el país en esos momentos y era un gran amigo de la República Española. Creo que nunca hemos podido agradecerle como se merece, la apertura de su país a nuestros compatriotas durante y después del conflicto. Hizo todo cuanto estuvo de su mano para ayudar a un país amigo como era España. Nos dejó entrar fuéramos de la clase social que fuéramos.

México no hizo distinciones con los seres humanos que llegaban huyendo del horror de un país en guerra y que denigró en la posterior dictadura franquista.

El puerto de Veracruz nos recibía en día soleado de principio del verano. Enseguida tomamos un coche que nos llevó a la ciudad de Méjico, al Hotel Principal donde Ramón había reservado las habitaciones.

Me quedé estupefacta cuando entré el aquel fascinante hotel. La impresionante escalera de entrada totalmente de mármol blanco. El alto techo del cual pendía una lámpara de araña inmensa, que tenía una extraña forma de planta —o eso me pareció a mí—. Un hall grandísimo de forma rectangular con terminaciones redondeadas por sus esquinas, y una impresionante vidriera Tiffany del mismo tamaño como tejado, que dejaba entrar la luz del sol con todos sus colores, me dejaron mi boca tan abierta, que me fue difícil cerrar hasta pasado un tiempo. No había visto nada igual hasta entonces. Desde el hall se podían apreciar sus cuatro pisos abiertos donde asomaban seis balconadas por cada uno de sus dos lados más grandes, y tres en los más cortos, por las cuales podías ver, por cada una de ellas, cada parte del hotel desde allí. Me dijeron que era el estilo moderno que estaba de moda en esos momentos, se llamaba Art Nouveau.

Teníamos nuestra habitación en el segundo piso. El ascensor por el que accedimos a él, tenía también la misma forma rectangular con las esquinas redondeadas como el propio hall. Era totalmente de metal y su interior estaba recubierto con vidrieras con los mismos colores que le hacían acogedor y alegre. Se mezclaba ese lujo antiguo que impactaba, con la más absoluta modernidad que hacían de él, un lugar muy ameno.

Nuestra estancia en México, era por un año de contrato en el teatro Variedades en el centro de la ciudad, que curiosamente unos años atrás se llamaba Magerit. En aquel momento no lo vi, pero más tarde me di cuenta de

que el nombre de aquel teatro iba a cambiar mi vida por completo. Aunque Ramón ya tenía mucho avanzado, tuvimos unas cuantas semanas por delante de contratación de las tiples y ensayos para poner en marcha el espectáculo.

Todo marchaba bien. La estancia, el trabajo continuo que no me dejaba tiempo para pensar, aliviaban el pesar que me consumía algunas noches en la soledad de mi cuarto. Una de esas noches, Charo llamó a mi puerta.

— Buenas noches Margarita ¿te he despertado?

— No Charo, pasa por favor.

Nos sentamos en el borde de la cama y ella me cogió de las manos, me miró... por un momento me asusté.

— ¿Pasa algo Charo? ¿Algún problema?

— No, no. Claro que no mi niña. En estos meses que llevamos juntas y viendo cómo te has adaptado a este trabajo... ya te dije, pareciera que has nacido para esto. La primera sorprendida soy yo. No, puedes estar tranquila. Pero llevo unos días dándole vueltas y al consultarlo con Ramón, hemos pensado que era lo más conveniente.

— ¡Caray Charo, me estás asustando!

— ¡Qué no Margarita, no te asustes, porque es algo a mi parecer muy bueno! Ramón y yo hemos pensado que puedes hacer un número tu sola.

— ¿Qué?

— Sí Margarita, puedes hacerlo. Te sabes todas las coreografías, las tuyas y las de las otras compañeras, los números musicales, y además tienes una voz muy agradable para nuestros números musicales. Por eso hemos pensado que lo hagas. Hoy Alanís, nos ha comunicado que deja la compañía porque se ha quedado embarazada, y quién mejor que tú para sustituirla.

— Bueno Charo yo... la verdad no sé qué decir. Tengo mucho que aprender y soy una recién llegada ¿de verdad crees que puedo hacerlo?

—No te lo estaría pidiendo si no lo creyera.

—Bueno pues, me pongo a ello mañana mismo.

—Una cosa más... hemos pensado también, que sería conveniente cambiarte el nombre por uno más llamativo... más artístico ¿qué te parece?

—Por mi estupendo. Entonces sí Charo, entonces a partir de aquí ya soy otra persona, que no tiene nada que ver con la que salió de España hace unos meses. Y... ¿has pensado en alguno?

—Sí, tanto a Ramón como a mí nos ha encantado, ahora está que te guste a ti. Hemos pensado en Marga León.

— ¡Marga León!

— ¿Te gusta?

—Sí, sí que me gusta. Es mi nombre al fin y al cabo, y acertado con ese apellido parece un nombre muy de artista. Sí. Sí que me gusta Charo... ¡me encanta!

—Es sencillo, fácil de pronunciar, impactante y rotundo, todo eso nos ha parecido a nosotros. Pues bien... ¡no se hable más! a partir de mañana cambiamos los carteles. Dile adiós a Margarita González Marín. ¡Bienvenida Marga León! Aquí empieza tu nueva vida.

Capítulo 8

El tiempo iba pasando y Marga León se iba haciendo más y más conocida en el mundo del espectáculo en México y otros países. Gracias a la compañía de Charo y Ramón pudimos actuar en Cuba, Brasil y Argentina —proseguía Margarita con su relato—. Poco después, me ofrecieron un papel en una película con Mario Moreno "Cantinflas", y aunque no era un gran papel, me abrió las puertas del cine en México y en Hollywood. Allí, también hice un par de pequeños papeles con dos de los grandes, John Wayne y Stuart Granger. Sólo tenía un par de frases, pero fue increíble. Pero yo, donde estaba cómoda era en México... mi México. El país que me acogió y me dio todo lo que había tenido hasta la fecha. Mi nombre y mi prestigio. Incluso el único amor que viví

allí.

— ¡Marga León!, pero Margarita, usted es... ¿Marga León? —le dije atónita al escuchar ese nombre.

—Sí Julia, yo soy aquella actriz y Vedette de los años cuarenta y cincuenta. ¡Lo que no sabía es que tú pudieras recordar ese nombre! No era demasiado conocida para el gran público, por lo menos aquí. Además, me pasé gran parte de todo ese tiempo trabajando por América Latina. Iba y volvía a México. Cuando volví a España, ya para quedarme, trabajé tan solo unos pocos años, ya no era aquella jovencita que dejó este país. Los contratos cada vez eran menores. En definitiva, fui una gran desconocida.

— ¡Pero claro que sí, Margarita!, nada de desconocida. He participado en un artículo y un reportaje junto con un compañero, donde se hablaba de aquellas actrices que fueron unas auténticas desconocidas en nuestro país pero que habían triunfado fuera de él. Entre esos nombres estaba el de Gloria Guzmán y Marga León, entre otras muchas. Actrices que dejaron nuestro país por diferentes causas como ha sido su caso. ¡Caray Margarita! Jamás hubiera pensado que la mujer que tengo aquí delante y que encontré en la Gran Vía vendiendo flores, sería ¡Marga León! Pues... me va a perdonar Doña Marga León, pero ahora sí que sí, quiero conocer toda su historia, es más... ahora sí que voy a anotar todo, incluso mejor que lo que he hecho hasta ahora. ¡Caray...! ¡Marga León...! Entiende ahora, por qué todas las anotaciones en mi cuaderno... ese de periodista que a usted tanto le gusta —reímos por la broma que nos habíamos marcado desde el principio de nuestra conversación—. Por favor, ¡hábleme también de ese amor, estoy en ascuas!

— ¡Claro que sí Julia! Así siguieron los siguientes diez años, trabajando y viajando por América, sin parar. Cómo te dije, Charo ya no era una niña cuando me encontró, rondaba cerca de los cuarenta años. ¡Nunca quiso

decírmelo, pero yo lo intuía! Se conservaba muy bien y tenía un cuerpo escultural, pero se iba sintiendo cada vez más cansada. Ella, a medida que yo me iba haciendo con más números del espectáculo, se iba retirando... ¡vamos que cada vez me daba más a mí! Nos instalamos definitivamente en México, donde más trabajo teníamos y desde allí, viajábamos a otros países.

Pues... —continuó Margarita—. Ese amor no fue otro que Jorge Negrete, con el que coincidimos varias veces en espectáculos por México. Fue tan solo un affaire de unos meses. Nos gustamos mucho, pero teníamos vidas e intereses muy diferentes. Y la distancia... eso mismo, la distancia nos separó.

— ¡Jorge Negrete! Pero cuénteme algo más de él... aquí era todo un Sex Simbol y las mujeres nos volvíamos locas por él. ¿Cómo era Margarita, cómo era él en las distancias cortas?

—Era un hombre muy culto. Hablaba varios idiomas. Nos conocimos en el rodaje de ¡Ay Jalisco no te rajes! en 1941 en la que yo participaba en un número musical. Era una más de las chicas, pero él se fijó en mí y nos gustamos desde que nos vimos por primera vez. En esos momentos, él estaba ya metido en el proceso de divorcio con su primera esposa. Fueron unos meses muy agradables a su lado, y aunque nuestras profesiones eran en el mundo del espectáculo, estaban muy distantes entre sí. Eso... y que se enamoró perdidamente de la que sería su segunda mujer Gloria Marín. Curiosamente su apellido coincidía con el segundo mío, Marín. Quizá lo nuestro fuese premonitorio, no lo sé. Sólo fueron unos meses increíbles. Lo amé y lo pasé muy bien a su lado. No solo era un hombre guapo, era un gran tipo. Después de aquello, nuestras carreras tomaron caminos muy diferentes, su fama cada vez iba a más y yo seguía en mis pequeños teatros. Nunca más volvimos a coincidir. Sé que cuando vino a España, la Guardia Civil tuvo que escoltarlo por las aglomeraciones de mujeres que gritaban histéricas.

¡Increíble en la España de la época! No sé... si hubiera estado aquí, ¡creo que tampoco me lo hubiera creído! A Franco no le gustó nada aquel recibimiento tan efusivo a un miembro de un país con el que acababa de romper relaciones diplomáticas. Yo acababa de regresar a España cuando él murió. Sentí mucho su muerte y reviví aquellos momentos que pasamos juntos en nuestro México lindo y querido.

Nos tomamos unos minutos para una taza de café y descansar un poco. Se notaba el cansancio en Margarita. Cuando ella se sintió mejor, continuó con su relato.

—A los quince años de nuestra estancia en México... ¡Charo, nos dejó! Tenía poco más de cincuenta años, pero como te dije, todavía conservaba parte de lo que fue. Había perdido mucho peso y estaba muy debilitada, pero nunca dejó de animarnos tanto a Ramón como a mí. Los médicos nos dijeron que le quedaba poco tiempo de vida. Un cáncer de hígado estaba acabando con ella. En verdad duró muy poco. Ramón y yo no sabíamos que hacer durante ese tiempo en el que ella estuvo convaleciente. Él apenas salía del hospital y a mí me había dicho encarecidamente que no dejara el espectáculo por nada del mundo. Su vida acababa, pero la mía empezaba. Yo seguía actuando cada día y el resto lo pasaba a su lado. ¡No podía imaginar lo mucho que iba a perder cuando Charo me dejó! Me quedé huérfana... ¡otra vez!

Charo y Ramón habían sido para mí, amigos y padres. Me habían salvado la vida, y además la habían encauzado con un proyecto artístico que nos permitía vivir muy bien a los tres, que juntos que formábamos un tándem perfecto, ellos y yo.

Ramón no volvió a ser el que era, cada vez se preocupaba menos de los proyectos y de los contratos. Cada vez que finalizaba uno, a veces, pasaban

varios meses hasta que volvíamos a trabajar. Llegando a estar casi un año en una ocasión, sin hacer nada. Aquello ya no lo podíamos sostener y tuvimos que hablar de nuestros futuros juntos...

— ¡Como ves Margarita, esto es insostenible ya! Mira mi niña —él seguía llamándome así algunas veces— Ya ves que todo está un poco revuelto, la Guerra Mundial nos ha dejado una enorme huella y el mundo del espectáculo no se ha quedado atrás. Ya no soy el mismo de antes, tengo casi sesenta años y la muerte de Charo me ha echado más encima. No sé cómo voy a soportarlo, era ella la que fortalecía esta empresa, y nuestra relación. Ahora de que me sirve seguir si ella no está. Sí, ya sé... estás tú y eres lo que me ha seguido sujetando en estos últimos meses, pero ya no puedo más. ¡No puedo más Margarita, no puedo más! Sin ella no. No quiero dejarte tirada, he llevado vuestros asuntos estos últimos quince años y ¡dejarte ahora así... sin nada! No, todo lo contrario. He estado hablando con un colega en España que me ha hecho buenas propuestas para ti... ¡si quisieras volver, claro! Todo depende de ti. Yo, no me voy a mover de mi México, aquí tengo todo lo que necesito, con poco que haga tendré para vivir. Conozco a mucha gente. Estoy seguro que algo encontraré, pero no puedo responder por ti. Además... quiero quedarme con Charo, quiero morir aquí y seguir con ella hasta el final. ¿Y tú mi niña, que dices a todo esto?

Nos abrazamos sin dejar de llorar. Lo que nos había unido, ahora nos separaba. Yo no podía ser ahora una carga para él. Estaba tan debilitado emocionalmente que no podía hacer nada más... que vivir.

Los días iban pasando, sin Charo, y cada vez se hacía más difícil su ausencia. El hueco que había dejado en Ramón y en mí, era demasiado profundo para que pudiera llenarse de manera automática, y cada día, se nos hacía más difícil estar sin ella.

—Recuerda las palabras de Charo —continuó—. "Mi querida Margarita... mi niña... sabes que te he amado desde el primer momento en que te vi. También sé cómo tú me amas a mí, y eso me llevo conmigo. No te dejes, ni me voy de tu lado, estaré aquí... —dijo señalando mi corazón—. Siempre... ¡mientras tu vivas y me recuerdes, jamás moriré! Así es que... llora todo lo que tengas que llorar mi ausencia, pero no te preocupes más de lo necesario porque... el espectáculo debe continuar, y los espectadores que van a verte cada noche, quieren sentirse bien y disfrutar de todo lo que tú les puedas ofrecer con tu arte. No lo olvides Margarita, no olvides que ese es tu cometido cada día. Hacer que los demás disfruten, hacerles felices. ¡Te quiero mi niña y siempre lo haré! Ya sabes que no sólo nos ha unido nuestra soledad de madres sin hijo ¡Cómo tú perdiste el tuyo y cómo yo perdí el mío y ya no pude ir a por más! Ahora, tienes que ser la que siempre has sido, con la actitud de una ganadora. ¡Qué nadie te diga quién eres! ¡Tú ya sabes quién eres! Marga León, actriz, cantante y Vedette de las mejores que ha dado el mundo. ¡Nunca lo olvides... nunca lo olvides!"

—Sí. ¡Claro que sí! Cómo lo voy a olvidar Ramón, si ella ha sido mi segunda piel en estos años. ¡Cómo olvidarlo! Mi querida y amada Charo, mi amiga, mi hermana y una madre en muchas ocasiones. ¡Cómo olvidarlo! Jamás... ¡jamás la olvidaré mientras viva! Pero lo que me propones... ¡qué voy a hacer yo sin vosotros!, primero Charo... ¡ahora me dejas tú!

—No Margarita, no te dejes... ¡ya ves que no! Sólo quiero que sigas con tu vida, esa que yo ya no puedo sostener. Sólo te pongo en manos de alguien que puede seguir ofreciéndote, aquello de lo que mejor tú sabes hacer. Por eso... quiero que lo pienses y medites todo lo que supone regresar. Piensa que no eres la misma que dejó aquel país, y que la situación tampoco es igual en él. Todo está más equilibrado y aunque no haya libertades, si te mueves en determinados ambientes, podrás disfrutar de algunas de ellas sin que se note

demasiado. Rodéate siempre de gente que sepa más que tú, de gente que pueda proporcionarte aquello que necesites a cada momento y huye... huye de la que sólo quiera lo que tú tienes que... en ese país nuestro, es la que más hay. Puedes hacerte un hueco si te lo propones siendo inteligente. Desde donde te puedas mover, podrás conocer a gente muy importante. Piénsalo Margarita y sé consciente de lo que hagas en cada momento, entonces... podrás vivir muy bien.

Todavía no me había recuperado de la muerte de Charo y éste jarro de agua fría que me estaba lanzando Ramón me dejó sin respuestas en ese momento. Estuve unos días absorta en mis pensamientos sin otro que el de mi vuelta a España. De cómo iba a resultar aquello y cómo volver a vivir en aquella ciudad que me había dado y quitado tanto a la vez. Me resultaba muy difícil pensar en volver a empezar sin ellos, sin mis amigos, sin mis mentores... Sin su inestimable ayuda y cariño que me habían acompañado en todos esos años. Me sentía despojada de todo, desnuda. A la intemperie... como cuando me encontraron.

¡Qué curiosa esa sensación! ¡Había vuelto aquella sensación que tuve cuando Edelmira me echó de su casa y me vi sola en medio de la calle, calada hasta los huesos y desangrándome! ¡Había vuelto aquella sensación! El corazón me dio un vuelco tal, que sentí que se me retorció.

De repente, sentí que debía volver y reencontrarme con todo lo que tuviese que ver con mi pasado, con ese pasado que había querido olvidar en estos últimos quince años de mi existencia. Pase lo que pase, debía enfrentarlo todo, aquella etapa había llegado a su fin y tenía que entender y soportar lo que viniese a partir de ese momento. Volví a hablar con Ramón y acepté su propuesta.

— ¡Querida Margarita! me alegro mucho que hayas tomado ésta

decisión. No te preocupes por nada, Ricardo es... y ha sido un amigo de siempre. Aunque distemos mucho de nuestro origen social, en un tiempo nos unió el juego y nos hizo amigos. Todavía mantengo con él una relación más que amable. Él ya sabe, ya le expliqué en mi última carta quien eras y nuestro proyecto. Tiene muy buenos contactos y me ha dicho que no es difícil que pueda conseguirte contratos una vez que estés allí. También me ha dicho, que tiene una casa preparada para que vivas en el barrio de Chamberí, que ya conoces bien. Así es que, no te preocupes por nada... Él está al tanto de todo y te esperará cuando llegues a Madrid, solo tienes que decirme cuando y lo prepararé todo.

— ¿Y tú Ramón, que harás tú? De que vas a vivir. Cómo te las apañaras ahora, tú sólo, sin Charo. Después de todos estos años juntos sin reproches, forjando vuestra relación a base de cariño y respeto. ¿Cómo lo harás tú Ramón?

—No te preocupes por mí, estaré bien. Además... seguiremos teniendo contacto por carta y por teléfono, podremos llamarnos alguna vez ¿no crees?

— ¡Claro que sí... así lo haremos! Gracias por todo Ramón, no sé qué hubiera sido de mí sin vosotros. ¡Mi agradecimiento es inmenso... ya lo sabes!

—Lo sé Margarita, lo sé. Gracias a ti por todos estos años de dedicación absoluta al mundo del espectáculo, que no es más que tu mundo. Estás aquí para hacerlo crecer, no lo olvides, que nadie te haga de menos. No eres una más, eres una grande. Aunque trabajemos en pequeños teatros, eres una de las grandes Vedette de nuestro tiempo. Vales mucho y hazlo constar siempre que te enfrentes a algún contrato. ¡Recuérdalo bien!

Los siguientes días que pasé al lado de Ramón, fueron una continua despedida. Consejos, ayuda y cariño, todos... fueron pocos. Nos parecían siempre pocos después de todos aquellos años.

El día anterior a mi partida fui a visitar a mi amiga a su última morada. Quería pasar con ella mis últimas horas en México, y eso, era lo mejor que podía hacer. En verdad, era lo que menos quería hacer, dejarla allí. Aunque sabía que era inevitable, seguía sin llegar a aceptarlo, seguía sin poder admitir que iba a dejar a mi amiga allí, mientras yo partía de nuevo a mi lugar de origen, sin ella.

—Mi amada Charo. No sabes cómo te echo de menos, amiga. Como echo de menos nuestras "charletas" hasta las tantas de la madrugada. Tus consejos... y tus broncas, porque no decirlo. Sin ellas no estaría donde estoy hoy. Tus ánimos constantes, la fuerza de tus palabras y tú mirada siempre atenta, no solo en mi trabajo. Y tu amor, mi querida Charo, tu inmenso amor, eso es lo que más voy a echar de menos. Has sido la luz que me alumbró en mi camino, con ese corazón de oro que siempre me sostuvo. "No te lo pienses" me decías, "Es tu oportunidad, si fuera yo, no me lo pensaría. No te arrepentirás". Y no... nunca me arrepentí, todo lo contrario. ¡Te estoy tan agradecida, por la cantidad de días en los que me refugie en ti para que disiparas mis dudas y mis miedos! Nunca me arrepentiré Charo, nunca. ¿Te acuerdas cuándo hablábamos de ese precioso jardín, cuándo buscábamos un lugar real o imaginario dónde sentirnos bien... dónde no hubiera ataduras de ningún tipo y permanecer ahí todo el tiempo que quisiéramos? Ahora, sé que estás en "tu jardín", ese sitio especial donde te mueves a tu antojo. Sé que estás haciendo todo aquello que te hace feliz, allí no te invade la tristeza. ¡Recuerdo lo felices que éramos sintiendo aquello! La vida nos pone en el camino personas que son como Maestros o como Alumnos, a veces somos unos y a veces los otros. Tú has sido siempre mi Maestra. ¡Gracias Charo por confiar en mí! ¡Gracias por haber formado parte de mi vida! Siempre te llevaré en mi corazón. Jamás te olvidaré.

Y dejé allí a mi amiga, donde nunca más volvería. Y parte de mi corazón

se quedó con ella en México, para el resto de mi vida.

Partí de mi México lindo y querido dejando toda una vida de aprendizaje y de amor profundo. A mis mejores amigos a los que nunca olvidaré y que siempre me acompañaran, vaya donde vaya.

Mi viaje de vuelta a España, no tuvo nada que ver con el de ida. La vuelta en avión era un nuevo descubrimiento y aunque habíamos volado en alguna de nuestras giras por América, eran viajes cortos en unos pequeños cacharros llamados avionetas. Aquel inmenso aparato volador era cuatro veces más grande, y aunque no había vuelo directo y tuvimos que hacer varias escalas, no eran lo mismo tres días por aire que treinta de viaje por mar.

Ésta fue mi ruta de regreso: México - la Habana - Rio de Janeiro - Buenos Aires - Madrid.

En el momento en el que puse de nuevo el pie en mi tierra, sentí un escalofrío que me recorrió todo el cuerpo. ¡Volvía a casa! ¿Volvía a casa? ¿Realmente esa era mi casa? Volvía a mi país, sí... ¿pero a casa? No me quedaba nada allí. Indudablemente lo que volvía era a empezar de nuevo, como lo hice diecisiete años atrás, en lo que sí consideré siempre la que fue mi casa... ¡Mi México Querido!

Volver a empezar no iba a ser fácil, y lo sabía. Para mí todo era nuevo. Había dejado un país que iba a entrar en la guerra más cruenta y estúpida de su historia, y me encontré otro en plena construcción y aunque sin libertades, la gente parecía feliz y vivía tranquila.

Allí estaba en 1953, en aquel incipiente Aeropuerto de Barajas... mi contacto. Mi único contacto con España en los últimos diecisiete años, Ricardo.

Enseguida me reconoció. Ramón le había enviado fotos mías, pero a mí

no me había dicho que era un hombre tan atractivo. La verdad es que Ramón no me había hablado mucho de él. Tan solo que se llamaba Ricardo y que estaba muy bien posicionado, que no tendría ningún problema a su lado.

—Buenos días señorita León. Ricardo Álvarez de Mendizábal para servirla —me dijo con una reverencia como si fuera una princesa—. ¿Ha tenido un buen viaje?

—Buenos días señor Mendizábal, gusto en conocerle. Sí, algo cansado. Estos aparatos son muy rápidos, pero el espacio dentro de ellos es muy poco y no es muy fácil descansar. Gracias por recibirme y por todos los encargos de los que Ramón de Cruz le ha responsabilizado.

— ¡Oh! no se preocupe señorita León, Ramón y yo somos viejos amigos y ha sido un encargo fácil de hacer y por lo que veo, muy bello. Pero por favor, llámeme Ricardo. Dejemos las formalidades para otros. Ricardo por favor, Ricardo a secas.

—Muy amable, Ricardo a secas —sonreímos los dos por el singular apellido—. Entonces, también yo soy Marga... a secas ¿le parece?

Durante el camino, conversamos animosamente, como si ya hubiera una complicidad entre nosotros que no sabíamos de donde había salido. Ricardo era un hombre alto, como de 1,80 de estatura, bien parecido. Con unos ojos de un curioso color entre verde y miel que desprendían una luz cautivadora. Con una mirada muy especial en ellos. Y muy... pero que muy atractivo.

La primera sensación que tuve es que era una buena persona, y eso me tranquilizó. Muy bien vestido con un traje de paño inglés de corte clásico, muy bien ejecutado por un sastre experto. Realmente no era un traje barato. Ya entendía un poco de eso. Me pareció que era un hombre de un estatus alto.

Cuando llegamos al coche lo confirmé. No todo el mundo podía costear

un auto como aquel en esos días, en España. Un Ford Mustang nos esperaba en la puerta a la salida del aeropuerto. No era fácil de obtener uno de esos. Había visto algunos en mi estancia en Estados Unidos y en México, pero encontrarlo aquí me sorprendió bastante. Por eso el señor Mendizábal, ahora Ricardo... no era un cualquiera en la España de los recién estrenados cincuenta.

Capítulo 9

Ricardo Álvarez de Mendizábal, Conde de Rivablanca, hizo todo lo posible por conseguirme un contrato. Sus contactos y mi trayectoria internacional hicieron que en menos de un mes estuviera trabajando en una compañía de variedades, que recién estrenaba espectáculo en la Gran Vía madrileña. La casa, fue otra de sus "habilidades". La había heredado de su abuela. Un piso en el barrio de Chamberí que me ofreció mientras no encontrara algo apropiado para mí. La casa era antigua pero cómoda, tenía todos los servicios y ascensor. Cuatro amplias habitaciones y dos cuartos de baño completos, un amplio salón bien equipado, una estupenda cocina con entrada para el servicio y una habitación con baño contigua a la cocina, habilitada para ello.

Me instalé enseguida y preparé la casa con todas las cosas que me iban

llegando de México. Tenía algunos recuerdos acumulados de mis diecisiete años allí, vestidos, calzado... algunos pequeños muebles y adquisiciones, que hice traer porque eran muy importantes para mí. Todos aquellos baúles iban llegando por mar, y no llegaron todos juntos, así es que si no estaba en el teatro, estaba rehaciendo mi nueva vida, en mi nueva casa. Todavía no sabía por cuanto tiempo. El caso es que aquella casa que estaba un tanto abandonada, fue tomando un aire de vivienda perfectamente habitable, con el toque mejicano de Marga León.

Recién estrenada la obra, Ricardo vino a visitarme. Era un hombre divertido y con un gran sentido del humor. Eso era lo que me resultaba más agradable de él. Necesitaba alguien con quien compartir no solo experiencias ingratas, también lo más divertido de la vida.

— Así es que... Conde de Rivablanca. Eso no me lo dijiste el primer día cuando nos conocimos en el aeropuerto —comenté en nuestra conversación compartiendo una copa de vino.

—Bueno Marga, no me pareció oportuno en aquellos momentos presentarme como ¡Conde de Rivablanca! No quería parecer pretencioso. Además, qué más da quien sea, soy Ricardo, un amigo, y eso es lo único importante.

—Pues sí Ricardo, tu discreción es digna de agradecer. Me alegra que así sea. Me gustaría saber algo más de ti... —no me dejó terminar.

— Cómo desee la señorita León... ¿Qué quieres saber? —continuó—. El condado de Rivablanca me ha llegado por parte de mi abuela italiana, una rama del Gran Ducado de la Toscana de principios del siglo XIX, soy el único descendiente varón de la familia. Hijo nacido fuera del matrimonio. Pero mi abuela, al no tener herederos directos, me concedió el ducado y la poca herencia que le quedaba, saliendo de Italia a principios del siglo XX. La

Primera Guerra Mundial desplazó a mi abuela y a su familia. Eligieron España para vivir porque era neutral y pensaron que aquí estarían mejor que en el resto de Europa. El rey Alfonso XII, los acogió con los privilegios que traían de Italia, además de ser familiares directos. Mi padre nunca quiso dejar a su amante y le relegaron al ostracismo. Pero al no obtener un heredero para el ducado, mi abuela decidió otorgármelo a mí. ¡Sólo es un título Marga, nada más que un título! En estos momentos en este país, todo lo que he conseguido ha sido con mis negocios... Es bien cierto que mis contactos me han llevado a ello y así disponer de una pequeña fortuna, pero no es el condado la que me la aporta. Ya sabes lo que eso supone. Esta casa la compró mi abuela cuando llegó a Madrid, no había nada construido a su alrededor, todo era un solar y Chamberí comenzaba a crearse muy despacio. Y mira ahora... en esta España y en este Madrid en continuo crecimiento y expansión, todo está por construir todavía. ¿Se ha quedado más tranquila la señorita León?

— ¡Caray Ricardo!, toda una historia la tuya. Claro... muchas gracias por tu confianza.

Ricardo me dejó con la boca abierta al contarme la historia de su familia.

— ¿Deseas saber algo más?

—Creo que... a partir de estos momentos nuestra amistad está más clara, y el grado de confianza también, ¿no crees? Todo lo que tú me quieras contar cuando me lo quieras contar —le tendí la mano como gesto de acuerdo y entendimiento. Él me la besó, con una mezcla de dulzura y pasión que estremeció todo mi cuerpo.

—Nuestra amistad —continuó con esa mezcla tan especialmente apasionada que tenía Ricardo al hablar—. Esto no quita de que pueda asomarme a tu corazón, si me lo permites. Me has impresionado mucho cuando te vi por primera vez, aunque tenía algunas fotografías tuyas que me había

enviado Ramón de la Cruz, en el momento que te vi, me di cuenta que no te hacían justicia. Ahora, que te estoy conociendo también como persona, me gustas más Marga. No quiero abrumarte con esto, pero démonos permiso para conocernos y si los dos estamos interesados poder ser algo... más que amigos. ¿Qué me contestas, nos damos permiso y tiempo señorita León?

—Muchas gracias Ricardo por tus amables palabras. Pero en estos momentos, no tengo ojos para nada más que mi trabajo, y volver a asentarme en este país. Vengo de uno con más libertades que éste, y no me está siendo fácil decidir si quedarme todavía. Pero como tú dices, démonos un tiempo y conozcámonos mejor. ¡Eso me gusta!, me gusta mucho que seamos sinceros el uno con el otro, y me gusta mucho más que hayamos empezado esta relación con una sólida amistad. Tengo el presentimiento que nos llevará por un buen camino.

—Que así sea Marga, ese también es mi deseo. Gracias.

El estreno de la revista "Trío de Ases" en el teatro Albeniz, fue todo un éxito de público y de crítica. Tuvimos que hacer bises de alguno de los números musicales por un público entregado y ávido de más y más música, en la que se había mezclado el género folclórico, con los más modernos ritmos de la música americana. Así fue la crítica en el periódico ABC de la mañana:

"Se han reunido en autentica conjunción, tres figuras del teatro en sus diversos géneros, el maestro Moreno Torroba, Antonio Paso (hijo) y Manuel Perelló, para someter a pública sanción "Trío de Ases", que anoche se estrenó en el teatro Albeniz en forma de revista, destacando la visualidad de los decorados y vestuario, efectos de luminotecnia y el gran dinamismo en el movimiento de los personajes. Con unos números fluidos y pegadizos de gran riqueza melódica, que abarcan desde el género más folclórico a los ritmos americanos más modernos, que lograron encendidas

ovaciones, teniendo que repetir los números en varias ocasiones, caldeando el éxito de la revista... Presentaron la belleza y el donaire de las Vedette y su conjunto coreográfico, destacando entre otras por su belleza, la señorita Marga León, que nos dejó con la boca abierta a todos los presentes derrochando gracia y espontaneidad, belleza y buen hacer. Toda una Dama de la Revista."

Mi carrera comenzaba a fluir en esa nueva España. Iba haciéndome un nombre y un hueco en el difícil mundo del espectáculo. Admiradores y nuevos amigos iban surgiendo a medida que iba creciendo mi popularidad. Y ahí estaba Ricardo, siempre a mi lado. Espantando "moscones" continuamente e introduciéndome en la más Alta Sociedad del momento. Grandes empresarios de todos los sectores de la industria del país, pasaban por mi camerino con grandes ramos de flores, agasajando a la nueva estrella que venía de las Américas con nuevos aires y nuevos ritmos, creando nuevas sensaciones en la España anticuada y represora de la actualidad. Ricardo era como Ramón, un amigo y un representante artístico. Comenzó esa función sin apenas decirnos nada. Surgió y yo no puse ningún impedimento al respecto; quien mejor que él para llevar todos mis asuntos. La confianza que nos teníamos me recordaba mucho a la que había entre Charo Ponce y Ramón de la Cruz, amigos inseparables, socios y amantes. Que no era mi caso... por el momento.

Ricardo y yo cada vez pasábamos más tiempo juntos, lo que hacía que el descuidara un poco a su familia. Ricardo acababa de enviudar cuando nos conocimos. Su esposa murió de un cáncer de mama, aún desconocido para la medicina de entonces, y aunque él puso varios médicos expertos a su disposición, no pudieron hacer nada por ella. Tenía dos hijos varones de corta edad que cuidaban las nanis del servicio, y los veía poco. Algo que yo le recriminaba constantemente. Cuando lo hacía, él tomaba conciencia y pasaba más tiempo con ellos. Vivían en un palacete en el barrio de Salamanca donde

no faltaba de nada, tan solo un padre inmerso en sus negocios.

— ¡Tienes que pasar más tiempo con ellos Ricardo, son muy pequeños todavía, y no tienen a su madre! —le decía en muchas de nuestras conversaciones.

—Sí... lo sé Marga, lo sé. Y lo hago a medida que me voy dando cuenta que no todo son los negocios.

—Y yo... si no son los negocios, soy yo Ricardo. Es muy lógico que pasemos tiempo juntos, somos socios además de amigos, pero nuestra relación es eso. Negocios.

—Tu sabes que no Marga, no todo son negocios. Sabes que estoy perdidamente enamorado de ti, y creo que paso más tiempo a tu lado esperando ese clic, que me diga en un momento que compartes ese sentimiento conmigo. Que un día me digas que me amas. ¡A ver si no voy a estar presente cuando lo sientas! —me decía con ese característico tono humorístico suyo.

— ¡Mira que eres guasón Ricardo! ¡Hasta a las cosas más serias le das ese toque cómico!

— ¡O sea... que consideras que esto es serio! Bueno, bueno, entonces vamos por buen camino Marga... ¡vamos por buen camino!

—Ésta es una de las cosas que más me gusta de ti, tú sentido del humor. ¡Me encanta la gente con sentido del humor!, pero...

—Pero...

—Tú me gustas por encima de toda esa gente Ricardo. Eres muy especial para mí y eso lo sabes. Si no... no estaríamos juntos —no me dejó continuar.

— ¡Ah, pero estamos juntos!

— ¿Otra vez con la guasa? —le respondí entre molesta y con una sonrisa.

—Dime Marga —aquí ya se puso más serio— ¿crees que podemos tener algo tú y yo?

—Ya lo tenemos Ricardo, somos amigos, ¿no?

— ¡Algo... más! —me susurro despacio acercándose a mí.

—¡... Ummm!, yo creo que sí —le dije parándole un poco mientras se acercaba—, pero... no me presiones Ricardo, déjame ir poco a poco. Tú eres lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo y no sé qué hubiera sido de mí, aquí, sin tu ayuda y tu cariño. Eres un hombre muy atractivo. Tú lo sabes. Y... también sé, que hay muchas mujeres que se mueren por tus huesos. ¡Claro que me gustas Ricardo! —dije al final—. Solo necesito un poco más de tiempo. ¿Podrás darme un poco más de tiempo? —noté como sus labios se acercaban a los míos y sentí su calidez y su dulzura que me impregnó por entero.

— ¡Ahora sí! —susurro después de aquel dulce y sensual beso al que correspondí— Ahora sí Marga, entiendo que esperaré hasta que tú me lo pidas.

Ricardo era todo lo que una mujer puede desear. Y él, estaba ahí para mí. Él era el regalo que la vida me estaba ofreciendo en mi vuelta a casa. ¿Cómo podía una chica como yo, de orígenes tan humildes aspirar a un amor como el de Ricardo? Nunca me lo planteé hasta ese momento.

Mi vida había cambiado de la noche a la mañana aquel 2 de febrero de 1936. Todo mi mundo conocido desapareció de repente aquella noche. Hubo que adaptarse a las nuevas circunstancias que la vida ofrecía. Ahora, la vida me estaba ofreciendo algo distinto... nuevo... y no podía decir que no. Él era muy especial en todos los sentidos, amarle no iba a ser difícil, lo difícil era

saber cómo encajar en las altas esferas, una chica como yo.

Mi trabajo en el teatro, las visitas de Ricardo... Las visitas de Ricardo y mi trabajo en el teatro... esa era mi vida. No quería nada más. Me invitaban a fiestas, cócteles y reuniones, pero las declinaba todas. Una vida que nadie se creería para una Cupletista y Vedette de Revista en los 50. Sabía que más tarde o más temprano, el pasado aparecería de repente y todavía no estaba preparada para afrontarlo de una manera sana y natural. En una de nuestras conversaciones nocturnas, Ricardo me preguntó sobre mi pasado y que había ocurrido en él. Porqué había dejado el país...

—Nunca he querido preguntarte por tu pasado Marga, como sabes... siempre he esperado que tu confianza en mí se asiente por si sola. Ni siquiera he querido provocarlo, ¡y hemos tenido más de una ocasión! ¿Porque no quieres acudir a ninguna de las fiestas y reuniones a las que nos invitan?, son unas cuantas. ¿Sabes que en alguna he oído, que se te llama la monja Vedette? Qué pasa Marga... ¿No crees que después de todo el tiempo que nos conocemos deberías sincerarte conmigo?

—Sí, tienes razón Ricardo. Creo que no te mereces que te oculte algo tan importante en mi vida —un asomo de dolor y sentimiento profundo de amistad hacia él me invadió en ese momento. Comencé a sincerarme con él.

—El 2 de febrero de 1936, di a luz un bebé que me fue arrebatado nada más nacer con la excusa de que estaba muerto —empecé la historia por el final por que no sabía por dónde empezar—. Yo no estoy segura de ello, porque a pesar de la impresionante tormenta de rayos y truenos de aquella noche, en mi aturdimiento, tuve la sensación de oírle llorar. Pero no estoy segura... —Ricardo se sentó a mi lado y sencillamente me abrazó a la vez que me proporcionaba un pañuelo para mis lágrimas.

Relaté mi historia desde ese comienzo hasta mí llegada a Madrid

muchos años atrás. Entre llantos y detalles se nos hizo de madrugada. Con su brazo sobre mi hombro, y mi cabeza inclinada sobre el suyo debí, quedarme dormida unos instantes en los que mi llanto cesó. Me desperté bruscamente llamando a mi bebé.

— ¡Lo siento Ricardo, debí quedarme dormida! ¿Qué hora es? —pregunté mirando el reloj de mesa que estaba encima de uno de los muebles del salón—. Y tú... ¡aquí a estas horas! ¡Oh Ricardo, siento haberte entretenido con mis asuntos personales! Tendrías que haberte ido.

— ¡Y dejarte sola en éste estado! ¡Ni hablar!, sabes que no lo haría. Pero creo que deberías acostarte y descansar un poco. Yo me quedaré aquí un rato por si necesitas algo.

—Sí, estoy un poco aturdida y me duele la cabeza —balbuceé mientras caminaba hacia mi habitación. Me di la vuelta y dije—. Quédate Ricardo. No te vayas. Quédate conmigo. ¡No quiero estar sola esta noche!

Así comenzó mi relación con Ricardo Álvarez de Mendizábal, Conde de Rivablanca. Una relación que duró más de veinte años. Charo tenía razón. "Rodéate de buenas personas que sumen a tu vida y huye de aquellas que quieran lo contrario". Ricardo siempre sumo a mi vida.

Capítulo 10

Veía a Margarita muy cansada en ese momento, apenas podía mantener los ojos abiertos a pesar de seguir contando su historia. Ya eran más de las tres de la madrugada.

—Disculpe Margarita, pero... ¡la veo agotada! Creo que debería descansar.

—Sí Julia, tienes razón, es hora de irse a casa. —hizo el amago por levantarse del sillón en el que estaba sentada.

— ¡Ah no, no, no! Usted no se mueve de aquí.

—Pero tengo que irme a casa, podremos quedar y continuamos otro día, ¡se lo prometo!

—No Margarita, es muy tarde para que usted se vaya ahora a su casa, aunque Jorge podría llevarla, quédese hoy aquí. No tenemos problemas de

espacio y hay una habitación de huéspedes en la que puede instalarse con comodidad, y mañana... veremos cómo lo hacemos. ¡Ah! y no me diga que no, porque insistiré y le aseguro que puedo ser muy insistente.

—Bueno Julia, ¡a buenas horas me dices eso!, lo he comprobado en todo este tiempo que llevamos juntas. Sé que eres muy insistente —dijo sonriendo, asintiendo. Asumiendo que no tendría más remedio que quedarse—. Está bien, porque realmente me siento muy cansada, ¡que si no! ¡no sabes lo insistente que puedo ser yo también!

—Me alegro que sea sensata Margarita, y gracias por querer quedarse. Me alegra mucho que confíe en mí. Creo que este encuentro tendrá un antes y un después en nuestra vida. Presiento que algo... algo nos está esperando a las dos —le decía mientras la acompañaba a la habitación.

—No sé Julia. ¿Tú crees? éste encuentro nuestro ya es una rareza, por lo menos a mí me lo parece. Como te he dicho anteriormente, dos personas que no se conocen de nada y entablan esta confianza... ¿no crees que ya en sí, sea muy curioso?

— ¡Bueno... usted lo tuvo con Charo Ponce y no me ha contado que le pareciera raro!

— La verdad es que en cierto modo tienes razón. Charo apareció de repente, cómo tú, y ella me llevó consigo sin preguntarme nada, cómo tú. ¡No lo había pensado Julia!, la verdad es que no lo había pensado hasta ahora. Gracias, gracias por todo, estáis siendo tan amables conmigo.

— Vamos. Vamos a descansar Margarita, que mañana será otro día y seguiremos hablando. Buenas noches.

Dejé a Margarita instalada en la habitación de huéspedes. También me fui a descansar con Jorge, que había permanecido atento y pendiente al

margen de nuestra conversación, como si supiera que algo ocurría entre nosotras.

— ¿Qué está pasando Julia? Esa extraña mujer parece que te está cautivando. Parece como si estuviera envuelta en un halo de misterio y de tristeza que...

—No lo sé Jorge, no lo sé. Su historia es fascinante y a medida que voy conociendo más de ella, más me fascina. Llevo dándole vueltas desde el principio de cómo poder escribir su historia. Quiero saber más... quiero saberlo todo. No sé. ¡De verdad... no sé qué me pasa! A medida que me va contando, quiero saber más.

—Sí, ya te he oído, pero es como si todavía tuviera mucho que decir, como si hubiera secretos que ni ella misma conoce. Bueno... llámame loco, pero es la sensación que tengo.

—Eso mismo pienso yo. Ha sido un día agotador Jorge, descansemos un poco y ya veremos cómo lo enfocamos mañana.

—Buenas noches cariño —abrazados, con un beso, nos dormimos al instante.

La mañana nos encontró con Margarita en la cocina. Afortunadamente era domingo y estábamos tranquilos.

—Buenos días Julia, me he permitido hurgar en sus cosas. Acabo de hacer café y unas tostadas, ¿os parece bien?

—Buenos días Margarita. ¡Caray! por qué se ha molestado, usted es una invitada. La verdad, es que nos hemos dormido más de lo que pensábamos. Muchas gracias Margarita, ¡vamos a desayunar entonces!

La conversación durante el desayuno fue tan ligera como es estado de la cama y el buen dormir de la noche anterior y cosas así.

— ¿Cómo se encuentra esta mañana? ¿Quiere hacer algo en especial? ir a algún sitio o comer algo distinto, no sé... ¡dígame y lo haremos! Hoy Petra, la mujer que trabaja en casa, tiene su día libre y no tenemos su ayuda, pero podemos cocinar cualquier cosa o salir a comer fuera, si lo desea.

—No, nada Julia, nada en especial. Claro que... debería regresar a casa y cambiarme de ropa pero, no creo que lo que queda de mi historia nos lleve todo el día de hoy, así es que, si quieres podemos continuar donde lo dejamos ayer.

—Bueno Margarita, estoy deseando continuar, ¡me tiene fascinada! Como le he dicho, según usted me la va contando, yo voy visualizando cómo plasmar su vida en una novela. Siempre y cuando a usted no le importe, ¡claro! ¡Cada vez estoy más interesada en ello! Además, creo que usted es una bendición que acaba de llegar a mi vida.

— ¡Pero que dice Julia! ¿Una bendición yo?

—Sí Margarita, por alguna razón del destino, nos conocemos y estamos viviendo estos momentos juntas. Siempre he pensado que los encuentros fortuitos, nunca lo son. Siempre hay una causa que debemos desvelar, creo que nada es por casualidad. Siempre hay... algo que lo causa. Mire usted cuando encontró a Charo, ¿en algún momento se le ocurrió que alguien pudiera echarle una mano en las condiciones en las que estaba aquella noche? La vida nos pone personas y situaciones en el camino para aprender a decidir sobre nuestra vida y lo que iba a ser una gran desgracia, se convierte en una bendición. Como en la suya... Charo se convirtió en una bendición. ¿Lo entiende ahora?

—Sí, entiendo lo que quiere decir Julia. Yo también creo que, algo hay

que desconocemos cuando alguien pasa por nuestras vidas, a veces tan sólo unos minutos y nos deja una profunda huella, otras toda una vida y no sentimos nada hacia ellas, ¿no crees?

—Sí, así es, yo también lo creo. Y... ya que nos hemos sincerado lo suficiente, no cree que debería llamarme de tú. Por qué no dejamos las formalidades del usted, ¿le parece?

—Pues sí Julia. Eso es para mí también. Tú también tienes que tutearme.

—De acuerdo entonces Margarita. ¡Tú ganas! —con una inmensa sonrisa nos cogimos las manos y nos acercamos un poco más.

Después del desayuno, sentadas cómodamente en el sillón del salón, Margarita continuó su relato.

— ¿Dónde lo dejamos Julia?

—Sí... me hablabas de Ricardo y cómo surgió tu relación con él aquella noche en la que le contaste lo que había sido tu pasado.

— ¡Ah sí, Ricardo! Él... él fue mi amigo, mi confidente y mi amor. Aunque tengo que confesarte que no estaba enamorada de él al principio. Era un buen amigo y le quería muchísimo, pero me fui enamorando de a poquitos... como dicen en México. Pausadamente. Realmente, creo que así deberían ser las cosas, poco a poco, sin atropellos. Aunque no siempre se nos presentan de la misma manera.

Ricardo lo fue todo para mí. Era abogado. Llevaba mis asuntos legales, y hacía las veces de representante. No me preocupé de buscar a alguien específico para el mundo artístico. Conocía a la perfección cualquier proyecto que estaba en marcha en la ciudad y lo llevaba a cabo si me convenía, si no, no se hacía. Me informaba de lo que había y lo que se pagaba, si a mí me interesaba la obra y lo considerábamos entre los dos, concluíamos el contrato,

si no era así, esperábamos a la siguiente. Era un buen momento, la mejor época para la Revista en España y no faltaba el trabajo, algunas veces tenía que salir de gira con la compañía algunos meses, y si él podía, me acompañaba, yendo y viniendo a Madrid para hacerse cargo de sus asuntos y de sus hijos. Confiaba totalmente en él.

Un día decidió que viviríamos juntos el mayor tiempo posible y empezó a traer sus cosas a casa. Al principio pocas, sobre todo mientras sus hijos eran pequeños. Después la cosa cambió. Otro día llegó con unos papeles de notario en los que me hacía dueña de la casa. De su casa, en la que vivíamos, la que heredó de su abuela ¿Recuerdas? —asentí con la cabeza y ella continuó—. Me dejó el usufructo mientras viviera. No podía dejarme la propiedad porque era una herencia que pertenecía a sus hijos. Yo no le puse ninguna pega, era su casa, que más podía pedir. Me había instalado allí desde que llegué de México y estaba tan a gusto que no me preocupe de buscar nada más.

Una tarde llegó con una invitación para una fiesta a la que no podíamos faltar. No solo estaban los grandes nombres de la escena española en esos momentos, si no algunos políticos de renombre y los grandes empresarios de la España que surgía y se construía a pesar de todo.

—No podemos rechazar esta invitación Marga. Ya sé que no te gusta nada salir e ir a fiestas, pero ya llevas tiempo en el país y además de ser vista en el escenario, también te tienen que conocer en distancias cortas. Es más, me han insistido mucho los empresarios artísticos que estuvieras en esa fiesta, creo que va a ser una gran oportunidad para tu carrera.

—Esta bien Ricardo, a lo mejor es que ya es la hora de salir de mi escondite. Como tú me dices en algunas ocasiones. Dejar de ser la “monja Vedette” como me llaman algunos.

—Me alegro que por fin pienses así. ¡Tienes que estar deslumbrante ese

día, así es que ponte tus mejores galas y hazte un vestido nuevo, de modo que nadie pueda dejar de mirarte ni un solo momento en esa fiesta! ¿Me entiendes?

—Te entiendo. Así lo haré, ¡y creo que ya sé dónde tengo que acudir para ello!

Cristóbal Balenciaga, ese era mi nombre, y mi hombre... ¡Se parecía tanto a mí! No le gustaban nada las multitudes ni la vida mundana. Tomé una cita con su taller en París y allí me fui a por el diseño que me llevara a las cotas más altas de la sociedad española. Quise algo que no se atreviera a llevar nadie hasta el momento. Y él supo qué y cómo lo quería. En un par de semanas el vestido estaba en mi casa.

—Pero Margarita... ¡eso debió de costarte muchísimo dinero!

—Sí, mucho, pero nunca me arrepentí de haberlo hecho. Creo que fue una de las mejores decisiones que tomé en mi vida.

El día de la fiesta, cuando Ricardo me vio salir del cuarto vestida con aquel traje... ¡Madre mía! Tuve que acercarme a él después de unos minutos de observación de pasmo, a cerrarle la boca. Él no lo podía hacer por el asombro que le causó.

— ¡Estás...! ¡Estás...! ¡Estás sencillamente deslumbrante Marga León! Vas a ser la mujer más admirada de esa fiesta sin lugar a dudas ¡Querida... estás impresionante!

Llevaba el pelo recogido en un moño alto al estilo de la época, con bucles que lo dibujaban en su contorno superior y un pequeño flequillo que caía por mi frente sin llegar a cubrirla ni a la mitad, corto y pequeño. Un maquillaje potente, pero con la suavidad de la vida de diario de una mujer de entonces. Los labios en un rosado más pálido de lo habitual. Había descartado completamente el rojo que imperaba en las mujeres de los cincuenta, algo que

hice desde el primer momento. No era muy común ese tipo de maquillaje, y era algo que yo quería destacar desde el principio. Tan natural, tan distinto a la moda de aquellos años. Y el vestido... ¡Aquel vestido!

El vestido era de color blanco de corte liso japonés, casi como un kimono en su totalidad, que se iba estrechando a medida que bajaba hacia los pies. Ese corte asiático que tanto le gustaba a Balenciaga. Con mucha caída y una pequeña cola que arrastraba finamente cuando caminaba. Dibujaba mi cuerpo desde el cuello con todos sus contornos, como si de un guante se tratase. La manga japonesa caía a los lados de mi espalda y pasaba de las caderas. Un escote casi a la caja por la parte delantera, que continuaba por la espalda hasta el punto donde ésta pierde su nombre, estaba rematado con un cuello de esmoquin que dibujaba la espalda y que sobresalía de él, cubierto de pequeñas piedras de varios tamaños a modo de brillantes que cubrían el cuello por entero, y hacían de él, un vestido que no pasara desapercibido para ninguno de los dos sexos. Unos por atrevida —"Cómo se atreve a ponerse eso..." y otros, "Nadie como ella para lucir algo así"—, se podía oír en algún comentario. Y todo esto... sin ropa interior, para que nada se marcara con aquella tela que dejaba entrever lo que no había debajo. El cuello de brillantes era mi único adorno. No se necesitaba nada más que la sencillez para impresionar a todos los que estaban allí. Bueno, eso... y unos preciosos y sencillos pendientes de diamantes que colgaban un par de centímetros, que acababa de regalarme Ricardo por mi cumpleaños que había sido hacia unos pocos días antes. Nadie en aquel tiempo se atrevería a vestir de blanco, a no ser que fueras la novia de la boda.

Nunca imaginé la reacción de todo el mundo al ver entrar a Marga León en aquella fiesta de brazo de Ricardo Álvarez de Mendizábal, Conde de Rivablanca. Había escuchado varios comentarios a las tiples de mi romance con el Conde, pero no se atrevieron a confirmarlo hasta el momento en que

aparecimos en la fiesta juntos. Nadie nos había visto juntos anteriormente, sólo eran especulaciones de la prensa que estaba en auge, y que luego se llamó "Prensa Rosa". Los flashes de los fotógrafos se hacían eco de nuestra entrada que apareció en los periódicos al día siguiente, junto con el comentario común de mi descocado vestido, que gracias a la censura de entonces, no pudo ser publicado por obsceno en su parte trasera.

Aunque había varias salas, las fuimos recorriendo todas con el fin de saludar a todo el mundo y pasear palmito y modelo. En verdad, era lo que buscaba realmente.

— ¡Ahora me vais a conocer de verdad, vais a saber quién es Marga León! —me decía a mí misma.

A medida que iba saludando autoridades, compañeros de profesión, escritores, periodistas, empresarios... todos sin distinción, alababan mi estilo y buen gusto. También, algunas miradas inquisidoras de mis compañeras de teatro o damas recatadas que jamás se hubieran puesto algo así, ni en la intimidad de sus casas. A todas aquellas personas que se encontraban en la fiesta, a todas saludamos. Cómo dijo Ricardo al salir de casa —"Que no haya nadie que no se fije en ti en el día de hoy"—. Pues así fue. Era imposible pasar desapercibida. Pero al fin y al cabo, como te dije, era lo que buscaba. Y lo conseguí. Hasta que...

— ¿Qué pasó Margarita? ¡Me tiene en ascuas! —fue mi reacción al comentario inesperado de Margarita.

Un empresario de teatro muy amigo de Ricardo, Carlos Montes —continuó—, quiso presentarme a alguien que tenía muchas ganas de conocerme, pero que no me había visto todavía en el teatro. Ni tampoco entrar en la sala, lo deduje de la reacción que tuvo cuando me vio.

— ¡Querida Marga León! —se oía la voz de Carlos unos pasos detrás de mí—. Quiero presentarte a la señora Edelmira Maroto, señora de Cifuentes —iba presentándome a medida que yo me daba la vuelta, pues le estaba dando la espalda—. Un frío repentino estremeció todo mi cuerpo al oír aquel nombre.

—Señora Cifuentes ¿Cómo está usted? —dije dándome la vuelta con una sonrisa, disimulando haber oído aquel nombre y ofreciéndole mi mano.

— ¡Marga...! ¡Marga... rita! —dejo salir por su boca sin apenas resuello mi querida Edelmira Maroto.

—Sí, señora Cifuentes, ella es —asintió Carlos Montes, sin dejarle continuar.

— Marga... León Sí, la actriz y Vedette internacional Marga León —repuso Edelmira fuertemente impresionada de quien se había encontrado allí, sin salir de su asombro, pero sin que se notase su nerviosismo ante aquella sorpresa—. Lo siento señorita León, pero todavía no he podido ir a admirar su trabajo al teatro. Me han hablado mucho de usted y de su buen hacer. Créame que siento no haber podido ir antes.

La reacción de Edelmira la conocía muy bien. Cinco años en su casa habían dado mucho de sí en aquel tiempo convulso en el que vivimos juntas. Aquella reacción era la del aquel volcán que explotó el día que se enteró de que su hijo, al volver de Suiza, no había hecho aquello por lo que se habían esforzado tanto sus padres entonces. La que disimulaba ahora, era la misma que me echó de su casa recién parida. Esa... esa era Edelmira Maroto.

Ricardo, que estaba a mi lado, vio como mi reacción no fue la misma que para los otros invitados a los que iba conociendo y saludando. Ofreciéndome un cigarrillo me comentó:

— ¿Qué pasa Marga? te has puesto un poco tensa al saludar a la señora Cifuentes.

— ¿Se ha notado mucho? —pregunté sin dejar de sonreír.

—Bueno... conociéndote como te conozco, sé que no ha sido de tu agrado ese saludo.

—Te cuento en casa. Ahora... sigamos disfrutando de esta maravillosa fiesta.

La noche iba pasando. Entre saludos y presentaciones apenas hubo tiempo para más. Un par de copas de champan eran más que suficientes para mí, que no era muy partidaria del alcohol, sin embargo sí que me gustaba fumar. Eso hacía que unos me ofrecieran un cigarrillo, y otros cómo encenderlo.

En algún corrillo por los que íbamos pasando y donde nos parábamos algún minuto más, el comentario común era mi maravilloso vestido de Balenciaga y mi aspecto radiante y moderno de ésta bellísima mujer prácticamente desconocida para todos, menos para Edelmira Maroto, que me conocía a mí... y a mi pasado.

Sin duda fui la atracción de la fiesta, no hubo nadie que no hiciera un comentario sobre la hasta ahora desconocida Vedette y Actriz Mexicana que llenaba los teatros de Madrid. Al día siguiente en los periódicos sería la comidilla de la ciudad, estos fueron sus titulares:

"La Belleza de la Mexicana Vedette de Revista Marga León, deslumbró en la fiesta de ayer noche en el Palacio de Gaviria de Madrid"

No me importaba en absoluto que mi país me considerara mexicana, es más, ni siquiera iba a intentar desmentirlo. Los años que viví allí, me dejaron un pequeño acento que destacaba un poco en las distancias cortas, aunque lo disimulaba muy bien en el teatro y con Ricardo, que era el único que conocía la verdad. Ahora también Edelmira.

Capítulo 11

Al día siguiente y ante los titulares de la prensa, Ricardo me preguntó por el "incidente" con Edelmira Maroto en la fiesta. Le conté que fue ella la que me quitó a mi bebé y volví a recordar aquellos días con absoluta nitidez como si los acabara de vivir en aquel mismo momento. Me preguntó si quería vengarme de Edelmira por lo que me había hecho en el pasado, pero yo no tenía fuerzas para eso ahora. Tenía una nueva vida y un presente feliz a su lado. No quería volver a enfrentarme a aquella mujer que nunca fue buena persona.

—Tengo muchos contactos Marga, sabes que puedo conseguir casi cualquier cosa.

—Lo sé Ricardo, lo sé. La verdad, es que no quisiera volver a verla en mi vida, pero supongo que el pasado nos encuentra de nuevo por que algo más tiene que decirnos. No sé Ricardo, pero no me ha gustado nada volver a encontrarla.

—Sí, lo vi, ya me di cuenta de ello, pero a ella le ha gustado menos ¡te lo aseguro! su mirada no era precisamente de alguien a quien le gustaría conocer, aunque lo disimuló muy bien.

—Su encuentro después de estos meses en Madrid me ha hecho recordar y reflexionar. Me gustaría encontrarme con algunas de las personas con las que tuve una buena relación, saber cómo están, que ha sido de ellas. Quizá necesite que me ayudes a encontrarlas.

— ¡Pues claro, tú me dirás!

—Quiero visitar a Don Francisco Alcántara, el panadero amigo de mi madre. En estos días voy a acercarme a la panadería. Tomaré un taxi y veré si sigue allí. A él sí que me gustaría darle un abrazo, un fuerte abrazo.

Apenas podía sujetar las lágrimas en los ojos al acordarme de don Francisco, era inevitable que llegara el recuerdo de mi madre.

—Pero sí, si hay algo que puedes hacer por mí.

—Dime.

—Necesito encontrar a la tía Antonia, saber si sigue en casa de Edelmira. A ella sí que me gustaría volver a verla, ¡tengo tantas cosas que preguntarle! Necesito verla y aclarar esa parte de mi pasado, saber que pasó ese día. ¿Harías eso por mí?

—Eso, y lo que tú me pidas amor. Está hecho, preguntaré por ahí sin que nadie sospeche y ya te cuento.

—Gracias Ricardo. Necesito verla y saber que ocurrió.

Varios días después, Ricardo pudo traer nuevas noticias, había descubierto donde estaba la tía Antonia. No le había resultado fácil encontrarla, llevaba varios años fuera de la casa de Edelmira que había

cambiado de servicio varias veces.

—El único que sigue trabajando en casa de los Cifuentes es el chófer Fermín.

— ¡Sí, Fermín, le recuerdo! Entró un poco antes de regresar Luis de Suiza, fuimos a recogerle a la estación y Fermín era el chófer.

—Pues... él es el único que conoce el paradero de la señora Antonia. Por lo visto ha sido un secreto en la familia. Unos meses después de que tú dejarás la casa, enfermó y está recluida en un hospital en las afueras de Madrid. Estoy averiguando dónde y cómo se la puede visitar. Parece que es un hospital especial y no dejan entrar a cualquiera sin autorización. Me ha costado unas pesetas la información. El chófer no quería soltar prenda, parece que estaba bien aleccionado por los dueños o le han "cortado la lengua" con alguna triquiñuela. Eso es lo que he podido averiguar por el momento.

—Y cuando sabrás algo más, ¡quiero ver a la tía Antonia!

—Ésta tarde han quedado en darme esa información y conseguir una cita para entrar en el hospital con la mayor discreción. Tranquila Marga, todo está en marcha.

La espera no fue muy tranquila como pretendía Ricardo. Yo estaba echa un manojo de nervios y ni siquiera pude comer ese día, solo tenía en mente poder ver a la tía Antonia lo antes posible. La cita llegó pasadas las tres de la tarde. Podríamos verla mañana a las once, y tan solo cinco minutos.

El hospital del Santo Ángel estaba bastante retirado del centro de la ciudad. Era un edificio de cinco plantas construido en un barranco nada más terminar la guerra y concebido para enfermedades contagiosas y psiquiátricas. Tenía una apariencia siniestra, como sacado de una película de terror, daba miedo acercarse a él. No era un hospital privado y no parecía que tampoco

fuese muy cómodo para nadie. Los internos eran olvidados allí por sus familias para el resto de sus días. Yo me preguntaba, al saber todo esto, que le había ocurrido a la tía Antonia para acabar allí. Cuando llegamos, no dábamos crédito, todo lo que nos habían contado era cierto.

Pasamos por varios largos y lúgubres pasillos hasta llegar a la habitación de la tía Antonia. No podía creer lo que estaba viendo... Encontré a una mujer anciana, desecha, sentada en una silla de ruedas completamente abatida, los ojos perdidos y su boca babeando sin cesar. Estaba tan impresionada que apenas podía mirar a aquella mujer viva que conocí un tiempo atrás. Había perdido tanto peso que apenas la reconocí.

— ¡Tía Antonia! ¡Tía Antonia! —le hablaba, pero no reaccionaba—. ¡Soy Margarita tía Antonia, soy Margarita!

Sólo así, al decir mi nombre varias veces, pudo reaccionar y sus ojos se encontraron con los míos.

— ¡Soy Margarita tía, soy Margarita!

Llámame loca, pero ante todo aquel estupor que me produjo volver a verla, vi que esbozaba una leve sonrisa, o por lo menos así me lo pareció a mí. No pudo emitir ni un sólo sonido y nuestros cinco minutos habían llegado a su fin, no pudimos hacer nada más.

Salir de allí fue un alivio para mí, pero dejar a la tía Antonia en esas condiciones no mejoró mi salida del hospital. Habíamos dejado el coche retirado y antes de llegar tuve que pararme a vomitar. Nada... porque nada había comido, pero tenía el estómago tan revuelto que no pude soportarlo más, y solo quería vomitar. Fue tan deprimente, que mi cuerpo no soportó la visión de todo aquello. El deterioro de una persona fuerte y vital como era la mujer que yo dejé en aquella casa, no era ni la sombra de lo que acababa de encontrarme. Cuando pude sentirme mejor, volvimos a casa. Estuvimos varios

kilómetros sin poder decirnos nada el uno al otro, y aunque Ricardo no se había pronunciado todavía, sabía que estaba tan afectado como yo. Aun siendo la primera vez que veía a la tía Antonia.

— Tenemos que hacer algo Ricardo —pude decir cuando casi estábamos llegando a casa—. No puedo dejarla ahí... así. Eso es peor que una cárcel. Los medicamentos que le administran deben ser muy fuertes, si no, ella nunca estaría así. ¡Tenemos que hacer algo para sacarla de ahí, Ricardo! ¡Tenemos que hacer algo!

Ricardo solo asintió con la cabeza sin emitir ni un solo sonido, estaba tan impresionado como yo. Unos pocos días más tarde, pudo conseguir otra cita y cinco minutos más.

Regresamos a aquella "cueva de los horrores" un poco mejor preparados para lo que íbamos a ver, pero igualmente impresionados por lo que nos encontramos.

— ¡Tía Antonia, soy Margarita, me recuerda... soy Margarita! Margarita tía, Margarita.

Repetir mi nombre le había hecho reaccionar la vez anterior y yo se lo repetía constantemente.

— ¡Ma... ga... ita! —repitió con un hilo de voz.

—Sí. Margarita, tía, ¿me recuerda?

—Sí. Margarita, recuerdo, Margarita.

Ricardo había conseguido hablar con algún responsable médico para quitarle parte de la medicación que se le suministraba y ella pudo hablar conmigo, al fin. Sólo sin esa medicación, aparecían los recuerdos. Sólo sin ella, la mujer que yo conocía volvía a la vida.

—Mi pobre niña, mi muchacha. Margarita... sí... Margarita. No te acerques... a Edelmira, Margarita... —iba diciendo a media voz muy despacio—. Ella... es el mismo demonio... Sí, si lo es, te quitó... tu bebé. Te lo quitó... Se lo dio... te lo quitó. Sí, tu hija está viva Margarita. Se lo dio... tu hija está viva. Está viva... te lo quitó para dársela a... Tu hija Margarita... vive —se paró de repente y empezó a toser, tanto, que tuvo que venir un enfermero para poder calmarla. Y la tía no pudo continuar y desvelarme todo lo demás. Nuestra visita había terminado y no pudimos saber nada más. La tía Antonia conocía el secreto de dónde estaba mi hija... y yo no pude saberlo.

Yo no podía salir de mi asombro, acababa de conocer que el hijo que había tenido aquella noche de tormenta y al que creí muerto. No solo estaba vivo, sino que además era una niña y estaba viva. ¡Estaba viva!, pero... ¿Dónde?

—Seguiremos intentándolo Marga —iba tranquilizándome Ricardo de vuelta a casa— No vamos a parar ahora que sabemos esto. ¡La encontraremos cariño, la encontraremos!

Me había impactado tanto la noticia que no pude parar de llorar en todo el camino de vuelta. No podía creerlo, sólo mi sospecha en la confusión de la noche entre los gritos y los truenos. Pude intuir que aquel llanto fue cierto, que fue real. Al final, mi pequeña estaba viva en algún lugar que desconocía, pero viva.

Fueron días en los que me invadió la tristeza y la depresión que solo pudieron salvar las funciones en el teatro. Me negué a todo, a comer, a salir, a recibir a los admiradores, a todo. Incluso a mi pobre Ricardo al que aparté de mi lado y eché de mi cuarto por unos cuantos días.

— ¡No podemos seguir así Marga, esto no nos hace nada bien a ninguno de los dos! ¡No puedes continuar en esta situación, te supera!, y si sigue así,

también acabará con nuestra relación. ¡Reacciona de una vez Marga... reacciona por Dios! Este no es el fin, si no el principio. La encontraremos, pero juntos. Juntos podremos hacerlo.

Me abracé a él envuelta en un mar de lágrimas, sin consuelo. ¿Cómo no me había dado cuenta? ¿Cómo pude ser tan ingenua y dejar que esa mujer hiciese aquello con mi vida y la de mi hija? Me culpaba tanto, que era incapaz de ver nada más. Dios mío... ¡me sentía tan culpable! —me decía constantemente.

— ¡La abandoné Ricardo... abandoné a mi hija!

— No Marga. No cariño, no la abandonaste. No puedes abandonar aquello que sabes que no existe, piénsalo así. Ante la confusión, tú no viste nada, ni pudiste hacer nada. No la abandonaste... Te echaron de aquella casa y simplemente te fuiste, con tu dolor físico y con el alma rota. Eso fue lo que hiciste, y lo único que podías hacer en ese momento. No cariño, no la abandonaste... no la abandonaste.

Estaba tan rota, que sólo aquellas palabras de alguien que te ama pueden recomponer los pedazos. Ricardo fue mi más fiel confidente y compañero, antes incluso que amante. Sin él yo no hubiera podido salir de aquel pozo de incertidumbre, donde me había llevado aquella confesión de la tía Antonia.

Mis siguientes días fueron más tranquilos, aunque el doctor Menéndez me visitaba a diario por orden de Ricardo. Entre los dos habían conseguido animarme un poco y comer algo ligero que me hiciera recobrar las fuerzas necesarias para continuar con la vida como lo había hecho hasta ese momento. Eso sí, sabiendo que mi hija estaba viva y que iba a encontrarla aunque tuviera que ir hasta el centro de la tierra.

Capítulo 12

Las pesquisas de Ricardo en la búsqueda de mi hija no estaban dando el resultado como lo esperábamos. Había algo más, algo que desconocíamos, y se veía muy oscuro en lo que concernía a toda aquella historia. No iba a ser fácil desentrañar todo el misterio. Quería sacar a la tía Antonia de aquel lugar pero me resultaba casi imposible. Por el momento no podíamos volver a pedir otra cita para no levantar sospechas. Algo turbio había en todo aquello, pero todavía no sabíamos que era.

—Creo que a partir de aquí, tenemos que andarnos con pies de plomo —comentó Ricardo, que sabía lo que se hacía y conocía muy bien donde se metía—. Hay algo que desconocemos Marga y tenemos que ser cautos o todo se irá a la mierda. Quiero que tengas paciencia y que nadie sepa lo que estamos haciendo. Mantente al margen de cualquier cosa que te lleve a Edelmira Maroto y su entorno. Yo veré como puedo conseguir información. Me da que hay mucho pez gordo implicado en esto. Ya me ha costado bastante llegar a la tía Antonia. Así es que vamos a ir despacio.

Por un momento había visto la luz —continuó Margarita—, pero aquello acabó por derrumbarme. Ahora tendría que esperar a ver de lejos como se desarrollaban los acontecimientos. Iba a ser peor de lo que imaginaba en un principio. Yo solo quería encontrar a mi hija, una preciosa jovencita de diecisiete años en aquel momento.

Ricardo empezó por la familia Cifuentes y la ramificaciones familiares y empresariales que habían tenido y tenían por entonces. Se enteró de cómo había empezado ese "viejo zorro" de don Manuel, como todo el mundo le llamaba en aquel barrio de gente tan pobre, a los que solo les vendía el

despojo que no querían ni los perros, para poder él llevarse la buena matanza a otro mercado de un barrio que pudiera pagar un poco más. Y así, cada vez iba a barrios más caros, hasta hacerse con un puesto en el mercado de la Paz de donde saldría la gran fábrica que fundó a mediados de los cincuenta. Conocía perfectamente el negocio desde su inicio como matarife, y fue pasando por cada uno de los estados, que la profesión le pedía en cada momento. Lo que le hizo ser un experto desde la base hasta el producto final. Nadie le podía hacer sombra en aquel momento. Ofrecía embutidos diferentes a los tradicionales como el chorizo, la morcilla o la increíble para la época, sobrasada. Esto fue lo que le dio fama y poder en la industria cárnica emergente de la España de los cincuenta. Jamones y Embutidos Cifuentes. ¿Has oído hablar de ella Julia?

— ¡Claro Margarita!, su nombre y sus productos en el mercado ofrecen calidad, una empresa que ha ido creciendo como la espuma. Creo recordar que desde el final de la guerra civil. A mediados de los años cincuenta, fundó como dices su primera fábrica a nivel nacional haciéndose con todo el mercado de entonces de productos cárnicos. Ahora se llaman "Industrias Cárnicas Cifuentes". Pero creo que han tenido problemas hace unos años y tuvieron que diversificar la empresa por que su único heredero no quiso hacerse cargo. ¡Sí... ahora recuerdo... Luis Cifuentes! le conocí en un vuelo con destino Los Ángeles, California. Yo iba a una convención y él regresaba de enterrar a su padre. Me contó que dejó el país obligado por su madre y le juró que nunca volvería. Fue por 1975, creo recordar. ¡Caray Margarita, que curiosa es la vida!, nunca imaginé que aquella conversación en un vuelo daría para tanto en este momento. Cómo la vida nos pone situaciones en el camino. ¿Pero... con qué fin? ¡Ahora relacionado contigo! Luis Cifuentes... Sí. Me pareció un gran tipo, se le veía un hombre sencillo y muy cercano. No tenía nada que ver a lo que se dedicaba con lo que me estás contando tú en este

momento. Era periodista y director de un periódico local. Tenía una vida sencilla con su mujer en una ciudad cercana a los Ángeles. Una mexicana que le dio cinco hijos. Recuerdo bien su conversación porque coincidíamos en nuestras profesiones y eso nos acercó más y tuvimos un viaje muy agradable charlando como colegas y profesionales. Me dijo que se sentía feliz donde vivía y la vida que se había forjado fuera de su país. Que sólo volvía a España a arreglar el tema de la herencia y no volvería más. Nos dimos los teléfonos, pero nunca volví a saber de él. Yo tampoco le llamé y ahora me pica la curiosidad de saber que habrá sido de aquel hombre que podía ser inmensamente rico en su país y prefirió una vida sencilla fuera de él. ¿Qué pasó entonces Margarita? ¿Qué pasó con esa familia?

—Todo era muy extraño entonces Julia. No sabíamos nada de todo lo que ocurría y de lo que iba a ocurrir a medida que íbamos descifrando las situaciones que encontrábamos. Ricardo fue descubriendo muchas cosas que tuvo que callar durante toda su vida y que me iba soltando a mí a cuenta gotas, porque no quería implicarme en muchos de esos asuntos. Casi hasta el final que fue que puede enterarme de casi todo.

Manuel Cifuentes no hizo otra cosa en toda su vida que ir de matarife a empresario cárnico. Durante toda su vida se desarrolló en ese sector. Al principio se fue moviendo en los mataderos y las pequeñas conexiones que tenía dentro y fuera de él; pero a medida que iba pasando el tiempo, tenía más y más contactos y llegaba a sitios insospechados. Pagaba a los vigilantes y responsables de los productos del matadero una comisión para que le diesen todo lo que sobraba. Eso le hizo decidir qué hacer con algo que nadie quería. Más tarde, llegó hasta el ejército por medio de un policía que conoció en el mercado de abastos en el que tenía un puesto. Éste a su vez, conocía a un teniente del ejército que se encargaba de la intendencia, a los que les facilitó productos a mejor precio que los que estaban adquiriendo en ese momento.

Eso le llevó a los mandos superiores con los que diseñó un plan para proveer a todo el ejército. Incluso cuando nadie tenía de nada para ofrecer, él fue el único que pudo abastecer al ejército nacional de víveres y sustento. Antes, durante y después de la Guerra Civil. Además... pudo hacerse con el control de la carne que se importaba desde Argentina al acabar la contienda.

Con todos los desechos de la carne que picaba finamente varias veces, pudo fabricar varias calidades de embutidos para cualquier estamento social, lo que provocó que justo después de acabar la guerra, tuviera el control absoluto de la industria cárnica que con él alcanzó cotas inimaginables en la empresa española de los siguientes veinte años. Eso mi querida Julia fue lo más liviano en la vida de don Manuel Cifuentes, y por ende, de su esposa y mi "querida" Edelmira Maroto —dijo Margarita con sarcasmo.

—Bueno Margarita, esto no es solo su historia, esto es todo un notición. Está claro que ahora, fuera de tiempo, no sabría decir si el gobierno actual nos dejaría sacar esto a la luz, aún recién estrenada la democracia, ¿no sé yo! ¿Qué opinas Jorge?, hasta ahora no has dicho ni palabra. ¿No crees que esto trascendería y traería cola?

—Bueno... en el momento en el que estamos, es bastante difícil todavía sacar a la luz determinadas cuestiones. Pero como tú, he escuchado a Margarita, y es ahora cuando entra nuestra labor de investigación en un tema que no solo le compete a ella. Aquí estamos todos implicados. De todas formas, tenemos que seguir escuchando todo lo que ella tiene que aportar. Quizá esto de lo que estamos hablando, nos conduzca a algún sitio que nosotros todavía estemos elucubrando. Ten en cuenta que es la más grande empresa cárnica del país, y los intereses económicos van a estar por encima de todo. Por otro lado, tengo que hablar primero con los productores del programa... veremos qué se podría hacer. A lo mejor estamos vendiendo la

piel del oso antes de cazarlo. ¿Qué te parece Margarita?

—Creo que sí Jorge. Yo os puedo contar hasta donde sé y hasta donde llegó Ricardo. No sé más. Pero todo lo que esté de mi mano que os pueda aportar, estoy segura que nos beneficiará a todos. "Obrar con sensatez" como diría mi amado Ricardo.

—Desde luego que sí Margarita —convencida de las palabras de Jorge—. Tendremos que tener los pies de plomo aunque hayan pasado casi treinta años.

Las palabras de Margarita me dejaron confusa. Jamás pensé que esta historia nos llevara a sitios tan oscuros. Pero ¡caray! todas las historias pueden tener sitios oscuros. Cada vez estaba más interesada en todo lo que me estaba contando esta extraña mujer. Apenas la conocía. A cada momento que pasaba, y a medida que iba contando su historia, me resultaba de una confianza tan extraña como ella.

—Cada vez que Ricardo llegaba a casa con alguna pequeña noticia sobre "nuestro asunto", como le llamábamos —continuó Margarita—. Era un motivo de celebración por haber dado un paso más en lo que nos pareció aquel túnel oscuro en el que habíamos entrado. Túnel en el que no se veía la luz al final. Unos meses más tarde Ricardo llegó con una pequeña pista en aquel entramado desconocido donde nos habíamos metido. Quería saber cómo se inició D. Manuel en el negocio y cómo fue que construyó aquel " Holding" empresarial desde la nada. Bien es cierto que era un zorro, pero tenía que haber algo más. Había que saber de dónde le llegaban a él las inversiones en su empresa.

Ricardo empezó su búsqueda a partir de las primeras inversiones y encontró que algunos oficiales y altos mandos del ejército "ayudaban" a engrandecer aquella empresa y el buen nombre del señor Cifuentes. Parecía

que Manuel Cifuentes "lavaba" dinero oscuro procedente de inversiones que se hacían con el dinero sucio que procedía de las partidas que le llegaban al ejército y a sus generales. La época era propicia. Nadie sabía de donde salían todas aquellas partidas de dinero que acababan en la arcas de Embutidos Cifuentes. Tirando de ese hilo, Ricardo pudo ir desentramando aquella maraña de idas y venidas de dinero negro durante los años que siguieron a la posguerra.

Todas aquellas cuestiones donde yo no me podía meter; y mis tardes. Largas tardes y noches en el teatro, no me dejaban tiempo para mucho más. Me pasaba los días pensando dónde podría estar mi niña. No me quedaba, ni me dejaba tiempo tampoco para otras cosas, y ese era al fin mí día a día. No acudía a fiestas ni recepciones, ni actos protocolarios a los que estaba invitada. Mi vida social era casi nula, y aquel estado estaba haciendo mella en mí. Ricardo lo estaba viendo y no quería que acabara en esa enfermedad que parecía acecharme en aquellos momentos: La depresión. El doctor Menéndez ya se lo había sugerido y le había puesto remedio. El tratamiento iba dando sus frutos y mi vida volvía a la normalidad. Por unos meses Ricardo, por orden del doctor Menéndez, no volvió a decirme nada de todo lo que estaba encontrando hasta que estuviese un poco mejor y pudiese afrontar los hechos con otra condición emocional.

Volvimos a salir y a alternar en fiestas y reuniones, comidas y cafés. Aquellas maravillosas cenas en Chicote, que no solo compartíamos con los compañeros de la profesión si no también con los amigos de Ricardo. Y la vida volvía a tener algo de sentido para mí... otra vez.

En uno de esos días en los que me encontraba bien, decidí por fin ir a visitar a mi viejo amigo don Francisco Alcántara, el panadero amigo de mi madre ¿recuerdas? —asentí con la cabeza y dejé que Margarita continuara con

su relato.

Una mañana me presenté en la panadería de la Esperanza. Cuando el taxista me dejó en la puerta sentí algo muy especial. Una mezcla de amor infinito y de tristeza por todos los recuerdos que me llevaban a mi madre. Todo estaba tal cual lo dejé antes de irme, como si el tiempo se hubiera detenido en aquel mismo instante, cuando iba de vez en cuando a por los mandados de doña Edelmira o de la tía Antonia.

Me costó un poco entrar. Primero miré por el escaparate, pero en ese momento no había nadie en su interior. Estaba nerviosa, inquieta ante la posibilidad de volver a ver a don Francisco. Abrí la puerta con cuidado y sonó una pequeña campanita en la parte superior que colgaba del techo. Al momento salió una joven dependienta y todo se me derrumbó en aquel mismo instante.

—Buenos días señorita, ¿Dígame qué desea? —me dijo una preciosa muchacha no demasiado alta, de unos quince años que estaba detrás del mostrador de la panadería, con una inmensa sonrisa y en tono muy amable.

— ¡Oh! disculpe, no sé si me he equivocado, pero... estoy buscando a don Francisco Alcántara, quizá... era...

— ¡Oh no! no se preocupe señorita, es aquí. Sí, ésta es la panadería de don Francisco.

—Y... está él... se encuentra aquí —no la deje acabar, por un momento pensé en alguna mala noticia, habían pasado tantos años.

—Sí, si señorita, ahora le aviso, está dentro en la tahona. Discúlpeme un momento —y la muchacha desapareció detrás de unas cortinas que separaban la tienda de la tahona.

Un minuto más tarde, asomó por entre aquellas cortinas, un ya anciano y

canoso don Francisco. Me alivió saber que estaba vivo, aunque muy envejecido, incluso parecía que había encogido un poco aquel hombre alto y robusto que conocí cuando era una niña.

—Buenos días señorita, en que puedo ayudarla.

Por un momento no pude decir nada, solo me quedé mirando y sonriendo a aquel anciano, que tendría tanto que contar desde aquel fatídico año en el que nunca más, le volví a ver.

—Buenos días don Francisco. Soy Margarita —dije en un hilo de voz.

— ¿Cómo?

— ¡Háblele un poquito más alto, ha perdido el oído! —me decía la muchacha que me había atendido al entrar, con un tono algo jocoso por su sordera.

—Soy Margarita don Francisco. Margarita, la hija de Dolores. ¿Recuerda?

— ¿Dolores?

—Dolores sí... ¿recuerda a mi madre Dolores?

—Sí Dolores... ¡mi Dolores! ¿Eres Margarita? Margarita ¿su hija? —su extraña mirada al verme, como si hubiera visto un fantasma, me sorprendió.

—Sí don Francisco, soy Margarita, la hija de Dolores.

— ¡Dios mío Margarita, como has cambiado mi niña! —susurró al mismo tiempo que me abrazaba—. Pero... nunca más volví a saber de ti desde antes de la guerra. Pensé que habías muerto en algún bombardeo y al no tener familia nunca darían contigo. ¿Dónde has estado todo este tiempo criatura? ¿Dónde has estado?

Me fundí en un abrazo con don Francisco, un inmenso abrazo, y mil

lágrimas... Volví a sentir aquel calor que me infundió el día del entierro de mi madre. Fue al único que puede abrazar y que alivió el sentimiento de pérdida que me embargaba en aquellos momentos. Él, don Francisco Alcántara estaba allí de nuevo, a mi lado. Ese hombre que había sido un padre para mí. Algo que había estado esperando durante mucho tiempo.

— ¡Dios mío niña...! Margarita, eres toda una mujer. ¡Que guapa estás! ¿Dónde has estado todo este tiempo Margarita... dónde?

— ¡Mi querido don Francisco, cuantas ganas tenía de volver a verle! Es una larga historia que le contaré sin problema. Ahora, por favor dígame cómo se encuentra usted, cómo ha estado todos estos años.

—Mi querida niña. ¡no sé si debería llamarte así, viéndote ahora! —me dijo con una media sonrisa.

— ¡Usted puede llamarme como quiera don Francisco... como quiera!

—Margarita... Sí Margarita. Ahora eres toda una señora, aunque no descartes que alguna vez se me escape lo de... mi niña.

Sonreímos y volvimos a abrazarnos como si ya no quisiéramos despegarnos el uno del otro. Me sentía tan feliz, que pensé por un momento que el tiempo se había detenido veinte años atrás y no quería que se reanudara en ningún momento. Se dio la vuelta y se dirigió a la muchacha.

—Mira Margarita, ésta es mi hija Laura —miré a la muchacha con tal cara de asombro que ella sonrió y se ruborizó a la vez—. Ven aquí Laura, saluda a doña Margarita.

— ¡Doña! don Francisco... ¡Doña! —repuse yo extrañada de oír ese título en los labios de aquel hombre.

— ¡Sí Doña! Estoy frente a toda una señora y la última vez que te vi, tenías poco más que la edad de Laura. Saluda a doña Margarita, hija —volvió

a pedir mirándola con una sonrisa.

— ¡Mucho gusto en conocerla señorita Margarita! —me dijo ofreciéndome la mano y con una pequeña reverencia.

—Es un placer Laura, de verdad... es un placer conocerte. ¿Puedo darte un abrazo? —pregunté.

— ¡Claro señorita! —me dijo acercándose a mí y abrazándome como lo hacía su padre.

—Eres muy bella Laura, y veo que tu padre te ha educado muy bien. ¡No sabes la alegría que siento al veros a los dos!

—Ya es la hora de cerrar Margarita, ¿Qué te parece si nos vamos a comer los tres juntos? Tienes tanto que contarme mi niña... ¡Ves! ¡Ves cómo va a ser inevitable! Bueno... si no tienes algo que hacer y puedes acompañarnos.

—Sí, claro que quiero, ahora que le he vuelto a encontrar. No va a ser fácil que se deshaga de mí, ¡no, no señor... no lo será! —espeté con el dedo índice en alto señalando a don Francisco.

—Pues no se hable más Laura, cerremos y vamos a celebrar que Margarita ha vuelto con nosotros ¿verdad? —dijo dirigiéndose a mí.

—Sin la más mínima duda. Ya no os vais a deshacer de mí. ¡Eso, es seguro!

Capítulo 13

Fue la mejor comida en compañía que había tenido en mucho tiempo. El reencuentro con don Francisco y su hija había sido para mí una balsa de agua caliente en el estado en el que me encontraba en esos momentos. Hablamos mucho, mucho... pero no me atreví a contarle a ese hombre amable lo que había pasado con mi hija.

Hablamos de todo mi periplo americano, mis idas y venidas a México, Cuba, Brasil o Argentina. Pero no me atreví a decirle en aquel momento por qué acabé allí. Él notó que había algo de lo que yo no quería hablar. Se dio cuenta y pensó que era por Laura. Eso se disipó en el momento en que la joven Laura pidió permiso para ir a la toilette.

—Hay algo más, ¿verdad? —repuso don Francisco cuando Laura se alejó.

—Sí.

—Y... no quieres contármelo, o es porque está Laura delante.

— No sé don Francisco, no me parece una conversación para tener frente una niña como ella, tan dulce... Si no le importa, visíteme algún día y hablamos más despacio de todo ello. Ahora, cuénteme usted. Esa preciosa mujer que le acompaña, ¿de dónde ha salido? Bueno... ¡usted ya me entiende! ¡Caray que difícil es decir esto! —le dije un poco avergonzada.

— ¡Claro mujer, te lo diré! —repuso don Francisco con una gran risotada que me ruborizó, he hizo que riera todavía más.

—Entiéndame... ¡cuando me fui, usted estaba soltero y enamorado de mi madre! —aquí me puse más seria.

—Me casé Margarita. Me casé. Dos años después de empezar la guerra me casé. Felicitas, mi mujer, había perdido a toda su familia en un bombardeo, y yo estaba tan perdido por la muerte de tu madre que... supimos encontrarnos y darnos ese alivio que necesitábamos los dos. Al principio no nos amábamos, solo nos conocimos y nos caímos bien. Nos hicimos amigos y empezamos a vernos más a menudo y así surgió nuestra relación. Hasta que un día... a tanta soledad y a las circunstancias de la guerra, decidimos permanecer juntos y un poco más tarde casarnos y formalizar aquella unión de dos amigos en circunstancias muy penosas en aquel momento. Después llegó el amor, nacido del respeto y la confianza que nos teníamos el uno al otro. Felicitas era una buena mujer... ¡una buena mujer!

— ¿Era? —repuse enseguida.

—Sí, era... falleció cerca de la Puerta del Sol una mañana en la primavera del 39. ¡Fíjate... cuando todo estaba a punto de finalizar! Una bala perdida se encontró con ella en un fatídico momento en el que iba a buscar leche para la niña. Ella apenas tenía y la procuraba de amas de cría que la vendían por la Latina. Me dejó a Laura recién nacida... al final de la guerra.

— ¡Oh! don Francisco. ¡Dios mío! cómo lo siento. No lo puedo creer. Pero... volver a perder a un ser amado... —no estaba dando crédito a todo lo que estaba oyendo, de nuevo—. Puse mi mano sobre la suya y él me la cogió y la apretó suavemente.

—No te preocupes Margarita... ¡Hace tanto de eso ya! La quise mucho... mucho, y muy diferente a como quise a tu madre. Después, me dio a mi preciosa Laura y eso es lo único que quiero ahora y que me preocupa en estos momentos. Su bienestar.

— ¡Dios mío don Francisco! Si le puedo ayudarle en algo, no tiene nada más que pedirlo. Ya sabe lo que significa usted para mí.

—Laura quiere ir a la universidad, y yo quiero que vaya —estaba diciendo cuando regresó Laura de la toilette—. Le estaba contando a Margarita que quieres ir a la universidad —se dirigió a su hija con esa misma dulzura con la que me trataba a mí a esa edad.

—Sí doña Margarita, ¡quiero ser médico!

— ¡Caramba Laura, médico! eso son palabras mayores, pero si tienes vocación... —aprobé su elección cogiéndole la mano.

— ¡Oh sí, doña Margarita! me gusta mucho curar a los enfermos y así poder hacer que se sientan mejor de sus dolencias.

—Pues... me parece perfecto Laura. Estoy segura que serás una gran Médico con palabras mayúsculas. Si eres como tu padre, tus enfermos estarán siempre en muy buenas manos.

—Saca muy buenas notas Margarita, es muy responsable y tiene muy buen carácter. La verdad es que tiene madera de Doctor —decía con orgullo don Francisco de la pequeña Laura y ella se ruborizó bajando un poco la cabeza.

—Me alegro muchísimo por los dos. Me siento tan contenta haber encontrado a dos amigos cuando sólo había dejado a uno. Querida Laura, te siento como a una hermana pequeña, si a ti no te importa y tú me lo permites.

— ¡Oh si doña Margarita! me encantaría. Sepa que mi padre me había hablado mucho de usted y también de su madre. Pero claro, ¡no me la imaginaba así! ¡Bueno... usted me entiende!

— ¡Claro cariño! eran otros tiempos y todo ha cambiado mucho desde entonces ¡ya lo creo que ha cambiado! —le dije—. No te preocupes Laura, entiendo lo que dices. Quiero que sepas que si necesitas cualquier cosa, si deseas que te acompañe, estaré encantada de mostrarte las mejores tiendas de Madrid donde comprar todo aquello que necesites para tu nueva etapa de universitaria.

— ¡Qué bien papá, así ya no te tengo que llevar obligado todas las veces! Creo que se te ha aparecido un ángel que te ha liberado de esas obligaciones. De "esas" cosas de mujeres que tanto te cuesta hacer conmigo —decía mirando a su padre con una ironía simpática.

—La verdad es que sí. Me vienes muy bien Margarita liberándome de las compras. Sin embargo creo, que la que más vas a beneficiarte de ellas eres tú ¡querida mariposilla revoltosa! —dijo su padre pellizcándole con suavidad su mejilla izquierda.

—Va a ser un placer para mi Laura, lo será. Te lo aseguro.

Después de aquella estupenda comida y el reencuentro con mis amigos en el que quedamos para vernos muy pronto. Mi día fue de lo más especial. Cuando llegué a casa y se lo comenté a Ricardo, no pudo reprimir un gran abrazo al haber podido encontrar por fin a don Francisco.

— ¡Cómo me alegro mi amada Flor de Chamberí! Me alegro tanto por ti.

Sabía que ese reencuentro te iba a hacer mucho bien.

—Sí Ricardo, mucho. Volver a encontrar a don Francisco ha sido muy agradable. Pero también ha vuelto todo aquel pasado a mi cabeza ¡todo de repente! y no es fácil. No, no lo es. He invitado a don Francisco y a su hija a cenar la próxima semana. Quizá podamos hablar algo más. Me dijo que iba a ayudarme, en todo lo que estuviera de su mano. Y... ¡Deja de llamarme Flor de Chamberí! —le dije un tanto molesta.

— ¿Te molesta que te llame así?

—No, solo me resulta extraño —no estaba enfadada, ni mucho menos, solo confusa.

—Pues no entiendo por qué. Eres una bella flor. Te llamas Margarita y eres preciosa —dijo acercándose a mí y tomando por la cintura y apretándome contra su cuerpo, poniendo su mano en mi cara, me besó dulcemente—. Además, vives en Chamberí, ¿Qué hay de malo? ¡Es la verdad! No te sientas mal. Te amo y para mí siempre serás mi bella Flor de Chamberí.

— ¡No lo sé! probablemente sea la letra de esa canción que me trae tantos recuerdos tristes. No sé Ricardo, como ella yo caí en brazos del amor de juventud, y aunque no sea de igual modo, el final es el mismo. Sola, y con un bebé al que nunca conocí en mi caso.

—Mi bella flor, nada más lejos de mi intención que llevarte a esos recuerdos tristes, todo lo contrario. Cómo te he dicho, siempre serás mi Flor de Chamberí. Por todo eso que dices y por qué disfruto mucho cuando la cantas tú. A veces pienso que ese chotis está hecho para ti.

—Perdóname Ricardo, creo que estoy demasiado sensible desde que volví a ver a don Francisco. Ha revuelto algo en mí y estoy un poco susceptible. ¡Discúlpame amor, discúlpame!

— ¡Ay, ay, ay! Es que te tengo que amar por susceptible, por ésta dulzura en casa y por tu sensualidad en el escenario. Te amo Marga, te amo.

— ¡Esta bien! Soy tu Flor de Chamberí y lo seré hasta el fin. Lo seré hasta que muera. Encontrarte ha sido un regalo que me ha hecho la vida. Charo y tú, habéis sido todo lo que se puede desear como amigos. No sé qué hubiera sido de mí sin vosotros. No se puede pedir nada más. ¡Gracias amor!

Nuestra vida transcurría como siempre, Ricardo a sus asuntos y yo al teatro cuando había función... ¡que cada vez eran las menos!

Soplaban tiempos de cambio, no solo en el país, por qué aquí se notaba muy poco. La música internacional se estaba haciendo un hueco y las canciones y el espectáculo estaban cambiando para todos. Apenas teníamos vida social, visitábamos a algunos amigos para cenar, o lo hacíamos en casa. Pero no acudíamos a muchas de las fiestas que se hacían después de los estrenos de las obras. A mí, no me gustaban mucho esos saraos en los que se bebía demasiado y se tomaban sustancias con las que yo no estaba familiarizada. Mis años con Charo habían sido así, trabajo y poco más. Todo lo que disfrutábamos, lo hacíamos siempre los tres. Algún viaje, algún estreno... todo juntos, pero con mucha calma. Había vivido muchos años así y sentía que no necesitaba nada más para vivir que el calor de los míos y un trabajo que amaba. ¿Qué más se podía pedir? Había sido una jovencita que no poseía de nada y que de repente la vida se le llevó lo poco que tenía, y ahora... ahora lo tenía todo. ¿Qué más se puede pedir?

La vida se me alteraba cada vez que Ricardo traía una nueva noticia de nuestro "asunto" que estaba siendo cada vez más difícil y complicado llegar a él. Una tarde Ricardo llegó a casa casi desenchajado y no quiso contarme nada de lo que le había sucedido. Unos pocos días más tarde, pude preguntar de nuevo, y entonces una vez más tranquilo, pudo contarme todo lo que pasó.

—He vuelto a ver a la tía Antonia, Marga. Varias veces...

—Pero... ¿no dijimos que dejaríamos pasar algún tiempo para no levantar sospechas?

—Sí, ya sé que te prometí hacerlo, pero no lo he hecho. Era una oportunidad de oro aprovechar la que ese enfermero nos facilitó.

— ¡Claro... y seguro que nada barato!

—No te preocupes por el dinero Marga, ya sabes que ese no es problema.

—No es el dinero lo que me preocupa, eres tú — Creo que nos habíamos metido en algo turbio y la verdad, no me gustaba nada de nada.

— ¡Pues lo es Marga, lo es! Hay demasiadas cosas oscuras en todo este tinglado. No puedo contártelo todo porque todavía estoy en el proceso de investigación y aunque ya puedo ver por dónde va el asunto, no quiero implicarte en ello. Creo que cuanto menos sepas por ahora, mejor.

— ¿Cómo... vas a dejarme al margen de algo en lo que te he metido yo? Te recuerdo que todo esto solo tiene que ver conmigo. Que soy yo quien tiene que ver con esa gente, tú no tienes nada con ellos. Yo te he metido en esto Ricardo. ¡Yo... te he metido en esto!

—Lo sé cariño, pero por favor, confía en mí. Por ahora, confía en mí. Te prometo que en cuanto pueda te pongo al día de todo, pero por ahora... ¡confía en mí!

Aquello que me decía Ricardo me dejaba sin aliento, pero claro que confiaba en él. Plenamente. Sentía que acababa de empezar algo inmenso que no nos iba a dejar en paz. Mi intuición rara vez fallaba.

Capítulo 14

El día que Ricardo llegó a casa con la noticia de que a la tía Antonia la habían trasladado a otro hospital, nos hizo sospechar con seguridad que alguien sabía ya en lo que estábamos Ricardo y yo. El enfermero al que había pagado Ricardo religiosamente cada vez que iba a ver a la tía, había desaparecido. Nadie le conocía allí.

La persona con la que habló no le dijo donde la habían llevado, simplemente le despidió con un: "No vuelva por aquí". Las visitas a la tía no habían sido demasiadas, tan solo dos o tres más. Pero cada vez, ella estaba

más drogada y era muy difícil sacarle alguna palabra, sobre todo en la última visita.

Con toda la información de la que Ricardo disponía, pudo por fin hacerse el croquis de lo que estaba sucediendo y por fin, había llegado el momento de saber qué es lo que estaba ocurriendo con todo aquello. Se sentó a mi lado, me besó y me rodeó con sus brazos para decirme:

—Mi amada y dulce Marga, ha llegado el día... Ha llegado el momento de saber todo lo que está pasando hasta ahora con tus "amados" Cifuentes.

— ¡No me asustes Ricardo!

—No te asusto Marga, pero prepárate para oír todo lo que tengo que decirte porque creo que será lo más importante que oigas durante toda tu vida. Eso sí... tienes que prometerme que estarás tranquila y que cualquier cosa que oigas la reflexionarás y llegaremos al acuerdo más beneficioso que podamos para ambos. Lo que vas a oír te implica directamente, y no va a ser fácil asumir todas y cada una de estas cosas. Así es que... te repito. Tranquila por favor... tranquila.

—Dices que no, pero sí... ¡me estas asustando!

—Sé dónde está tu hija.

— ¿Cómo?

—Sí Marga, se dónde está tu hija. Dónde vive y quiénes son sus padres.

— ¡Cómo, la tía Antonia... te ha...! ¿qué?

—La tía Antonia me ha confesado quien es tu hija, quienes son sus padres, donde viven y aún más... todos los líos en los que anda metido don Manuel Cifuentes. Te aseguro que son muchos y muy peligrosos algunos.

—Cuéntamelo todo Ricardo. Te prometo que no haré juicio hasta el

final. Tú me lo has enseñado muy bien durante todo este tiempo que llevamos juntos. Pero por favor, ahora soy yo la que te pido a ti... no me ocultes nada. Ya no me ocultes nada más. Se acabó. Hasta ahora te he dejado en paz para que pudieras tener tu independencia con tus pesquisas, pero a partir de ahora ya no... Ahora somos los dos los que estamos en esto.

—Pues querida Marga, téplate y escucha, porque muchas de las cosas que vas a escuchar no te gustaran nada de nada y otras... serán difíciles de asumir en un primer momento. Antes tengo que contarte todo lo que sé de los Cifuentes y de la empresa de Jamones y Embutidos Cifuentes. El señor Cifuentes, don Manuel como sabes, salió adelante con las innumerables influencias que le depararon sus contactos, que en cada momento concreto, le llevaron a su plan de medrar. Lo consiguió por el hambre y la pobreza de este país, que fue mucha y por mucho tiempo. Cómo lo consiguió... ya conocemos algunas de las circunstancias. Tú ya las sabías en su tiempo, pero tu juventud no te dio la suficiente perspicacia para saber más. Pero no importa, ahora ya va estando claro. Cifuentes, a consecuencia de todos esos “favores” que conseguía de las altas esferas, fue creando muchas “obligaciones”. Ya sabes... Obligaciones en las que estaban incluidos empresarios, militares y algún ministro. A los que tuvo que pagar con... “otros favores”

Entre 1941 y 1952, creó una empresa llamada Cofisold S.A. destinada a lavar el dinero procedente de la venta de armas a países y a personas. Todo en negro por supuesto... y sin el más mínimo registro legal. Lo que suponía no pagar impuestos y todo ese dinero se lavaba a través de la empresa de los Cifuentes. Eso... de lo que se sabe de la empresa. El antes y el durante la Guerra Civil... casi que lo suponemos ¡no! Todo esto de que te hablo, lo llevaba Edelmira en el más absoluto de los secretos. Todo se hacía en su casa, reuniones, pagos, entregas... a través de la legalidad que le suponía la empresa de Jamones y Embutidos Cifuentes. Todo entraba y salía por ahí.

Entraba dinero sucio y salía como una patena, que se iba repartiendo posteriormente entre los socios de Cofisold S.A. Algo que llegó a oídos de su hijo, que supo de las triquiñuelas de su padre y nunca más quiso volver a verle. Además, creó una provisión de préstamos personales que ofertaba a más bajo interés que en un banco, lo que les hizo ganar mucho más dinero. Fue otra de las maneras en las que consiguieron limpiar todo aquel inmenso capital.

—Cuando yo trabajaba en su casa, ya había reuniones de empresarios y militares a menudo por allí. Algunos alemanes, eso sí que lo recuerdo. Se les oían hablar de números y plazos, pero no recuerdo mucho más —comentó Margarita.

—Sí Marga, parte de la financiación de las armas que se usaron en la Guerra Civil Española en el bando nacional y en la Segunda Guerra Mundial por parte de los alemanes, se trataron en esas reuniones secretas que tú no conociste, pero que ya se intuían, como dices. Anteriormente en el caso de la Guerra Civil, y antes de que todo hubiera comenzado, en el caso de la Guerra Mundial. No solo Alemania estaba implicada, había muchos más países que estaban en conflicto o se preparaban para ello.

— ¡Caray Ricardo! parece un pulpo con mil brazos.

—Así es Marga, porque ahí no acaba la cosa. Fue una entramada red de lavado de dinero. Más tarde, cuando el conflicto bélico mundial acabó, bajó bastante aquel inmenso comercio de armas. Lo que se les ocurrió entonces... era, cómo invertir el dinero que tenían en montones en sus casas y que la empresa Cifuentes no podía absorber.

— ¿Todavía hay más?

— ¡Más...! mucho más Marga... mucho más. Cómo te dije, Cofisold S.A. era solo una tapadera. Unos cuantos años atrás, ya sabes que mucha de la

gente de los pueblos se estaba viniendo a la capital, dejando su pequeño pueblo para tener una mejor vida en las ciudades más grandes. Y toda esa gente hay que meterla en algún sitio ¿no?

— ¡La construcción de viviendas!

—Tú lo has dicho. La construcción masiva de vivienda para todos esos desplazados. Los que no iban a buscarse la vida a vivir y trabajar al extranjero, llenaban las grandes ciudades. Se comenzó a construir viviendas sociales auspiciadas en algunos casos por el Ministerio de la Gobernación, que aprobó lo que se ha llamado la ley del suelo. Favoreciendo a estas empresas a la construcción de viviendas sociales y creando desde hace muy poco, lo que se llamó el Instituto Nacional de la Vivienda. Construyendo viviendas a bajo precio por ser de Protección Oficial de Estado. Esto no fue más que la salvación para todo este dinero negro que a través de los Cifuentes se diseminó por todos los estamentos de la cúpula militar sobre todo, y a los nuevos empresarios que salieron de todo ese conglomerado de actuaciones irregulares que llevaba la empresa. Es más, se abrió una oficina de financiación reservada en la que se ofrecía a los nuevos inversores que invirtieran su dinero en ese creciente y brillante negocio. Los intereses que se generaban de esa inversión se triplicaban en algunos casos. Aunque no lo creas, sigue siendo un gran negocio para ellos en estos momentos.

—Pero Ricardo... ¿cómo has sabido tú todo esto?

—La tía Antonia me contó muchas de estas cosas y me puso en aviso de muchas otras más. Por lo demás... he ido tirando del hilo y preguntando a contactos míos y no míos. Algunos están metidos en el ajo, y otros no.

— Habrás tenido cuidado donde te metías, algunas personas parecen amigas y luego te dan una puñalada por la espalda.

—Sí, no te preocupes. He tenido cuidado. También sabes que por

dinero, la traición puede estar a la vuelta de la esquina. Ante eso no se puede hacer nada Marga. De todas formas he tenido mucho cuidado.

— ¡Por favor Ricardo, no te descuides por nada!

—El negocio continúa a día de hoy. Así es que todavía tenemos que ser muy cautos Marga, muy cautos.

—Pero dime Ricardo, por favor... ¡no me hagas esperar más! Me has dicho que la tía Antonia te confirmó donde está mi hija.

—Sí.

— ¡No me hagas esperar más, por favor!

—Está bien, prepárate para oír que los padres de tu hija, no fue más que un plan urdido a la perfección por Edelmira Maroto y su amiga Carmen, para deshacerse del bebé y poder así proteger a su hijo y a los planes que me dijiste que tenían para él. Su amiga y confidente fue la responsable de que esa niña acabara en su casa. En el momento en que Edelmira le confesó a Carmen que estabas embarazada, ésta, urdió todo el plan para quedarse con la niña simulando un embarazo que nunca tuvo y así, no levantar la más mínima sospecha.

Sus maridos ya tenían sus planes de negocio como te he contado hace un momento, así es que un negocio más... quien se iba a enterar. Solo la tía Antonia sabía de los tejemanejes de los dos y por esa razón acabó en el Hospital Psiquiátrico. Solo querían mantenerla en completo silencio. La sacaron por la noche en un furgón, drogada y sin saber cuál sería su destino. Por eso ahora, no sabemos dónde está. Creo que algo sospechan de nuestras conversaciones en el Hospital y mis pagos al enfermero... si no, no es posible que la hayan trasladado a otro sitio, así... sin más.

— ¡Pobre tía Antonia! No entiendo cómo pudo estar tantos años con

Edelmira. Mira como la trató al final y solo para defender sus intereses. Sin importarle nada ni su estado, ni ella misma. No me extraña nada. Si ha hecho eso con un nieto, que es su sangre directa... su tía le importaba un bledo.

—Así es, por eso ella ha decidido contármelo todo mientras pudiera. Estoy seguro que algo ha ocurrido al no dejarme verla la última vez y decirme que la han trasladado por orden de la familia.

— ¿Te ha podido dar más datos de ellos? Si los tienes, por favor Ricardo no me lo ocultes, quiero saber dónde está mi hija ¡Quiero verla, por lo menos... quiero verla!

—Sí Marga, pero no vas a poder acercarte a ella por ahora. No podemos seguir levantando sospechas en estos momentos, sabes que debemos tener cautela. Seguir con cautela.

— ¡Ricardo!

—Mañana te llevaré al colegio en el que estudia y podrás verla, solo de lejos, no te acerques a ella por ahora. ¡De acuerdo!

—Está bien Ricardo, lo haremos a tu manera.

—Antes, quiero decirte que la cautela como te dije siempre es poca en estos casos de tanta corrupción y delito... porque hay delito. Así es que todo esto solo entre nosotros y... mucho cuidado al hablar algo delante del servicio. ¿De acuerdo?

— ¡De acuerdo, de acuerdo! Pero dime que ha sido de mi hija, donde está ella. Por favor Ricardo, quiero saber con quién está, que ha sido de ella. Sé que nunca la voy a recuperar, pero necesito saberlo, ahora que la tía Antonia nos ha podido poner en aviso.

—Está bien, pues prepárate para oír que los padres de tu hija son Andrés Prado y López de la Sierra Teniente Coronel del ejército del Aire y su

esposa Carmen de las Heras y Giralt, amiga, socia y confidente de Edelmira Maroto. ¿Te suenan de algo?

— ¿Doña Carmen y Don Andrés? ¡Sí, claro! —respondí con asombro y contenta de saber que mi hija estaba en buena familia y no la había dejado en la inclusa como yo lo imaginaba—. ¡Les recuerdo! Iban mucho por la casa, sobre todo desde que me Edelmira se enteró de que estaba embarazada. Al principio me echó de casa y luego me pareció que se arrepintió y me mantuvo allí hasta que di a luz. Siempre pensé que era por la influencia de la tía Antonia. Cuando estaba embarazada, ellos me preguntaban a mi directamente algunas veces cómo me encontraba, si tenía molestias... ¡eran siempre muy amables conmigo! ¡Ahora lo entiendo todo!

—Claro Marga, ante la imposibilidad de Carmen de tener hijos, vieron el cielo abierto con tu embarazo. Te quitarían la niña dándola por muerta y tú a la calle y aquí no ha pasado nada. Carmen simuló el embarazo desde el momento en que Edelmira se enteró del tuyo. Y a partir de ahí... todo lo demás, ya lo sabemos.

— ¡Cómo pudo hacerme eso Ricardo, cómo pudo hacerme eso! —en aquel momento ya me era imposible sujetar el llanto pero... — ¿Qué pasa Julia? ¿Qué te pasa Julia? Te estás poniendo blanca... ¿Te sientes bien? —dijo Margarita dirigiéndose a mí, que me estaba cambiando el semblante y la confusión se reflejaba en mi rostro, perdiendo la mirada.

Jorge y yo nos miramos sin dar crédito alguno a las palabras que estábamos oyendo en ese momento.

Un silencio extremo se hizo en aquel mismo instante. Como si de repente, hasta el leve ruido que entraba de la calle cesara y paralizara toda la estancia de un lado al otro. Un gélido rayo me atravesó el corazón, dejándome un dolor constante que hizo que me llevara la mano hacia él.

—Un momento... un momento Margarita —no podía dejar que Margarita continuara con su relato. Por un momento sentí que algo que se me estaba partiendo dentro del alma—. Mi nombre es Julia Prado de las Heras. Mi padre se llamaba Andrés Prado y López de la Sierra y mi madre Carmen de las Heras y Giralt... Me estás diciendo que yo... Julia Prado de las Heras... ¿soy tu hija?

— ¡Julia! —respondió al instante Margarita con un grito sordo que nos paralizó más todavía.

Por un momento, nada se oyó. Nada se movió. En aquel instante la vida se nos paró a las dos. Quizá en aquellos momentos vividos hacía ya más de cuarenta años en el que nos separaron. ¡Aquel momento, volvió! Y se hizo el silencio. ¡El silencio! ¡Sólo el silencio habitaba ahora en esa casa!

Cuando pudimos recobrar la consciencia que habíamos perdido...

— ¡Margarita yo...! ¿Yo... soy tu hija?

— ¡Julia! ¡Julia! —decía Margarita sin poder emitir ningún otro sonido, más que mi nombre.

— Pero... cómo puede ser Margarita... ¿cómo puede ser? —no salía de mi asombro—. Apenas podía creer lo que estaba ocurriendo. Solo la miraba... atónita. Con la mano en el corazón diciendo. ¡Cómo puede ser Margarita, cómo puede ser!

Cuando Margarita pudo reaccionar, fue en el momento en el que pude ver cómo sus lágrimas caían de sus ojos sin emitir ni el más mínimo llanto. Sólo la pena llenaba su rostro. De mí no salieron más palabras, ni sonido alguno. Ni lágrimas siquiera... Cuando vi a Margarita llorar de aquella manera tan triste y resignada, fue cuando también pude asimilar lo que acababa de escuchar. Ninguna de las dos podía moverse, ni emitir ni un solo sonido.

Jorge nos miraba incrédulo, sin poder reaccionar tampoco. Así nos quedamos un tiempo que no puedo precisar. Solo Jorge nos sacó de allí... se levantó y dijo:

—Voy a por unas copas, creo que nos hace falta algo muy, muy fuerte.

Margarita y yo no podíamos dejar de mirarnos. Yo no sabía qué hacer, qué decir... En ese momento me quedé sin palabras. Yo... ¿sin palabras? Ella muy despacio, fue acercando sus manos a mi cara y sin dejar de llorar me dijo:

— ¡Julia!... ¡Julia!... ¡Lo siento Julia, lo siento!

— ¡Margarita! pero Margarita yo... Yo que puedo decir... Estoy tan sorprendida como tú. No esperaba que... ¡no podía imaginar que nosotras...!

— ¡Nosotras! ¡Nosotras! querida Julia... nosotras...

En ese momento llegó Jorge con tres copas y una botella de coñac. Nos sirvió con generosidad a cada una y nos las entregó diciendo:

— ¡Salud chicas! Creo que deberíais beberla de un trago. Va a ser la única forma de asimilar este... "otro trago".

En ese momento Margarita se llevó la mano al corazón y con un gesto de intenso dolor, se retorció sobre el sillón donde estaba sentada. No podía respirar. Me asusté. Jorge me ayudó a ponerla sobre la chaise longue que estaba al lado e incorporarla lo suficiente para que pudiera respirar mejor.

—Llama al doctor Menéndez, Jorge... ¡rápido!

Alberto Menéndez era médico cardiólogo, vivía en el piso de arriba. No solo era vecino, era amigo de la familia desde que yo tengo conocimiento. Fue mi soporte vital el día que fallecieron mis padres en un accidente de coche. Él no me dejó sola ni un momento hasta que pude asimilar su pérdida. Hacía ya

unos años que no ejercía pero yo seguía consultándome con él siempre que lo necesitaba. Menéndez reconoció a Margarita y nos dio su diagnóstico.

—Bueno Julia... le ha dado un infarto. Está mal. Debería ir a un hospital inmediatamente, le he puesto una medicación por ahora, pero no puedo hacer nada más aquí. Necesita pruebas y tratamiento específico enseguida. Vamos a llamar a una ambulancia.

Capítulo 15

Mi mundo acababa de derrumbarse por completo en aquel momento. No sabía que pensar, ni que decir, ni cómo iba a recomponer la vida que en un principio yo pensaba que estaba estructurada, completa, feliz. Todo ocupaba su lugar, parecía que nada estaba fuera de su sitio, y de pronto... todo desaparece en un suspiro. En un instante descubrí que toda mi vida había sido mentira, construida sobre una absoluta mentira. ¿Qué hago ahora con todo esto? Necesitaba entender que había ocurrido para que de repente nada sea como que parece. No encontré nada.

Margarita seguía en cuidados intensivos de cardiología en el Hospital. Los doctores nos habían dicho que padecía una insuficiencia cardíaca

agravada por una cardiopatía isquémica. Las válvulas de su corazón estaban muy deterioradas y la única solución era cambiarlas. Pero con su patología completa, suponía un riesgo extremo del que no podíamos tomar parte, debía ser ella la que dijera la última palabra.

Yo no quería dejarla sola ni un momento. Jorge me sustituyó en el programa y pude quedarme con Margarita todo el tiempo que fuera necesario. Pasaron un par de días hasta que pude verla, pero sólo a través de un cristal. Estaba intubada y sedada. Pasó más de una semana hasta que su corazón se estabilizó y pudo despertar. No podía hablar por el momento, pero me miraba y me sonreía tras el cristal. De nuevo algo nos volvía a separar. De nuevo otra separación. Toda mi vida era una historia de separación.

Aquellos días en la soledad del hospital, me hicieron pensar mucho en todo lo que me había contado Margarita hasta ese momento. Sentía que algo debía hacer. Quería encontrar mi pasado a través de ella, y tenía pistas suficientes para hacerlo. En aquellos momentos tomé la decisión.

—Voy a buscarte Jorge. Voy a buscarte y a encontrarme a través de Margarita.

— ¿Estás segura de lo que quieres hacer?

—Sí. Margarita me ha proporcionado datos suficientes para saber dónde buscar y encontrarme con todo aquello de mi pasado que todo el mundo me quiso ocultar.

—Pero ¿realmente necesitas hacerlo? Tienes una buena vida, un buen empleo, tu vida ha sido fácil. Todo tu entorno te ha facilitado lo que eres hoy. Insisto ¿crees que es necesario?

—Lo es Jorge, lo es para mí. Puedo comprender que tú no lo entiendas, pero también espero que respetes mi decisión de hacer esto y no otra cosa.

— ¡Claro cariño! No te estoy recriminando lo que quieres hacer, simplemente dejarlo pasar, vivir tu vida de ahora en adelante. Ahora... con tu madre... con otra madre. Tienes otra oportunidad de tener otra vez una madre. No sé, quizá no me explique bien.

—Eso ya lo tengo, y lo sé. Margarita está ahí, por el momento. No sabemos cómo será a partir de ahora y después de está recaída... Ya sabes lo que nos ha dicho el doctor, lleva muchos años enferma del corazón, y parece que se ha cuidado poco. Voy a ayudarla hasta el final, pero también quiero saber. Quiero saber de dónde vengo. Voy a buscar mi pasado. Voy a buscarlo para reconciliarme con mi presente porque no entiendo nada Jorge, no entiendo nada. Te das cuenta... Te das cuenta Jorge, por qué la vida no ha querido darnos hijos ¿No crees que sea porque este sufrimiento de mujeres solas, desamparadas, tiene que acabar aquí, conmigo?

— ¡Quizá Julia, quizá! No los hemos tenido porque quizá debíamos estar los dos solos, conocernos y reconocernos el uno en el otro. Quizá cómo deba ser en una pareja. El complemento uno del otro sin necesitar nada más que un compañero de viaje. ¡Quizá Julia, Quizá! Gracias por estar a mi lado.

Jorge me abrazó como nunca lo había hecho. Yo me sentí la mujer más afortunada del mundo.

—No importa lo que pase a partir de ahora Julia, tú eres lo más importante de mi vida y juntos superaremos esto y enfrentaremos cualquier cosa que venga.

Los días pasaban y Margarita continuaba en el hospital. Su mejoría permitía que fuese trasladada a una habitación y poder ver así su evolución.

— ¡Buenos días Margarita! ¿Cómo te encuentras hoy?

— ¡Mucho mejor Julia, mucho mejor! Gracias por todos tus cuidados en

todo este tiempo. Ya me han dicho las enfermeras que has estado aquí todos los días, sin excepción.

—Bueno... no quería dejarte sola. Además... lo que no te han dicho las enfermeras es que era sólo por interés. Un malsano interés. Soy periodista ¿recuerdas? y todavía no conozco el final de la historia. Así es que es puro interés Margarita, es puro interés... —le dije sonriendo.

—No Julia... Yo sé que no —replicó Margarita con una amplia sonrisa en su rostro—. Te conozco hace muy poco, pero se quién eres y de dónde vienes ¡a mí no me puedes engañar querida Julia!

— Ya veo ya... Ya veo —contesté con una carcajada.

—Sabes, me siento incómoda. Ahora a tu lado me siento incómoda, siento una desazón que no puedo explicar. Me cuesta mirarte sin sentirme culpable de todo lo que ha pasado.

—Por favor, no sigas... no quiero saber nada a partir de ahora. Estamos aquí. Juntas. Y si tú quieres disfrutaremos de este momento como si no hubiera ninguno más.

— ¡Pero yo...!

— ¡Tú nada, mi querida señora, tú nada! A partir de ahora harás todo lo que yo te diga. ¡Casi todo...! Tampoco quiero yo obligarte a nada —levanté mi dedo índice como quien regaña, pero no había regaño en mis palabras—. Te cuidarás y me dejarás que te cuide. Y no quiero un no por respuesta, por qué no lo aceptaré. A partir de ahora, te quedarás conmigo.

— ¡Pero Julia!

— ¡Ya te dije que no! Tienes que cuidarte y no vas a estar sola en eso. Cuando te den el alta vendrás a casa con nosotros y desde allí haremos todo lo que podamos para arreglar tu situación actual. No te preocupes por nada.

Jorge y yo nos haremos cargo de todo. ¡Por favor Margarita, deja que cuidemos de ti! Deja que nos hagamos cargo.

—Está bien Julia, está bien —dijo resignada—. Gracias. Muchas gracias.

La doctora que había tratado a Margarita, nos dijo que estaba muy mal, que si le repetía el infarto, sería irreversible. Solo los buenos cuidados y el reposo absoluto podrían alargar lo poco que le quedaba de vida.

A partir de ahí, pusimos todos los medios necesarios para que ella se sintiera mejor. Yo no podía seguir descuidando mi trabajo en la radio y decidimos contratar una enfermera que estuviera a su cuidado mientras estábamos fuera de casa. Hacer esto, me tranquilizó. Llamaba a menudo para saber cómo se encontraba durante el día. Iba siendo muy gratificante saber que cada vez se encontraba mejor.

Una noche después de la cena, Margarita volvió a hablarnos de su historia.

—Todavía no te he contado mis últimos años Julia.

— ¡Pero Margarita!

—Déjame... Quiero terminar de contarte. Quiero que escribas todo esto, al fin y al cabo, no es más que la historia de tu propia vida. ¡Si tú quieres!

— ¡Claro que quiero Margarita! Ya lo pensé cuando apenas me habías contado el principio. Pero era algo que pensaba decirte al final y te me has adelantado. Lo que no quiero es que empeores por hacer esto. Lo haremos siempre y cuando tú estés bien y te sientas bien con ello. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. Si me canso te lo digo. ¡De acuerdo!

— ¿Tengo que traer coñac? —nos dijo el bromista de Jorge.

—No, no. No Jorge, no. No creo que sea necesario esta vez —contestó Margarita con una carcajada.

— ¡Señoras! ¡Lo que necesiten! —repuso Jorge.

— ¡Gracias cariño! Gracias.

— ¿Dónde nos quedamos Julia, puedes recordarme? —dijo Margarita dirigiéndose a mí.

—Nos quedamos en que tú eras mi madre Margarita. En que eres mi madre.

—Sí. Soy tu madre. Tu madre. Jamás pensé que algún día pudiera decir esto —continuó Margarita—. ¿Y tus padres Julia?

—Mis padres fallecieron en un accidente de coche hace tres años.

— ¡Lo siento! ¡Julia, lo siento!

— ¡Ya está Margarita! Costó al principio, pero con la ayuda de la compañía de Jorge y algunos buenos amigos, se va superando. Quiero que estés tranquila. Ellos me trataron muy bien. Deseaban un hijo con muchas fuerzas. Eso me contó algunas veces mi madre. Llegué yo para hacer que su vida fuera completa. No puedo culparles por ello. Aunque no fue una buena forma de hacerlo y aunque sea un delito, no puedo culparles por ello. ¡Ahora ya no! No están y no pueden defenderse de todo esto. Ni tú ni yo sabíamos nada de toda esta historia hasta hace unos días. Por favor Margarita, puedes estar tranquila en esto... Ellos me trataron bien. Tuve una buena vida y ahora, la que tengo, quiero disfrutarla contigo. Quien nos iba a decir a nosotras el día que nos encontramos en Gran Vía, que estaríamos aquí, ahora... y siendo lo que somos. Dime... ¿Quién? ¿Podrías imaginarlo tú?

—No. Claro que no Julia. ¡claro que no! Jamás se me habría pasado por la cabeza algo así.

—Pues entonces, a partir de ahora, vamos a disfrutar cada segundo de nuestras vidas juntas. ¿Te parece?

—Me parece.

Nos abrazamos tan sinceramente que sentí un calor divino dentro de mí, como si algo que estuviera perdido en el tiempo se reconectara en mi interior. Abracé de nuevo a Margarita y le dije con la mejor de mis sonrisas.

—Seguimos con tu relato, Mamá.

— ¡Seguimos hija... seguimos! —me dijo Margarita con una luz inmensa en sus ojos.

Después de unos instantes de sosiego de emociones prosiguió Margarita con su relato.

—Después de ese día en el que Ricardo me contó de tu existencia, lo único que yo quería era verte. Saber de ti. Pero no tuve suerte. Ese día no te encontramos en el colegio. Más tarde nos dijeron que te habían cambiado a otro donde podías además aprender lenguas extrajeras.

—Sí. Fue el Liceo Francés en el que estuve unos años.

—A partir de ahí, perdimos la pista y ya no pudimos encontrarte más. Ricardo siguió con sus indagaciones, pero cada vez lo tenía más difícil. Algo estaba pasando con todo eso, cada vez le resultaba más difícil llegar a resultados. Un día llegó a casa con una mala noticia. La tía Antonia había fallecido de una apoplejía. Él nunca lo creyó. Siempre pensó que habría sido un exceso de medicación la que la mató. Al fin y al cabo los Cifuentes querían deshacerse de ella y lo consiguieron. Sabía demasiado. Sentí mucho su pérdida, aunque llevaba muchos años sin verla, mi estancia en casa de Edelmira hubiera sido otra si la tía Antonia no estuviese allí. Fue un gran apoyo para mí después de perder a mi familia.

Al poco tiempo de esto, Ricardo empezó a tener la sospecha de que lo estaban siguiendo. Estaba muy preocupada por él. Le dije que dejara sus investigaciones por un tiempo, hasta que las aguas se calmaran. Por suerte me hizo caso. Empezamos a cambiar de vida. Poco a poco, fuimos saliendo cada vez más, alternábamos con sus amigos, salíamos a cenar con los compañeros del teatro, y así, nuestra vida volvía a ser lo más parecido a lo que conocíamos desde que todo esto empezó.

El volvió a sus cacerías con sus amigos y algunos compañeros del bufete. Todo parecía normal, nuestra vida estaba volviendo a ser normal. Pero una tarde de primavera dos guardias civiles llamaron al timbre de mi casa preguntando por mí. Venían a comunicarme que Ricardo había sufrido un accidente de caza y había perdido la vida —dijo Margarita visiblemente emocionada pero sin querer llorar.

— ¡Dios mío Margarita! ¡Estás bien... si no te encuentras bien paramos ahora mismo!

—No Julia, puedo seguir. No te preocupes, estoy bien. Son los recuerdos y la emoción que en su día produjeron lo que hacen que reaccione así. Le he llorado tanto Julia, que apenas me quedan lágrimas, pero no te preocupes... puedo seguir —continuó hablando aun cuando sus lágrimas caían por sus mejillas—. Los siguientes días y meses, puedes imaginarte como los pasé. Dejé el teatro por completo y no quise salir de casa. Estuve así los siguientes dos años. Vivía de los ahorros que había acumulado a lo largo de toda mi vida de Vedette y lo que me había dejado en el testamento Ricardo. El Testamento... otra historia querida Julia, el testamento es otra historia...

—Por hoy lo vamos a dejar aquí Margarita. Por hoy lo vamos a dejar. Creo que debemos ir despacio. Más despacio. No se hable más, a la cama y a descansar.

Al día siguiente Margarita volvió a sentirse mal. La doctora nos dijo que no debía moverse, mucho reposo y cuidados extremos. Carmela, la enfermera que la cuidaba de día, no proporcionó una compañera para la noche y así no se descuidaría el más mínimo detalle.

Los días pasaban y Margarita mejoraba, pero muy lentamente.

Yo volvía a recuperar mi programa en la radio y puede introducir algún artículo en referencia a los niños perdidos y robados durante la dictadura. Todavía no era fácil hablar de ello y me costó convencer a mi productor para que me dejara hacerlo. Sólo estaba intentando aclarar algunos sucesos ocurridos durante esos años. Fue muy difícil. Todavía en aquellos momentos, no se podía hablar de según qué cosas. Solo me dejaron hacer una pequeña reseña sobre ello.

Una semana más tarde, Margarita volvía a estar en el hospital, la insuficiencia cardíaca iba a más.

Entre mis idas y venidas al hospital, decidí buscar a Edelmira Maroto, mi abuela. Después de varios intentos sin conseguirlo, descubrí que Edelmira estaba internada en un "casa de reposo" cómo así se llamaban. No era más que un psiquiátrico disfrazado para gente con posibles. Era muy difícil conseguir una visita, a no ser que fueras un familiar directo. Y así lo hice.

Visité a Edelmira Maroto cómo lo que era, su nieta. Encontré a una anciana parcialmente paralizada por lo que se llamaba una embolia cerebral, postrada en una silla de ruedas. Me dijeron que llevaba años sin poder moverse y que en ocasiones su cabeza tenía ráfagas de lucidez o eso parecía... Pregunté por quién se hacía cargo de ella. Los cargos de su manutención y cuidado provenían de una cuenta en México. Recordé entonces a mi padre y el vuelo que hicimos juntos donde nos conocimos y decidí de una vez por todas ponerme en contacto con él.

El teléfono que tenía de México, tardó en contestar. Por fin una voz masculina al otro lado...

— ¿Bueno...? Bueno... Bueno... Aló

—Disculpe... Pregunto por el señor Luis Cifuentes.

— Sí, yo soy.

—Buenos días señor Cifuentes, mi nombre es Julia Prado. Le llamo desde España —al oír su voz me pareció muy joven, aun así...

—Buenos días para usted señorita... aquí es la una de la madrugada.

—Disculpe por favor, disculpe las molestias, parece que no he sabido contar el tiempo de diferencia horaria... No le molesto más... disculpe.

—Señorita... por favor, ya está usted en el hilo... dígame para que quiera a Luis Cifuentes.

—Soy su hija.

— ¿Cómo?

—Sí señor Cifuentes... soy su hija.

—Entonces se confunde señorita. Yo no tengo hijas.

—Pero... ¿usted me dijo que era Luis Cifuentes!

—Sí, y lo soy, pero no tengo hijas, ni hijos, ni siquiera estoy casado —me dijo con una carcajada—. Lo siento señorita, soy Luis Cifuentes Junior, quizá usted esté buscando a mi papá.

— ¡Oh! es probable... busco a Luis Cifuentes, es español y periodista.

—Ese es mi papá, señorita... Julia... me dijo.

—Sí, así es. Julia Prado. Y... si fuera usted tan amable... ¿podría hablar con su padre, por favor?

—Me encantaría ¡de verdad!, pero no se encuentra.

—Pero... ¿cómo que no se encuentra?

— Lo siento señorita, pero mi papá falleció hace dos años —me respondió con una voz retenida por la emoción.

— ¡Oh Dios mío! ¡Disculpe usted, por favor señor Cifuentes, no lo sabía...! perdone las molestias y gracias por... —no me dejó terminar.

—Pero señorita... ¿Por qué busca usted a mi papá?

—Bueno... yo... yo soy su hija. Pero... no se preocupe... solo quería saber y ya usted me ha dicho. Lo siento. Discúlpeme por favor. Muchas gracias por atenderme y buenas noches —contesté atropelladamente mientras al otro lado del hilo...

— ¡Disculpe señorita! No... no cuelgue, por favor, no cuelgue. Dígame, puedo...

—Luis Cifuentes era mi padre —no le deje terminar—. Es una larga historia señor Cifuentes... es una larga historia.

—Verá Señora Julia. El próximo mes estaré en Madrid para resolver algunos asuntos pendientes que todavía quedan en España. Le invito a que no veamos y charlemos de todo esto que me cuenta. Si no tiene inconveniente. Y no se preocupe, mi papá nos contó algo a la familia.

—Muchas gracias don Luis, claro que sí. Anote por favor mi número de teléfono.

Esos días a la espera de Luis Cifuentes se me hicieron eternos. Pero el día siempre llega. Estaba muy nerviosa. Esa entrevista fue la más dura que tuve que enfrentar desde que era periodista. Debería ser algo más que profesional... pensaba. Sobre todo para que no se me escapara nada al

preguntarle, ¡pero no! Cada vez que pensaba en preparar algo, no podía ponerme a escribir. No sabía cómo enfrentarlo, estaba desconcertada. No sabía qué hacer en aquel momento. Ese desconcierto me llevó a mi cita en una tarde de finales del mes de noviembre. El lugar... el Hall del Hotel Palace donde se hospedaba Luis Cifuentes.

Capítulo 16

Margarita continuaba su mejoría en el hospital. Pero los resultados que las pruebas facilitaban, no eran muy halagüeños. Una de las noches que pude pasar a su lado, quiso seguir contándome su historia. Quería finalizar lo que había empezado. Ya no quedaba mucho tiempo.

— ¡Mi querida Julia, mi niña! Tengo que continuar —me decía con un hilo de voz—. Déjame que termine de contar lo que empecé. Da igual lo que pase a partir de ahora. Todo está en su sitio en estos momentos. Has regresado a mí y puedo irme tranquila. ¡No te preocupes por favor! Voy a irme feliz de encontrarte. Feliz de haber tenido a mi lado a personas tan maravillosas que me han hecho la vida tan agradable. Feliz de sentir este amor tan grande que me llevo en el alma. ¡Quédate tranquila Julia! Soy inmensamente feliz en estos momentos. Quiero quedarme con eso... sólo con eso. El resto ya no tiene valor para mí —yo apenas podía contener las lágrimas mientras escuchaba a Margarita—. Por favor, no llores por mí... No puedo dejarte nada porque todo se esfumó como si nunca hubiera existido. Y eso... es lo mejor que me ha pasado al final de todo. No dejar absolutamente nada aquí.

— Pero... ¡es muy difícil esto que me pides!

—Lo sé Julia, lo sé. Pero también sé que eres una mujer fuerte y que sabrás sacarle el mejor partido a todo esto, no solo como una lección de vida, si no como una preparación para el resto de la tuya. Sé que esta historia te va a reportar mucho, no solo para ti, sino también para tu carrera. ¡Escribe! Escríbela... me dijiste en una ocasión que querías dedicarte a ello, dejar la radio y dedicarte a escribir. ¡Hazlo! ¡Hazlo posible! Haz... lo posible para que eso ocurra.

—Así lo haré Margarita, así lo haré. Te lo prometo.

—Bien... ¡ésta es mi chica! No esperaba menos de ti. Sé que puedes hacerlo y será fantástico, ya lo verás.

—Gracias por confiar en mi Marga León... Gracias por confiar en mi mamá. Gracias.

—No cariño. Yo soy la que está profundamente agradecida de que la vida te haya puesto en mi camino de una vez por todas. Recuperarte ha sido el mayor regalo que la vida me ha concedido en estos últimos años. Ahora, ya no necesito nada más. No necesito nada más...

—Y ahora... ¿Te sientes con fuerzas para continuar?

—Sí, me siento con fuerzas.

—Entonces, ¿Dime que pasó para que acabaras en la calle vendiendo flores siendo una de las mejores Vedette que ha dado este país? El testamento... que pasó con el testamento de Ricardo.

— ¡El testamento! Todo iba bien mientras Ricardo estuvo conmigo. Pero sus hijos crecían, y uno de ellos, el mayor, se hizo abogado como su padre. Ricardo me había dejado el usufructo de la casa de Chamberí donde habíamos vivido los últimos veinticinco años, con el fin de que nadie ni nada pudiera

quitármela, pero no fue así. Ernesto, el mayor, buscó cualquier triquiñuela legal que tuvo a su alcance, y pagó a algunos jueces y fiscales para que al final me la quitaran y el usufructo no fuera legal. Así me quedé sin la casa que mi amor me había dejado para que tuviera siempre un sitio donde estar. Yo no me preocupé de nada más, confiaba totalmente en él. Esto ocurrió en esos primeros dos años en los que yo estaba más vulnerable, después de la muerte de Ricardo. Ni siquiera tuve fuerzas para indagar en el raro caso de su muerte, en el que yo... cada vez estaba más convencida que no había sido un accidente. Manuel Cifuentes estaba metido en ello.

Estaba tan deprimida por su pérdida, que no pude pensar en nada más y todo vino rodado. Perdí a Ricardo, después la casa... Y en todo aquel entramado durante aquellos años, también perdí la poca autoestima que me quedaba. De la noche a la mañana me vi sin nada, en la calle. Busqué un apartamento que pudiera pagar y lo encontré. Sin trabajo y con mi edad, era imposible volver al teatro, ya no era una niña. A partir de los cuarenta las actrices, y más las Vedette, somos invisibles. Las jóvenes llegan pisando fuerte y no eres capaz de mantenerte donde estabas. Además, después de todo, ya no me quedaban ganas de continuar en la escena. Solo quería tranquilidad y pasar desapercibida, que nadie me reconociera. Así es que decidí buscar otra cosa. Pasé por varios empleos de todo tipo antes de acabar en los lavabos de esa Sala de Fiestas de Gran Vía de la que te hablé. Todo lo demás, ya lo sabes. Fueron años muy difíciles. Casi tanto como los que pasé cuando llegué a Madrid con mis padres y mi hermano. Pero ahora... ¡ahora estoy feliz, muy feliz!, porque sin ellos, no hubiera llegado a ti y nunca te habría encontrado. Jamás hubiera sabido de tu existencia. ¡Feliz Julia, feliz! por eso mis anteriores palabras. Vamos a sentirnos bien por cada uno de estos instantes en los que hemos estado juntas. Cada uno de ellos van a ser lo mejor que hemos vivido la una con la otra. ¡Por favor Julia... deja que me vaya con el recuerdo

de haber conocido a mi preciosa hija y de haber sido inmensamente feliz a su lado en todos estos intensos días!

— ¡Por favor no me digas eso... no es fácil oírte decir esas cosas! Pero... ¿cómo es que dices que no estabas segura de la muerte de Ricardo?

—Ricardo era muy inteligente. Él sabía que algo pasaba. Le seguían, recibía anónimos. Aunque a mí no me contaba casi nada, yo lo sabía. Había encontrado algunos en un cajón de su escritorio. Tenía la seguridad de que estaban detrás de él. Yo sé que no fue un accidente, pero no pude probarlo... yo no. Ni siquiera sus hijos fueron capaces de desvelar todo el entramado sobre su muerte. Y así se quedó.

—Y... ¿Podías vivir con lo que sacabas?

—Sí. Como te dije, tenía clientas fijas que siempre me daban muy buenas propinas y disponía de mis ahorros de todos esos años trabajando. Siempre he sido una hormiguita, y en estos últimos años, más. Con Ricardo nunca me faltó de nada. Además, yo era autosuficiente, tenía mis propios ingresos, nunca dependí de él. Pero... los ahorros disminuían y más tarde... pude ir vendiendo muchas de mis cosas. Cosas que ya no usaba que ya no me hacían falta en mi nueva vida. Y claro... fui saliendo adelante. Viviendo con sencillez y con austeridad hasta ahora.

— ¡Qué valiente Margarita, qué valiente!

—Yo no lo llamaría valentía, si no supervivencia. Sólo cuando estás en momentos críticos en la vida, solo ahí... ves las cosas de manera diferente. Y si eres sensata, siempre hay remedios para arreglar todo lo que te pueda ocurrir en tu vida.

—Entonces... ¿Sus hijos te quitaron todo lo que Ricardo te dejó?

—Todo, menos su amistad y su amor hacia mí. El respeto que había

entre los dos, eso... jamás me lo puede quitar nadie. Esto es lo más importante en las relaciones entre las personas. Eso mismo que tenéis Jorge y tú. No lo pierdas nunca Julia. Estos últimos tres años han sido los más duros, los ahorros se agotaron y la entrada de dinero ha sido mínima.

—A partir de ahora, no vas a necesitar nada más Margarita. Jorge y yo estamos aquí para ti. No te faltará de nada. Puedes quedarte tranquila.

— Lo estoy. No solo por lo que acabas de decir... es porque en estos momentos no necesito nada. Cada vez necesito menos, y a medida que va pasando el tiempo, menos aún. Sólo he guardado algo que he cuidado como a un hijo, con mucho esmero. Quizá porque te estaba esperando... ¡El vestido de Balenciaga! Quise venderlo alguna vez y créeme que me lo pagaban bien, pero siempre me echaba para atrás en el último momento. Ahora sé por qué. Era para ti. Es lo único que te puedo dejar. Es mi única herencia Julia, no tengo nada más.

— ¡Pero Margarita!

—Creo que el día que lo luzcas... tu vida va a cambiar por completo. Como cambió la mía. Por favor, acéptalo.

— ¡Claro, claro que lo acepto mamá, y lo luciré en el mejor momento de mi vida.

El Hotel Palace era un hervidero de gente aquella tarde, una convención internacional de médicos llenaba el hotel. Luis Cifuentes Junior me esperaba en el Hall. No nos conocíamos, pero le identifiqué por la corbata roja que dijo que llevaría. Luis era un hombre de unos cuarenta años, muy atractivo, con unas facciones angulosas en las que un gracioso bigote alegraba su cara, junto con unos ojos vivos y alegres. El cabello negro azabache, coronaba aquel hombre alto y delgado. Me saludó con una amplia sonrisa y... ese dulce acento mejicano que ya conocía de nuestra conversación telefónica.

— ¡Buenas tardes señorita Julia, un placer conocerla personalmente!

—Muchas gracias a usted Don Luis, por acceder a esta entrevista.

—Permítame decirle, que es usted muy bella Julia.

— ¡Muchas gracias, es usted muy amable! De todas maneras, creo que deberíamos dejar las formalidades, al fin y al cabo... somos hermanos. ¿No cree?

—Tiene razón.

—Y que le trae a España Luis.

—Todavía algunos asuntos pendientes de la herencia de mi papá que no se han solucionado. La abuela está en un sanatorio y ya no tiene sus facultades plenas.

—Sí, lo sé.

—Vamos a lo que nos ocupa Julia. Si quiere parte de la herencia que le corresponde estamos dispuestos a ofrecerle una parte de...

—No. No... no se confunda Luis —no le deje continuar—, no se confunda. No vengo a buscar nada de eso. Ni se me ha pasado por la cabeza nada de eso. Solo quiero saber de dónde vengo y quien es mi familia. Es reciente para mí el descubrimiento de todo esto. Simplemente quise saber. Conocí a nuestro padre hace unos años en un vuelo, sin saber que era mi padre. Hace unas semanas descubrí que tenía una madre biológica que tampoco sabía que existía. Como usted comprenderá... no busco nada de lo que usted me está ofreciendo.

— ¡Disculpe Julia, no quise ofenderla con mis palabras! Mi padre nos contó algo de su historia, pero no conocía quien era su hijo, ni siquiera sabía si había sido niño o niña. Él, nunca les pudo perdonar a sus padres que

rompieran su vida de aquella manera. Les dejó y nunca más volvió hasta que su padre falleció y tuvo que hacerse cargo de una empresa que nunca quiso. Volvió para poner todo en claro y jamás regresó a este país. Pero sí nos habló del gran amor que sintió por su madre y que nunca pudo hacer nada por ella. ¡Discúlpeme de nuevo Julia, por favor!

—Está bien Luis. Creo que no nos conocemos y eso hace crecer las suspicacias entorno a nuestras vidas... ¡discúlpeme usted a mí también!

—Me gustaría contarle que mi papá, supo de su amada Margarita.

— ¿Cómo?

—Sí... durante los años que ella vivió en México.

— ¿Ellos se vieron en México? Margarita no me contó nada al respecto...

— ¡Oh no, no! no se vieron... al menos no tengo esas noticias. Sé que mi papá la visitó... ok... cómo dicen ustedes... la vio en el teatro. La primera vez fue casual. La reconoció en una de sus actuaciones en la capital y después, iba a menudo a verla actuar en todos los teatros en los que ella aparecía.

—Pero... ¡eso Margarita no lo sabe! —dije muy sorprendida de todo lo que Luis me estaba contando.

—Es lógico, jamás se dio a conocer. Él ya estaba casado y yo en camino cuando eso pasó. Nos contó toda esta historia, cuando sabía que ya se iba a morir. Quiso que supiéramos cual fue su vida en España antes de llegar a México.

— ¡Dios mío... que lejos estaban uno del otro... y tan cerca...!

—Él amaba a mi mamá y ya no quiso volver atrás, pero no dejó de ir a verla al teatro siempre que sus asuntos se lo permitían. Si actuaba en la ciudad

en la que él estaba, iba todos los días al teatro a admirar su arte. Siempre la admiró y creo que nunca dejó de quererla. Le he traído parte de las muchas cartas que le escribió y que nunca le envió. Creo que usted, también debe tener este recuerdo de él.

— ¡Muchas gracias Luis, muchas gracias!

—También... él enviaba flores a menudo, pero nunca le dijo quién era. Tan solo firmaba como: "Un admirador"

—Margarita se pondrá muy contenta cuando sepa esto.

—Permítame que insista Julia. Quiero que usted o su madre, tengan parte de la herencia que le corresponde. Nosotros tenemos bastante y es justo que ella disfrute de su parte. Al hablar con usted por teléfono, nos pusimos de acuerdo la familia y voy a dar orden a mis abogados para que tramiten todo. Todos hemos sufrido de alguna manera. Ahora es de justicia que cada cosa vuelva a su lugar.

—Le estoy muy agradecida Luis. En mi caso no es necesaria esa herencia, no la necesito. Pero Margarita sí... ella si necesita esa ayuda en estos momentos. Le estoy muy agradecida, mucho.

—Por favor, no se preocupe Julia, esta era una de mis misiones en este viaje, lo único que usted ha hecho, es ponérmelo más fácil. ¿Ve como la vida, si se deja, nos lleva a caminos que ni sospechamos?

— ¡Así es Luis, así es!

—Pues entonces... me gustaría pedirle algo.

—Usted dirá.

—Me gustaría conocer a Margarita antes de irme. No sé cuándo volveré.

— ¡Claro Luis, seguro que a ella le encantará!, pero está muy delicada

de salud, tendrá que tener mucho cuidado con lo que le diga.

Un par de días más tarde Luis visitó a Margarita en el hospital. Yo les dejé solos. Quise que se conocieran y reconocieran el uno al otro. Margarita se sintió muy bien con la visita de Luis.

— ¡Dios mío... cómo te pareces a tu padre... eres su viva imagen! ¡Gracias por venir! —le dijo Margarita con una inmensa alegría nada más verle entrar.

Luis dejó España dos semanas más tarde. Un grato recuerdo y la promesa de mantener nuestra relación.

—Ahora que sé que tengo otra hermana más, me gustaría que podamos tener una bonita relación... si tú quieres Julia —me decía despidiéndose de mí en el aeropuerto.

—Claro Luis. Imagínate lo que supone para mi descubrir que tengo más hermanos después de todos estos años siendo la única... ¡estoy encantada Luis, estoy encantada!

—Te veo en México, para la próxima... Ok. —gritaba caminado hacia el embarque.

Asentí y lloré. No solo por despedir a Luis Cifuentes aquella mañana. Había descubierto en apenas unos meses una nueva familia. Empezada una nueva etapa en mi vida y era... sencillamente maravillosa.

Capítulo 17

La entrevista con Edelmira no fue muy agradable. Era una mujer iracunda, destilaba su mal carácter solo con mirarla. No me resultó nada fácil permanecer a su lado el breve tiempo que pasé con ella en aquel sanatorio mental. Todo el entorno contribuía a que estuviese tranquila y feliz en los últimos días de su vida, pero no era así. Los Cifuentes de México pagaban su cuenta y los estupendos cuidados que recibía, a pesar de todo.

— ¡Doña Edelmira... aquí hay una señorita que quiere verla! —le dijo la enfermera dejándome al lado de ella y ofreciéndome una silla para sentarme a su lado.

— ¿Quién es? —contestó Edelmira, con la boca torcida por la enfermedad.

—Soy yo... Julia. Su nieta —un espasmo repentino recorrió todo su cuerpo y se puso muy nerviosa.

— ¿Nieta? Yo no tengo ninguna nieta —contestó visiblemente inquieta.

—Sí Edelmira, soy la hija de Luis y Margarita ¿se acuerda de

Margarita?

— ¿Margarita? Sí... ¡cómo me arrepiento de haber metido en casa a esa perra, que ha destruido a mi familia con su presencia!

—No debería hablar así de mi madre. No es usted precisamente la mejor persona para hablar de ella. Solo he venido a saber de su boca... ¿Dígame por qué regaló a su nieta sin el más mínimo escrúpulo?

— Yo no hice nada. Solo le di una mejor vida

— ¿Usted cree que separando a una madre de hija es darle mejor vida? ¿Separando a su hijo de las personas que más quería, es darle una mejor vida? Y dígame... ¿Su vida mejoró después de esto? porque tengo entendido que después de un tiempo, todo fueron dificultades.

—Todo iba muy bien... ¡claro que iba bien hasta que regresó esa perra y se alió con ese maldito abogado, el Conde...! Menos mal que nos lo quitamos del medio.

—Así es que la muerte del Conde de Rivablanca no fue un accidente.

—Quitarlo de en medio fue lo mejor que hizo mi Manuel. Tarde... lo hizo tarde. Si lo hubiera hecho antes no hubiera pasado todo lo que pasó.

— ¿Y qué pasó Edelmira?

—Que no nos hubiéramos arruinado, si él no se hubiera metido en medio de todo... Mi Manuel no se hubiera suicidado. ¡Maldito abogado!

—Pero... su marido... ¿se suicidó?

—Sí. Pudimos comprar a la prensa para que dijera otra cosa. —de repente su cara se transformó como si fuese otra persona—.Y diga... señorita... usted quien es.... que hace aquí... que quiere de mí. ¡Váyase... váyase!

—Soy tu nieta Edelmira. Soy tu nieta Julia.

— ¡Nieta! ¡Julia! ¡No conozco a ninguna Julia! ¡Vete... vete de aquí... vete! ¡No quiero verte!

Edelmira Maroto, mi abuela, confirmó todas las sospechas que tenía Margarita durante todo este tiempo. Y yo... yo pude saber quién era realmente Edelmira. No cambió ni un ápice su manera de ser aun cuando estaba más cerca de la muerte que de la vida. A veces no puedo entender como las personas no cambian nada en la etapa más importante de su vida. La preparación para dejar este mundo. Si supiéramos lo fácil que sería despojarse de todo aquello en lo que hemos creído... y no era así. O en lo que hemos hecho y no debiéramos hacer por el daño que causamos a nuestro alrededor. Todo nuestro mundo, daría un giro sorprendente. Edelmira no lo hizo. Unas semanas más tarde me comunicaron la espantosa muerte que tuvo.

Después de conocer y confirmar toda la parte sospechosa de los tejemanajes de los Cifuentes y sus correligionarios, mi corazón y mi alma se sosegó de una manera que jamás había sentido en toda mi vida. Entender y sentir en un momento todo lo que había estado oculto para mí, en todos estos años de ceguera impuesta. Todo estaba siendo despejado y asumido de la manera más amable y sencilla posible.

Estaba increíblemente sorprendida conmigo misma. Por un momento en estos dos últimos meses pude respirar, como si ya nada me lo impidiese... con libertad. Reconocía mi pasado y todo lo que en él aconteció. En ese momento acepté mi primoroso y feliz futuro, consciente de que a partir de ahora todo sería diferente. Todo sería diferente... sin más.

Cuando regresé a casa le comuniqué a Jorge mi intención de abandonar la radio y dedicarme solo a escribir. Había decidido por fin comenzar una novela con la historia de Margarita como fondo. Él estuvo de acuerdo. Sabía

que cuando yo decidía algo era muy difícil convencerme de lo contrario.

Los días se sucedían unos tras otros y llegó la Navidad. La pasé en el hospital acompañando a Margarita. Todas esas horas vacías hicieron que comenzara a dar forma a la historia que llevaba días rondándome en la cabeza. Una tarde, después de Año Nuevo, la doctora Laura Alcántara quiso hablar con nosotros sobre su estado.

—Su estado es crítico. Hemos tenido que sedarla para que no sufra más de lo debido. Quisiera que tuvieran en cuenta una posible intervención. Es cierto que no podemos asegurarle al cien por cien que pueda recuperarse, pero es una opción. Por favor, medítenlo y denme una contestación lo antes posible.

Jorge y yo nos miramos. En aquel momento no sabíamos que podíamos hacer. Era una decisión muy arriesgada. Por otro lado, ella no tenía ninguna otra vía para poder mejorar. Lo peor que podía pasar sería inevitable, unos días antes o unos días después. Los dos sabíamos que la despedida estaba cerca.

Volvimos a hablar con la doctora Alcántara y le pedimos que nos dejase hablar con ella, no podíamos tomar una decisión así, nosotros solos. Rebajaron la dosis que la mantenía sedada y Margarita pudo estar unos momentos despierta.

— ¡Hola mamá! ¿Cómo te sientes? —le pregunté a sabiendas de lo que me iba a contestar.

—Bien Julia... un poco atontada, pero estoy bien. No te preocupes más... no te preocupes...

—Quiero preguntarte algo. La doctora Alcántara nos dice que quizá una intervención pudiera ser lo mejor en estos momentos para acelerar tu recuperación. ¿Tú que crees? ¿Estarías dispuesta a arriesgarte a ella?

Francamente... ¡me resulta muy difícil tomar la decisión yo sola!

— ¡Ay mi niña! Mi querida Julia, mi amor... ya te dije que no te preocuparas más. Todo lo que tenía que hacer está hecho. Todo lo que venga a partir de ahora, lo estará también. Sé que no tengo nada que hacer con mi dolencia y que esto es una cuestión de días o meses quizá. Yo también hablé con la doctora Alcántara. ¡Sabes... ella es la hija de don Francisco Alcántara el panadero...! ¿Te acuerdas? —asentí con una sonrisa—. Decidas lo que decidas estará bien para mí. Solo espero que también esté bien para ti. No te culpes si no sale bien. Así tendría que ser. Por favor... ¡siéntete bien con lo que hagas en cualquier momento! lo demás, déjalo en manos de los médicos. Por mí adelante y que sea lo que tenga que ser... Solo quiero que sepas lo mucho que te quiero y lo feliz que he sido al haberte encontrado. Tardé mucho en hacerlo... pero ahora eso es lo único que importa. Al final... todo lo que hacía en la vida no era más que el camino que me conducía a encontrarme contigo. Quédate con eso Julia, solo con eso...

Jorge y yo nos miramos y asentimos con una sonrisa. La tranquilidad de Margarita nos calmó a nosotros también. Pudimos decidir qué hacer. El equipo médico se puso manos a la obra y operaron a Margarita al día siguiente.

Fueron días interminables, apenas pude pegar ojo en aquellos momentos en el hospital. Ella estaba en cuidados intensivos. La reanimación estaba costando y la recuperación se volvía toda una cuesta arriba. Solo podía verla a través de un cristal varias veces al día, nada más. Se me estaba haciendo muy difícil llevar todo aquello. Estar allí... contemplando aquella débil mujer acostada en esa cama de hospital completamente abatida... desgastada... apagándose por momentos.

El 12 de Enero de 1983 fallecía Margarita sin haber salido de cuidados intensivos. No pude volver a tocarla ni hablar con ella. Tan solo una de las veces, en que estuve detrás de ese cristal, ella me miró e intentó levantar la mano para saludarme. Una infinidad de cables la rodeaban para mantenerla con vida, y no dejaban que hiciera nada más. Pude atisbar como una ligera sonrisa asomaba debajo de la máscara de oxígeno.

Esa fue la última vez que vi a Margarita. Esa fue la última vez que vi con vida a mi madre.

Los días que siguieron desde que Margarita nos dejó, desolaron nuestra casa, física y emocionalmente. Jorge y yo nos sentíamos fuera de lugar y no fue fácil sobreponerse.

No quise salir de casa en unos meses. Me resultaba difícil vivir la vida que me esperaba después de todos esos acontecimientos en tan poco tiempo. La compañía, la comprensión y el respeto de Jorge hicieron que fuese más llevadero. Me sentía querida y entendida por mi compañero. Él había sido mi sostén todos aquellos años juntos sin decaer ni un solo instante a mi lado. Le estaba tan agradecida por ello, y que apenas podía demostrarle todo lo que sentía en esos momentos.

Me encerré en el despacho los meses siguientes escribiendo la historia de Margarita. La primavera trajo nuevos vientos y ya me iba sintiendo mejor. Mi novela estaba en su etapa final y me sentía feliz de recordar y de plasmar en unas letras, todo lo acontecido hasta entonces.

Cuando estaba poniendo punto final...

— ¿Vamos a cenar cariño? ¡Ya está todo en la mesa! —me decía Jorge asomando desde la puerta del despacho.

—Sí, dame solo un minuto para rematar esto último.

Me levanté de la mesa y con un ligero beso en los labios, tomé de la mano a mi amado Jorge y le dije...

—Vamos a cenar cariño —miré a Jorge con la mejor de mis sonrisas—.Vamos a cenar.

Sobre la mesa del despacho quedaba un manuscrito en el que en la primera página se podía leer...

LA FLOR DE CHAMBERÍ

De Julia Prado

Unos meses más tarde, Julia Prado recogía el premio Planeta de ese año luciendo el traje de Balenciaga de Margarita.

Nota de la autora

La vida es un gran círculo. La rueda del Samsara, que dicen los hindúes. Que no es más que el ciclo del nacimiento, la vida y la muerte. Samsara significa sufrimiento en sánscrito. Este proceso cíclico determina nuestro destino.

Salir de esa rueda de sufrimiento no es fácil, teniendo en cuenta la vida que llevamos hoy en día. Solo puedes salir de ella, si tus actos están acordes con lo que haces, dices y sientes.

Liberarnos de la materia, es una de las vías para salir de ese ciclo. Dejar este mundo con una vida liberada y despojada de motivos materiales y emocionales, es el canto a la libertad más absoluta que puede tener un Ser Humano.

Madrid 9 de Febrero de 2019, sábado. El día empezó con una niebla intensa y espesa. En el momento de terminar esta novela. Un sol radiante.

Fuentes

<http://www.sbhac.net/Republica/TextosIm/H16/Hambre1900/Hambre1900.htm>

<https://www.letras.com/sara-montiel/1302173/>

<https://historia-urbana-madrid.blogspot.com/2010/09/la-antigua-calle-serrano-del-barrio-de.html>

<https://www.vitoria-gasteiz.org/docs/a25/000000000/000572000/572840.pdf>

<http://antiguoscafesdemadrid.blogspot.com/2016/10/recreo-de-chamberi.html>

<https://www.isje.org/setd2009/SetD-2009-03.pdf>

<https://listas.20minutos.es/lista/las-mejores-actrices-de-los-anos-30-345588/>

<http://jacinto.fundacionguerrero.com/obras/la-sota-de-oros>

<https://www.march.es/publicaciones/ensayos-tme/ensayo.aspx?p0=15>

<http://www.expansion.com/fueradeserie/motor/2016/08/30/57c02a17ca4741at>

<http://www.mexicomaxico.org/zocalo/zocalo2.htm>

www.dailymail.co.uk/travel/travel_news/article-3286132/Fascinating-images-RMS-Queen-Mary-surface-80-years-revealing-building-fitting-opulent-transatlantic-liner.html

https://elpais.com/diario/2005/10/02/cultura/1128204001_850215.html

<https://www.archdaily.mx/mx/750541/archivo-fotografico-cines-y-teatros-de-la-ciudad-de-mexico>

<https://www.gacetaeronautica.com/gaceta/wp-101/?p=4726>

http://teatro.es/++resource++plonetheme.teatro.images/teatro_resources/pdf/re-de-teatro-1950-1951.pdf

https://es.wikipedia.org/wiki/Leopoldo_Fernando_de_Austria-Toscana

https://es.wikipedia.org/wiki/Anexo:Antiguos_Estados_de_Italia

https://www.abc.es/espana/madrid/abci-leyenda-psiquiatrico-abandonado-navacerrada-nadie-atreve-reconstruir-201602242307_noticia.html

<https://es.wikipedia.org/wiki/SOFICO>

<https://fundaciondelcorazon.com/informacion-para-pacientes/enfermedades-cardiovasculares/insuficiencia-cardiaca.html>

https://elpais.com/politica/2017/07/20/actualidad/1500535459_718664.html

<http://platea.pntic.mec.es/~anilo/abuelos/indiceG.htm>

https://es.wikipedia.org/wiki/Cristo_Redentor

